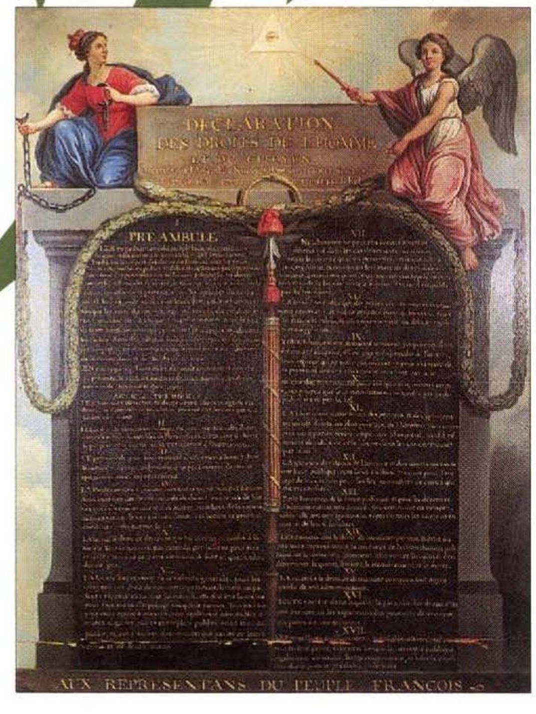


HISTORIOGRAFÍA FRANCESA

CORRIENTES TEMÁTICAS Y METODOLÓGICAS RECIENTES



Historiografía francesa

Corrientes temáticas y metodológicas recientes

Hira de Gortari y Guillermo Zermeño (dir.)

DOI: 10.4000/books.cemca.610
Editor: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos
Año de edición: 2000
Publicación en OpenEdition Books: 24 abril 2013
Colección: Historia
ISBN electrónico: 9782821828056



Edición impresa
ISBN: 9789686029604
Número de páginas: 375

Ensayos de historiadores franceses que exploran nuevas corrientes temáticas, reflexionan acerca de la historiografía crítica y abren nuevas fuentes y preguntas, en un intento por restablecer la cadena pasado-presente que observe los cambios, las permanencias y las diferentes reacciones de los individuos frente a un mismo asunto, ya sea de religión, vestido, libro, ciudad, arte de gobernar, producción de artefactos, etc.

ÍNDICE

Prólogo

Hira de Gortari y Guillermo Zermeño

---

1 En el mes de mayo de 1994 tuvo lugar en la Ciudad de México el coloquio de historiografía francesa, del cual surge este libro. Sin duda se trató de un acontecimiento que vino a enriquecer la vida historiográfica mexicana. Se buscó expresamente esta-blecer un foro que permitiera dar a conocer las investigaciones recientes de un grupo selecto de historiadores franceses, lo suficientemente representativo como para dejar ver algunas de las nuevas corrientes temáticas y metodológicas de mayor importancia. Se trataba de una invitación para observar los nuevos avances de una historiografía en pleno desarrollo. Frente a la historiografía mexicana, se proponía abrir sus compuertas para mostrar los avances y desarrollos de ámbitos historiográficos no mexicanos. En realidad el contacto de México con la historiografía francesa no era nuevo. La relación entre ambas tradiciones ha sido constante a lo largo de la segunda mitad del siglo, tanto mediante sus centros de docencia e investigación como por la traducción de algunas de sus obras más sobresalientes. Lo nuevo en este caso era tener entre nosotros historiadores que no trabajasen México como objeto de estudio. La respuesta a la convocatoria auspiciada inicialmente por el Comité Mexicano de Ciencias Históricas, al que se sumarían otras instituciones, no pudo ser mejor, tanto de estudiantes, profesores e investigadores de dentro como de fuera de la Ciudad de México.

2 A lo largo de los tres días que duró el coloquio, se pudo constatar la riqueza y variedad de la historiografía francesa contemporánea, evidentes en los materiales recogidos en este libro, que además demuestran que no es posible hablar de una historiografía francesa sino de variedades historiográficas que parten de una tradición recreada y reconstituida permanentemente por las generaciones que van siendo incorporadas.

3 En la mayoría de los textos recopilados para este libro es posible observar la reflexión historiográfica crítica dentro de este campo de trabajo inmerso en tensiones y desplazamientos notables durante los últimos veinte años ; la exploración de nuevos temas ; cambios de enfoque metodológico, así como la apertura a nuevas fuentes y preguntas sobre el pasado. Todo esto tiene que ver con los mísmos historiadores, pero también con las tensiones propias de la época en la que se inscribe el trabajo sobre el pasado. En todo caso en las diferencias se tras-luce una academia francesa muy dinámica,

en lucha constante por abrirse espacios en el ámbito de la historiografía, y finalmente frente a un mundo de lectores cambiante en cuanto a sus puntos de interés en el pasado. Sin duda la historiografía contemporánea ha evolucionado gracias a la organización y apertura de nuevas fuentes de información, pero también a las preguntas que cada presente suscita sobre el pasado, cuestiones que suelen colocarse bajo dos rubros fundamentales : el intento de restablecer la cadena pasado-presente para observar los cambios y las permanencias y el intento de dejarnos ver las diferentes reacciones de los individuos frente a un mismo asunto (la religion, el vestido, el libro, la ciudad, el arte de gobernar, la producción de artefactos para la vida cotidiana) a lo largo del tiempo.

4 Todos los ensayos tienen en común el propósito de explorar nuevos temas, plantear otras preguntas y tratar de salir de ciertos enfoques metodológicos trillados. Ya fijan su mirada en fuentes ignoradas por otros, o bien se leen y articulan alrededor de modelos teóricos con grados mayores de complejidad o distantes de un empirismo ramplón. Buscan, en fin, establecer múltiples conexiones a partir de cuestiones simples o a partir de nociones conceptuales más amplias. Pero a todos los ocupa el trabajo de leer y descifrar las fuentes del pasado enmarcadas por la producción historiográfica pertinente al tema en cuestión. En todos hay un gran rigor y hasta un grado de placer en sus búsquedas y en sus hallazgos. Son investigaciones validas por sí mismas y, en la medida de su apertura, son una invitación para proseguir o acompañar los caminos que trazan.

5 Se han organizado los materiales en grandes rubros : la historia cultural, la historia de la administración pública, la historia urbana, la historia económica y la enseñanza de la historia.

6 En primer lugar Jean Delumeau nos muestra, con algunos trazos, cómo se pueden aprovechar algunos materiales hasta hace poco ignorados por la historiografía : devocionarios, manuales e instructivos, volantes religiosos, libros de rituales y de plegarias, reliquias y objetos de culto y veneración, tratados de exorcismos, compendios de cantos... Gracias a ellos podemos saber cómo nuestros antepasados de los siglos XVI al XVIII se protegían de las adversidades y encontraban la paz frente al temor producido por el más alla. En el caso de no conseguir lo esperado, cumplirían la función de los rituales de apaciguamiento o restablecimiento del equilibrio, muy cerca si se quiere de lo que podría ser la felicidad terrena en esa época. Conforme se llega al siglo XVIII, no obstante mejorar las condiciones de seguridad gracias al avance de los servicios en las ciudades, se incrementa la necesidad de seguridad o su correspondiente infelicidad.

7 Delumeau nos acerca al estudio del pasado profundo, al del recurso a gestos muy antiguos que de vez en cuando aparecen en contextos ya no específicamente religiosos, o en cuerpos laicizados, inmersos en otras lógicas de apaciguamiento. Estas estructuras latentes muestran un ritmo de mayor lentitud frente al cambio.

8 Jean-Michel Sallmann, por su parte, nos descubre el proceso por el cual se fueron trazando las fronteras entre lo natural y lo sobrenatural, entre lo real y lo imaginario, a partir del estudio de algunos místicos extraviados de fines del siglo XVIII en la Italia del sur. De la contrarreforma de Trento surge la voluntad de normar y la elaboración de un instrumental de análisis para discernir el bien del mal, obra de teólogos, confesores e inquisidores. Pero no hay que dejarse engañar, nos advierte Sallmann. Pese a todas las elaboraciones dogmáticas en cuanto al discernimiento, en la práctica no siempre aciertan en cuanto a los procedimientos ni inquisidores ni inquiridos. En todo caso el historiador se ve obligado a tratar de reconstruir el sistema de referencias desde donde la mística o el

inquisidor entran en tratos. El contenido de la visíon mística no es sino una recreación de elementos previamente socializados que cuadran en un código o conjunto de convencionalismos. Ésta es la tarea de reconstrucción del historiador : algo que las crónicas o los documentos aislados de la historia no pueden aportar por sí solos.

9 Igualmente sugerente es el ensayo de Roger Chartier. Mediante el análisis de las dedicatorias de los libros dirigidas al rey, similares a la consagración de algún edificio o iglesia, Chartier traduce para nosotros la función social que éstas cumplen. Como lectores seremos testigos de la aparición graduai de la figura del autor tal como la conocemos hoy y que tiende a desvanecerse ahora en la época de la aldea global. En la forma de dirigirse al rey y buscar su patronazgo y reconocimiento, el escritor o científico aspira a liberarse de la reglamentación de las corporaciones universitarias o de otra índole. Para lograrlo recurre a una retórica apropiada en la que el rey aparece como autor, científico o artista y de esa manera puede contarse entre sus clientes. El análisis de esta parte de los libros producidos después de la invención de la imprenta ilustra el contexto o conjunto de reglas que explican el surgimiento de un proceso ; en este caso el del autor ligado al príncipe así como el sentido y la función de las diversas clases de bibliotecas del príncipe : la real pública donde éste se refleja como en un espejo y la real propia donde el rey es un simple lector entre otros. Todo esto lo hace Chartier partiendo de una gran erudición que refleja tanto el interés por este tipo de historias como la complejidad de su construcción.

10 Daniel Roche nos introduce en el estudio de la cultura material con una objeto cotidiano : el vestido. De manera convincente demuestra que esta clase de estudios realizados a partir del consumo y la comercialización de los objetos no obedecen a una simple curiosidad sino que proporcionan claves para entender el paso de una economía política y moral a otra. Esto lo hace examinando la comercialización de nuevos textiles en el siglo XVIII y sus efectos en los usos y costumbres en virtud del surgimiento de una sociedad económicamente predispuesta al desarrollo de la moda efímera y dellujo, aspectos que la historia económica tradicional había dejado de lado al trabajar básicamente sobre el campo de la producción y de los productores.

11 Jean Pierre Dedieu presenta un adelanto de un proyecto magno de investigación sobre el Estado español en el siglo XVIII en el que lo singular está en la necesaria conformación de un gran banco de datos para poder ver el funcionamiento del Estado "desde dentro" sin dejar fuera ningún elemento, social, político, económico o religioso ; sólo de esa manera, nos advierte, podemos pasar de una noción de Estado más bien abstracta e institucional a una noción del Estado como conjunto de relaciones y fuerzas multiples en interacción, tanto internas como externas, locales y municipales, como las propias de la monarquía. En este sentido pretende presentar una historia del Estado como sistema que genera relaciones de caciquismo y clientelismo político.

12 Para Gérard Delille el análisis etnohistórico constituye una perspectiva importante para el estudio de las sociedades mediterráneas. Su interés son las ciudades, pero no vistas como territorios definidos y cerrados sino en tanto que contienen redes sociales que ascienden o descienden en la jerarquía social siguiendo distintas estrategias, enmarcadas en un conjunto de diversos tipos de poblaciones urbanas y sujetas a evaluaciones administrativas y jurídicas que establecen rangos y prerrogativas. Dichas diferencias jerárquicas condicionan en forma importante la estrategia familiar, particularmente en cuanto a la consideración que de ellas se tenga y su acceso a privilegios tales como la ciudadanía.

13 Bernard Lepetit se interesa por mostrar caminos metodológicos para el estudio de las ciudades. Sostiene que es imprescindible partir de que la ciudad y la sociedad son dos realidades ligadas estrechamente y que se manifiestan a través de distintos lazos e identidades sociales. Por lo mismo, los enfoques estructurales que se han inclinado por el análisis de poblaciones estables, por ejemplo las categorías socioprofesionales, que se consideran comportamientos homogéneos, en realidad dejan de lado los problemas antes mencionados y prescinden de las multiples relaciones que se gestan en el trabajo, el matrimonio, el barrio, pero también de la identificación que proviene del lugar de origen. Por ello propone el estudio de las redes sociales como parte de una pragmática social.

14 Otro aspecto del trabajo de Lepetit se refiere a cómo se puede definir la identidad urbana y afirma que ésta debe escudriñarse en el terreno de las prácticas cívicas, que considera estructuras institucionales e integradoras, tales como la administración local, la parroquia, la milicia cívica o los gremios. Las normas y las instituciones contribuyen a definir las identidades, y en el caso de las instituciones municipales que forman parte fundamental de la civilización urbana deben ser analizadas en tanto que moldean a la sociedad, pero sin olvidar cómo las hacen funcionar los diferentes protagonistas.

15 El último aspecto que aborda es la relación entre el espacio y la organización material de la ciudad. Afirma que siempre hay un desfase entre las funciones que se han atribuido a determinados lugares y sus usos a lo largo del tiempo, problema evidente en la actualidad dado que las sociedades urbanas contemporáneas con frecuencia reasignan y revalorizan los espacios y modifican su sentido original.

16 El trabajo de Ruggiero Romano es una reflexión acerca de la importancia primordial de la historia económica en el análisis histórico. Su punto de partida es la necesidad de la historia cuantitativa y serial como apoyo sustancial para analizar los comportamientos económicos, tradición que se remonta a los clásicos de la economía política y que dentro de la historiografía francesa ha tenido grandes exponentes.

17 Por otra parte, manifiesta su preocupación acerca de algunos nuevos enfoques de la historiografía francesa que a su juicio han perdido de vista los enfoques totalizadores de los grandes maestros como Febvre, Bloch, Braudel y Dupront, en los que estaba casi siempre presente la historia económica. Sin embargo, advierte que en trabajos recientes sigue vigente dicha tradición que aspiraba a una historia total. Concluye señalando que sólo gracias a la historia económica es factible llegar a una historia total, es decir, a la mejor historia.

18 Marc Ferro se refiere a dos aspectos fundamentales : en primer lugar la crisis que atraviesa la enseñanza de la historia y en segundo el creciente interés en la historia por parte de las sociedades contemporáneas. En el terreno de las explicaciones se debe considerar primordialmente la crisis de las ideologías globales. Por otra parte, en medio de la incertidumbre actual la multiplicación de historias y asuntos que parecen relevantes ha contribuido a diluir una posible historia que antaño se apoyaba en criterios eurocentristas o se disfrazaba de procesos civilizadores que justificaban distintas formas de dominación. De tal manera que han surgido historias y enseñanzas que pretenden aglutinar la disidencia y la memoria de la resistencia como alternativa de la historia dominante. Sin embargo, con la desaparición de los imperios coloniales, muchas de estas historias se convierten en la nueva historia oficial.

19 Por otro lado, las diferentes formas de trasmitir la historia han contribuido a la aparición de múltiples actores y perspectivas; es necesario que cada uno de estos medios llene

determinados requisitos, como por ejemplo el cine y el guión, que no siempre cumplen con el rigor del conocimiento histórico.

Para concluir señala que es indispensable plantear nuevas preguntas, en lo que se refiere a la enseñanza de la historia, que propicien una perspectiva distinta de la versión tradicional.

La religion y el sentimiento de seguridad en las sociedades de antaño

Jean Delumeau

1 Note portant l’auteur[1]

INTRODUCCIÓN

2 En el Colegio de Francia soy titular de la cátedra "Historia de las mentalidades religiosas en el Occidente moderno". La historia de las mentalidades se desarrolló en Francia a partir de los trabajos de Marc Bloch y luego de Philippe Ariès. Yo he proseguido por esta vertiente con mis obras sucesivas, dedicadas a la historia del miedo, después a la del sentimiento de seguridad y, en este momento, a la de los sueños de felicidad.

3 El término "mentalidades" es materia de discusión, y soy el primero en hacer mías las críticas cuando se quiere, por una parte, atribuir a un grupo "un conjunto estable y homogéneo de ideas y creencias" y, por otra, considerar que "todos los pensamientos y conductas de un individuo están gobernados por una estructura mental única". Tales pretensiones estructuralistas me parecen totalmente arbitrarias.

4 Por mi parte, a pesar del título de mi cátedra, he evitado entrar en debates semánticos sobre el término "mentalidades". Sólo quiero señalar que la palabra es cómoda para designar sentimientos y comportamientos suficientemente significativos en un piano colectivo. Una historia del miedo, del sentimiento de seguridad y de los sueños de felicidad permite alcanzar tales sentimientos y tales comportamientos. Por otra parte, he observado que los historiadores extranjeros a menudo adoptan la palabra *mentalités,* tal cual, en francés, con el significado modesto y no totalitario que acabo de darle. Pero hay que aclarar, en el nivel metodológico, que la historia de las mentalidades puede ser peligrosa si se cree que es más fácil de realizar que cualquiera otra. Su aparente seducción esconde trampas. Puede conducir a la palabrería y a la jerga seudocientífica. De hecho, no es realizable sin una amplia documentación, proveniente de fuentes a veces dispersas y que hay que poner en consonancia unas con otras.

5 Hoy me gustaría mostrar al lector a partir de que documentos se puede trabajar sobre la historia del sentimiento de seguridad, tema que, hasta ahora, prácticamente no se había tratado con la amplitud que merece.

6 Para empezar presentaré algunas reflexiones sobre el sentimiento de seguridad y sobre las razones que llevan a un historiador a estudiar el pasado de nuestra necesidad de seguridad.

7 Luego, abriré cuatro apartados dedicados sucesivamente 1) a los ritos apaciguadores y a las reliquias ; 2) a la protección contra los peligros del más alla ; 3) al reemplazo, en los países protestantes, de los antiguos modos católicos de proporcionar seguridad ; y 4) a la laicización del sentimiento de seguridad. Para terminar, haré una breve conclusión.

8 Hay un psiquiatra que dijo : "La más grande de las pulsiones no es la libido sino la necesidad de seguridad." Ya un proverbio conocido en el siglo XV rezaba : "Quien no tiene seguridad no tiene ningún bien." A fines del siglo XVIII se habia terminado de recorrer el largo camino que lleva del hecho al derecho. En la *Declaración de los derechos del hombre* de 1789, y por primera vez en la historia, se definió la "seguridad" como "derecho natural e imprescriptible" del hombre. El sentimiento de seguridad fue pues legitimado. La instalación ulterior de sistemas de "seguridad social" entra en la lógica de este reconocimiento al que precedieron largos titubeos.

9 En nuestra época se ha ido más lejos. En los años cincuenta, en la lengua francesa se introdujeron, antes que en cualquier otra lengua, los neologismos *sécuriser* (dar seguridad), *sécurisant* ("segurizante"), *sécurisation* ("segurización"), que rápidamente se convirtieron en palabras de uso corriente para expresar el hecho de dar confianza y la acción de tranquilizar.

10 La necesidad de seguridad, que incluye la demanda de protección social y el derecho al trabajo, ha adquirido en nuestra civilización una importancia tal que se ha convertido en una obsesión. De ahí la fácil explotación, por parte de los medios de comunicación, de todas las angustias y todos los temores. El hombre moderno, por lo menos en Occidente, no soporta ya que algunos peligros no puedan prevenirse, delimitarse, canalizarse.¿No será exagerado el lugar que ocupan las garantías de seguridad en nuestra vida cotidiana ? Los especialistas tienden a creer que sí. En todo caso, esta pregunta demuestra el papel que representa en nuestras preocupaciones la necesidad de seguridad, misma que no forzosamente es proporcional a las situaciones que la provocan. Ciertos análisis que concuerdan entre ellos han concluido en conjunto que a menudo el sentimiento de inseguridad se alimenta menos de hechos concretos y se apoya más en una imagen subjetiva de la criminalidad y que, en muchas situaciones, el sentimiento de inseguridad es más fuerte que el propio estado de inseguridad.

11 Esta incursion en el presente no constituye tanto una manera de captar la atención de los lectores como un método de enfoque que se ha vuelto familiar en la historiografía contemporánea : cuestionamos el pasado a partir de nuestras propias preocupaciones. Las investigaciones presentadas sobre la psicología individual y sobre la de grupos a los cuales pertenecemos nos ayudan a poner sobre los siglos anteriores "rejillas de lectura" que nuestros antecesores de hace un siglo no tenían.

12 ¿Cómo se apaciguaban nuestros antepasados ? ¿Cómo dominaban sus miedos ? ¿Qué " sistemas de seguridad" —a la sazón esencialmente religiosos— habían puesto en marcha ? ¿Qué parapetos habían encontrado contra las angustias individuales y contra los peligros colectivos, en cierto espacio y en cierto periodo histórico ? Evidentemente no utilizaban

los términos "dar seguridad", "segurizante", "segurización", pero ellos también tenían necesidad de tranquilizarse individual y colectivamente. ¿Cómo lo lograban ?

13 La comparación con nuestra propia vida sugiere una pregunta más : ¿Tendrían nuestros antepasados, a principios de la modernidad, una mayor coraza que nosotros contra el sentimiento de inseguridad ? ¿Y acaso la necesidad de seguridad no ha aumentado en el curso del periodo que voy a recorrer con ustedes ? Me inclino a pensar que sí. En todo caso, ¿podemos hoy razonar correctamente sobre nuestra necesidad de seguridad sin conocer las reacciones de defensa de nuestros predecesores frente a las situaciones peligrosas y anxiógenas ? ¿No creen que sería una empresa apasionante aclarar los antecedentes de nuestras actuales preocupaciones en ese campo ?

14 Mis investigaciones anteriores sobre el miedo en la civilización occidental en tiempos pasados llamaban lógicamente a esta continuación y a esta contraparte. El sentimiento de seguridad tiene una historia que puede ayudarnos, hoy, a conocer-nos mejor.

15 Propongo que nos echemos un clavado al pasado, abriendo algunas páginas de los expedientes que he constituido, es decir, leyendo los documentos mismos. Nada reemplaza el sabor ni la frescura de los documentos de primera mano. Además, desde el punto de vista del método revelan sobre qué material trabaja el historiador de las mentalidades —material ignorado durante mucho tiempo.

PRIMER APARTADO : RITOS APACIGUADORES Y RELIQUIAS

16 Veamos primero un ejemplo de rito apaciguador sacado de una obra litúrgica : el ritual de Lausana, impreso en 1 500. Contiene un "exorcismo y una bendición de agua" de todo punto reveladores, a pesar de las carencias gramaticales del latín tardío que hacen difícil la traducción :

17 Oración. Procura (Señor) tu remedio salutario a esta criatura de la sal y del agua para que, donde quiera que se esparza, sirva a la salud del alma y del cuerpo y que provoque la destrucción de los gusanos y de las orugas y de todos los animales que hacen daño a los frutos de la Tierra. Por los siglos de los siglos, etcétera.

18 ...Oh, tú, criatura de la sal y del agua, yo te adjuro por Dios vivo, por Dios verdadero, por Dios santo, que, por donde quiera que te esparzas —sobre las mieses, sobre los árboles, sobre las granjas y las casas, por los rincones del dormitorio, sobre los campos, las legumbres y los nabos, sobre los jardines, sobre los hombres y las mujeres, sobre los rebaños y sobre los caballos y sobre todos los demás animales domésticos y útiles—, y que, para todo ser y toda cosa que te prueben y conozcan tu sabor, puedas servir como defensa contra los gusanos, las orugas, las ratas, las serpientes y todos los animales que devastan los frutos de la tierra y como remedio y protección para la vida y la salud. Que el Diablo mismo, los gusanos, las orugas y todos los animales dañinos a los frutos de la tierra se alejen y huyan lejos. Que la distancia que separa el cielo de la tierra, la luz de las tinieblas, lo justo de lo injusto, lo dulce de lo amargo, exista también entre los frutos de la tierra y el espíritu inmundo, las orugas, los gusanos, las ratas, las serpientes y todo animal dañino. Protege a aquellos que te hayan probado o que hayan recibido tu aspersion contra todo mal que caiga sobre los hombres, las mujeres, los lugares, los rebaños y los animales : por la palabra y la virtud de nuestro Señor Jesucristo que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo...

19 Otro ejemplo significativo —también tomado de un ritual, el de Agen (1688) — : el exorcismo de la tempestad y de la tormenta que hace el cura de la parroquia. Desde el pórtico de la iglesia, vestido con hábitos sacerdotales color violeta, pronunciaba las siguientes palabras :

20 Senor Jesucristo, tú que hiciste el cielo, la tierra, el mar y lo que contienen ; tú que bendijiste el Jordán y quisiste ser bautizado en él ; tú que extendiste en cruz tus santas manos y tus santos brazos y que, con ellos, santificaste el aire, suplicamos la abundancia sin medida de tu piedad y de tu bondad. Esas nubes que veo perturbar el aire delante de mí, detrás de mí, por encima de mí, a la derecha y a la izquierda, dígnate disolverlas y destruirlas para que la potencia impía y demoniaca que las maneja se desvanezca y sea derrotada...

21 Nube, que Dios Padre te cerque, que Dios Hijo te cerque, que Dios Espíritu Santo te cerque ; que Dios Padre te destruya, que Dios Hijo te destruya, que Dios Espíritu Santo te destruya ; que Dios Padre te ahogue, que Dios Hijo te ahogue, que Dios Espíritu Santo te ahogue.

22 Esta última oración estaba marcada con nueve signos de la cruz y le seguía el exorcismo propiamente dicho :

23 Yo, pecador, sacerdote y ministro de Cristo, aunque sea indigno de él, por la autoridad y virtud de este mismo Dios nuestro Senor

24 Jesucristo, el emperador (*imperator*) supremo, y no apoyándome ni fundándome en mi propio poder, os ordeno, inmundísimos espíritus que suscitáis estas nubes y vapores, por la virtud de este mismo Dios y Señor Nuestro, Jesucristo, por su santísima encarnación, por su bautismo, por su ayuno, por su santisima cruz y por su pasión, por su santa resurrección, por su admirable ascension, por su temible retorno para el juicio, por los méritos de María purísima y siempre virgen, por los del santo patrón de la parroquia y por los de todos los santos : salid de esas nubes y esparcidlas en lugares agrestes e incultos, de manera que no puedan hacer daño a los hombres, a los animales, a los frutos, a las hierbas ni a todo lo que esta destinado a las necesidades humanas. Por nuestro mismo Señor Jesucristo que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos, y el siglo por el fuego.

25 A propósito de conjuros y exorcismos, evocaré aquí, brevemente, los anatemas y maldiciones lanzados contra los animales nocivos. Felix Hemmerlein, más conocido con el nombre de Malleolus, chantre de la Iglesia de Zurich en el siglo XV, cuenta en uno de sus dos *Traités sur les exorcismes* (primera versión impresa, 1497) que, en la época en que Guillaume d'Emblens era obispo de Lausana —1221-1229— las anguilas infestaban a tal punto el lago Lemán que el prelado tuvo que "maldecirlas" y relegarlas a un lugar del lago del que ya no osaron salir. Más significativo todavía es el hecho siguiente, relatado también por Malleolus, sobre los habitantes de Coira :

26 En los alrededores de la ciudad de Coira hubo una súbita irrupción de larvas de cabeza negra y cuerpo blanco, del grueso del dedo meñique, que caminaban con seis pies y muy conocidas por los labradores ; se las llama en dialecto alemán *Laubtafer,* entran en la tierra al principio del invierno, atacan las raíces e hincan un diente tan mortífero que, cuando vuelve la bella estación de las plantas, lejos de dar brotes, éstas se secan...

27 Ahora bien, los habitantes hicieron citar a estos insectos ante el tribunal provincial, por medio de tres edictos consecutivos, les asignaron un abogado y un procurador, observando las formalidades de la justicia ; y luego procedieron en contra de ellos con

todas las solemnidades del caso. Finalmente, el juez, considerando que dichas larvas eran criaturas de Dios, que tenían derecho a vivir, que ser7a injusto privarlas de subsistencia, las relegó a una región agreste y salvaje en donde deberían permanecer sin ocupar jamás las tierras vecinas.

28 Pero ¿qué ocurría si las anguilas, los gusanos blancos, las orugas o las ratas no obedecían la exhortación que les había hecho la justicia civil ? En ese caso —y a petición evidente de los habitantes—intervenía la autoridad eclesiástica, apoyándose en una muy antigua tradición de la Iglesia de Oriente. Ésta, a su vez, ordenaba a los animales nocivos que se fueran y, si no obedecían, los maldecía y a veces incluso los excomulgaba, pues estaban, según todas las apariencias, manejados por el diablo. Este procedimiento, con todos los aspectos judiciales que comprendía, se había vuelto lo suficientemente corriente como para que el jurista Barthélemy Chasseneuz, que murió (en 1541) siendo primer presidente del parlamento de Provenza, le dedicase unas cuarenta paginas en folio en su *Recueil de conseils,* publicado por primera vez en 1531. Él mismo, siendo abogado en Borgoña, había tenido a su cargo la defensa de la ratas en una demanda entablada contra ellas. Apoyándose fuertemente en autoridades y citas, examina seis puntos principales : ¿Cúal es el nombre latino de los animales que atacan las cosechas ? ¿Puede citarse a esos animales ante la justicia ? ¿Debe citárseles por medio de un procurador o emplazarlos personalmente ? En este último caso, si no acuden, ¿hay que dotarlos de un curador ? ¿A quién compete esta materia : al juez laico o al juez eclesiástico ? ¿Qué son la maldición y el anatema ? Y, sobre todo, pregunta esencial : ¿Está permitido lanzar, contra los animales depredadores que rehúsan dejar el lugar, anatemas, maldiciones y excomuniones ? Chasseneuz concluye con una afirmativa, contra lo cual protestan unánimemente los teólogos de fines del siglo XVI, que le reprochan al jurisconsulte francés haber confundido el anatema y la maldición del Antiguo Testamento con la excomunión.

29 No acabaríamos de enumerar todos los objetos benditos, todas las ceremonias y prácticas religiosas a las que los católicos de antaño recurrían para obtener protección a la vez espiritual y corporal. Esa necesidad de seguridad explica particularmente que la gente acostumbrara llevar los agnusdéi, esos pequeños medallones hechos con cera del cirio pascual mezclada con la santa crisma y que el propio papa bendecía. He aquí la plegaria que el pontífice recitaba con motivo de esta bendición, tal y como está escrita en un volante impreso en Roma a principios del siglo XVIII por la Cámara Apostólica y dirigido a los peregrinos franceses :

30 Que el agnusdéi borre los pecados ; que (por él) se obtenga el perdón ; que conceda las gracias.

31 Que al tocarlo y al verlo los Cristianos se sientan movidos a alabar a Dios.

32 Que el ruido del aire, granizos y tempestades, la furia de los vientos y truenos sean moderados y detenidos.

33 Que al ver el salutífero y glorioso estandarte de la cruz representado en él los malos espíritus se espanten y huyan.

34 Que quien los lleve puestos [los agnusdéi] tenga virtud contra las ilusiones, engaños, astucias y fraudes del Diablo [y] de los espíritus malignos.

35 Que ninguna tempestad, adversidad, aire pestilente o corrupto, ni mal caduco [epilepsia], ninguna tormenta, tempestad de mar u otras injurias del tiempo, puedan ofender, dañar ni perjudicar a aquel que los llevare devotamente puestos.

36 Que en el parto sean conservados madre e hijo.

37 Que todos los que lo lleven puesto puedan estar siempre en seguridad, que teman ningún peligro ; que no tengan miedo de las sombras ; que ninguna astucia del Diablo les haga daño ; que no puedan ser engañados por los ojos ; que estén exentos de todos los peligros por fuego, rayo, tormentas y tempestades ; y que las mujeres den a luz sin trabajo y sean libradas de todo mal y de todo peligro.

38 Para luchar contra los peligros que amenazan la vida de los individuos y las bestias, para apartar las amenazas que vienen de las potencias maléficas, nuestros antepasados recurrieron a menudo a la accíon de las reliquias. A veces las autoridades eclesiásticas tenían que doblegarse ante el poder de las reliquias, que bien hubieran preferido relegar al cementerio. Sirva de ejemplo la siguiente historia que figura, fechada el 21 de marzo, en el "santoral" portugués publicado en Lisboa en 1657 : En una ciudad de la provincia de Algarve vivían dos campesinos, padre e hijo, de tal santidad que, "por favor especial del 'Altísimo.'", le devolvían la salud a un gran número de enfermos que acudían a ellos de todo el reino. Fueron denunciados ante los poderes públicos, tanto seculares como eclesiásticos. Pero cada vez que la justicia se presentaba a aprehenderlos, se volvían " invisibles" y no se encontraba más que sus bueyes y sus instrumentes de trabajo.

39 Padre e hijo murieron en los mismos momentos. El primero, al sentir su fin cercano, rodeado de parientes, pidió que después de su muerte echaran ceniza sobre su cuerpo y cal sobre el de su hijo, para que pudieran distinguir más tarde una cabeza de la otra, y agregó que "las dos cabezas devolverían la salud a personas mordidas por perros rabiosos ".

40 Pasó un largo tiempo. La familia, al saber que los cuerpos se habían deteriorado, mandó abrir las tumbas y sacó las cabezas que reconocieron y distinguieron por el color. Luego se las llevaron a su casa, donde curaron a personas atacadas de rabia. La noche que precedía una cura, "por un milagro évidente", una mano invisible hacía que se tocaran las dos cabezas para que se viera bien que la "virtud divina" provenía de ambas.

41 El obispo de la diócesis supo de este asunto y ordenó, so pena de graves sanciones de no hacerlo, que se llevaran de nuevo las dos cabezas al cementerio. No lo hubiera hecho. A partir de ese momento empezó a sentir dolores de cabeza tan violentos que, reconociendo su error, mandó sacar de nuevo las reliquias y las depositó ("con decencia") "en un nicho de la capilla mayor de la catedral, del lado del evangelio, en donde se conservan hoy y desde donde emiten un suave olor. El Todopoderoso permite que, por medio de panes que hayan tocado las reliquias, se realicen innumerables maravillas en beneficio de personas aquejadas por fiebres, dolores de cabeza, accidentes cardiacos, mordeduras de animales venenosos y de perros rabiosos...".

SEGUNDO APARTADO : PROTECCION CONTRA LOS PELIGROS DEL MÁS ALLÁ

42 La Iglesia católica y, a partir del siglo XVI, las iglesias protestantes se esforzaron por orientar, cada vez más, los rezos y las súplicas de los fieles hacia la preocupación por la salvación eterna : el peligro principal que los amenazaba se hallaba después de la muerte y no acá abajo. Esta pastoral evidentemente provocaba angustia y hubo que equilibrarla con contrapesos tranquilizadores. Uno de ellos fue la presencia angélica en el momento de la agonía.

43 La estrecha colaboración, en el momento del último combate, entre san Miguel y el ángel guardián para arrancar el alma del moribundo a las fuerzas demoniacas, se narra con fuerza en una obra que tuvo gran éxito a fines del siglo XV y durante todo el XVI, el *De quatuor novissimis* [De los cuatro últimos fines] de Denys le Chartreux. Las personas presentes alrededor del patiente invocan primero a San Miguel y le dicen : "[Combatiente] invencible, asiste a tu servidor que llega a su último combate. Que tu fuerza lo defienda del dragón infernal y de las visiones y engaños de los espíritus malignos... En esta hora extrema de su vida, recibe su alma con benevolencia y gúardala, en la dulzura de tu seno. Condúcela al lugar del fresco descanso, de luz y de paz, para que reine eternamente con el Señor Jésus." Sigue entonces la oración al ángel guardián del moribundo :

> ¡Oh ! santo ángel de Dios, asignado por Él a este tu servidor, como guardián, protector y piloto..., imploramos humildemente el perdón de todas sus debilidades, negligencias, irreverencias y desobediencias. Te suplicamos : tú, que te has ocupado durante tanto tiempo y sin descanso de su salvación, no lo abandones en esta última necesidad. Sino protégelo y libéralo de todo miedo, de toda debilidad, de todas las trampas de los enemigos, de toda tentación y de todo mal. Asístelo como amigo y muy fiel protector. Pues, fuera de ti, no hay nadie que se ocupe de él, que lo defienda, que se encargue de su salvación. No lo abandones hasta que lo hayas presentado ante Dios, reconciliado en la misericordia, y no para el juicio.

44 Pero no bastaba con escapar del infierno. Incluso para los que estaban salvados existía el riesgo —según la creencia católica— de una estancia más o menos larga en el purgatorio, presentado por la pastoral, durante mucho tiempo, como un "infierno provisional". De ahí la necesidad de encontrar el medio de acortar o de suprimir el tiempo de purgatorio —el propio y el de los allegados. Las indulgencias constituyeron la respuesta a la gran inquietud suscitada por el purgatorio. La inflación de la respuesta estaba a la medida del alza de la angustia.

45 Veamos un ejemplo caricaturesco, pero auténtico, de la increíble contabilidad a la que podía llegarse, en el siglo XVIII, echando mano del "Potosí de las indulgencias", es decir, del "tesoro" de la gracia. Se trata de perdones de penas en el más alla de los que podían disfrutar, o hacer disfrutar a otros, a lo largo del año, los "Grandes Artesanos establecidos en Marsella en la casa de la Santa Cruz de los padres de la Compañía de Jesús" :

> Diciembre : 4, santa Bárbara, 1 000 años. 5, san Sabás, 100 años. 6, san Nicolás, plenaria. 7, san Ambrosio, plenaria y 5 000 años. 8, Concepción de Nuestra Señora, plenaria. 21, santo Tomás apóstol, 300 años. 24, san Delfino, plenaria y 15 000 años. 25, Navidad, en las primera y segunda misas, plenaria ; en la tercera, 158 000 años. 26, san Esteban, plenaria y 158 000 años. 27, san Juan, plenaria, 158 000 años y liberación de un alma del purgatorio. 28, Santos Inocentes, plenaria y 155 000 años. 31, san Silvestre, 158 000 años.
>
> Además, desde el adviento hasta la cuaresma : todos los domingos del adviento, 159 000 años ; todos los días de los cuatro tiempos del adviento, 150 000 años ; el domingo de la septuagésima, 510 000 años ; el domingo de la sexagésima, 155 000 años, etcétera.

46 ¿Cómo no adivinar, detrás de esta "aritmética de salvación", una inmensa aprehensión que se percibe indirectamente por los montos de las indulgencias y también por las peticiones de misas en los testamentos —que podían contarse por cientos, incluso por miles ?

TERCER APARTADO : REEMPLAZO DE LOS ANTIGUOS MODOS CATÓLICOS DE PROPORCIONAR SEGURIDAD

47 He aquí una pregunta que hasta ahora rara vez ha planteado la historiografía : ¿Cómo pudieron las iglesias protestantes reemplazar las protecciones que, a lo largo de los siglos, la Iglesia católica había inventado o cristianizado ? En lo que concierne al purgatorio, las indulgencias e incluso el temor al infierno, la respuesta reformada pretendía ser radical y del todo tranquilizadora : el hombre es fundamentalmente pecador hasta su muerte, pero si cree en el Cristo Salvador está salvo. He mostrado en *Le péché et la peur* que esta promesa la había quebrantado en parte la doctrina de la predestinación.

48 Pero ¿qué respuestas dar a las angustias nacidas de la vida cotidiana ? De hecho, ciertas prácticas en uso en la época católica siguieron teniendo una vida más o menos velada. Prueba de ello la siguiente bendición-conjuro del fuego ya en acción, utilizada siempre por los campesinos de la región de Magdeburgo en 1925 :

> Bienvenido, huésped del Fuego ; ¡no tomes más de lo que ya has tomado ! Yo te lo ordeno, Fuego, so pena de castigo en nombre de Dios Padre que nos creó (†), en nombre del Hijo que nos redimió (†), en nombre del Espíritu Santo que nos santificó (†). Yo te lo mando, Fuego, por la fuerza de Dios que hace y crea todo, debes quedarte tranquilo y no avanzar más, como Cristo se detuvo en el Jordán cuando el santo hombre Juan lo bautizó. Te lo digo a ti, Fuego, so pena de castigo, en nombre de Dios Padre (†), de Dios Hijo (†) y de Dios Espíritu Santo (†). Yo te lo ordeno a ti, Fuego, por la fuerza de Dios. Consiente en tender tu llama, como María, la más excelsa de las mujeres, conservó su virginidad pudorosa y pura. Así, Fuego, aplaca tu furor. Yo te lo ordeno, so pena de castigo, en nombre de Dios Padre (†), Hijo (†) y Espíritu Santo (†). Yo te lo mando, Fuego, calma tu ardor, por la querida sangre de Jesucristo que derramó por nosotros, por nuestros pecados y malas acciones. Yo te lo ordeno, Fuego, so pena de castigo, en nombre de Dios Padre (†), Hijo (†) y Espíritu Santo (†). Jesús de Nazaret, rey de los judíos, ¡sácanos de esta calamidad del fuego ! / / Que bendiga el Fuego y sus llamas, a fin de que ya no cause ningún daño, que se quede quieto y no avance más. Hay que domeñar al Fuego, si no provocará grandes estragos en la tierra. Muchos temen que ya no se calme. ¡Que cada cual haga, pues, caso de esta instrucción y la tenga en cuenta ! Dios y juez mío (a quien ruego con ardor), ¡que tus amargos sufrimientos y tu muerte me bendigan ! —Dicho esto, recita tres padrenuestros, vuélvete, llena el puño de tierra y arrójala sobre el fuego. Enseguida se calmará y ya no arderá más allá, mientras no se lance un grito estridente. Además, cualquiera que padezca epilepsia debe colgar esta carta en su casa durante ocho días. Así la enfermedad se irá para no volver.

49 El pastor que en 1925 apuntó por escrito este conjuro lo desaprueba. Pero, en la práctica y bajo la presión evidente de la opiníon, las iglesias protestantes tuvieron que tomar también a su cargo las angustias cotidianas de sus fieles. Lo prueba este cántico luterano del siglo XVII "durante una gran tormenta".

> 1] ¡Oh, Dios, qué espantosa es tu ira,
> cuando pateas las nubes con violencia
> y tu fuerte voz de trueno
> se abate con gran estruendo !
> Nosotros, pobres y simples hijos de los hombres,
> reconocemos tu gran poder.
> Estamos en el miedo y el espanto,
> pues el cielo está lleno de relámpagos y retiembla...

6] No dejes que tu relámpago incendie
lo que nos has dado como alimento.
Protégenos del rayo,
que nuestro cuerpo quede sano y salvo.
Permanece a nuestro lado en esta calamidad,
tu hacia quien toda esperanza está dirigida.
¡Protégenos de una muerte rápida y desagradable !
¡Que tu ayuda no nos abandone !
7] Cubre con tu mano
cuerpo, vida, casa, ganado, bienes.
Conserva los frutos de la tierra
y todo lo que forma parte de tus dones.
Del granizo y de las inundaciones,
del fuego y de las inclemencias,
protégenos, Dios,
queremos alabar tu gracia.

50 He llegado a la conclusión de que, entre las grandes iglesias cristianas, la luterana es la que más maternalmente cuidó a sus fieles, inventando oraciones para todas las edades de la vida, todas las épocas del año, todas las profesiones, todas las enfermedades.

51 Un compendio de cantos, publicado en Estrasburgo en 1635, contiene, entre otros, un cántico para niños de Nikolaus Hermann (en realidad anterior al siglo XVII) en el que se lee :

52 Escuchad bien, queridos niños, dijo Jesús, vuestro hermanito. Sed buenos y aprended bien. Rezad concienzudamente en mi nombre. Quiero estar siempre con vosotros y, junto con mis ángeles amados, protegeros en todo momento.

53 Levantaos sin tardanza por la mañana. Id a la escuela de manera asidua y estudiad con cuidado para cantar mi alabanza. Escuchad bien mi palabra, y os concederé todo lo que desee vuestro corazón.

54 Mis ángeles deben acompañaros en todas las circunstancias para que no tropecéis contra una piedra, ni os caigáis, ni os rompáis una pierna. Deben también proteger a vuestros muy queridos papás y mamás, vuestros hermanos y vuestras hermanas.

55 Quiero dar a vuestros padres buen alimento y larga vida, a fin de que puedan alimentaros y educaros en la gloria de Dios ; compraros ropa, zapatos, libros y todo lo que necesitéis para aprender con toda tranquilidad.

56 Así que, queridos niños, sed obedientes y aprended bien. Quiero ser vuestro Emanuel. Os he librado del tormento del infierno con mi sangre y mi muerte. Recordad bien mis mandamientos, y llamadme en la desgracia.

57 Todo este año, estáis protegidos contra cualquier peligro. ¡Que ninguna guerra, hambruna o peste se acerque a vosotros ! ¡Sed piadosos y aprended bien, queridos niños ! Quiero estar siempre con vosotros. Amén.

58 En una historia del sentimiento de seguridad, un cántico como éste, que es a la vez una exhortación puesta en boca de Jesús, es bastante.significativo. Notemos la expresión " quiero estar siempre con vosotros", presente al principio y al final de la oración. Ésta le asegura a los niños la compañía continua de Jesús y de los ángeles así como la protección divina contra todos los peligros. Les promete que a sus padres no les faltará nada y por tanto que seguirán velando por ellos.

59 En 1689, el editor Christian Scriver reunió en 1 400 páginas unas 1 300 oraciones de unos cien autores, agrupándolas por temas. Particularmente, se encuentran oraciones aconsejadas a los ancianos, por ejemplo :

- a un anciano abandonado ;
- a un hombre o a una mujer de edad sin cónyuge ;
- a un hombre o una mujer de edad que estén en la pobreza ;
- a un anciano cuyos cabellos se vuelvan grises ;
- a alguien que tenga que abandonar su carga a causa de la edad ; n a un anciano jorobado, curvado, y que "camine inclinado hacia abajo" ;
- a un anciano al que le tiemblen las manos ;
- a un anciano que tenga los pies torcidos y torpes ;
- a un anciano que no pueda hablar ya con claridad ;
- a un anciano cuyos ojos se oscurezcan ;
- a un anciano que haya empezado a perder la razón ;
- a un anciano leproso, paralizado o deforme ;
- a un anciano leproso y que siga un tratamiento ;
- a un anciano que no pueda escapar en caso de peligro ;
- para una vejez apacible.

60 También es muy revelador un cántico que se cantaba en la Alemania protestante y en la Bohemia del siglo XVIII y que se catalogaba dentro de una categoría general titulada " cánticos para los diferentes estados". Una parturienta exclama dirigiéndose a Dios (el texto está en checo) :

> 2] ¡Y bien ! heme aquí expuesta
> a una tortura extrema.
> Sufro por dentro y por fuera
> y no conozco auxilio alguno
> fuera de Ti, ¡oh, Señor mío !
> ¡Ah ! dígnate tener piedad de mí
> y desde tu trono expedirme
> tu santa asistencia.
> 3] Los dolores, precursores
> del parto, han empezado.
> Todos los poros se me abren de miedo,
> abriéndole paso al sudor.
> El calor, el frío se atropellan.
> Todo se subleva de horror.
> se me para el corazón de pena.
> El temor de morir se apodera de mí...
> 5] Dígnate fortificarme
> en este gran desfallecimiento.
> Hazte cargo fiel de mí
> en este instante y siempre.
> Ábreme Tú el vientre
> cuando me llegue la hora.
> Que el fruto de mis entrañas
> vea el dí3a sano y salvo.

CUARTO APARTADO : LAICIZACION DEL SENTIMIENTO DE SEGURIDAD

61 La vida cotidiana mejoró un poco en Occidente en el siglo XVIII. La situación alimentaria era menos mala que anteriormente. La peste había desaparecido. La población había aumentado. El fatalismo disminuyó y la relación del hombre con la desgracia se modificó progresivamente. Al mismo tiempo, la seguridad creció y se secularizó. Las grandes ciudades se volvieron menos peligrosas, gracias a un mejor alumbrado de las calles por la noche y mayor presencia policiaca. Pero ya las mentes sistemáticas preveían un encajonamiento de la vida cotidiana inspira-do en el más auténtico totalitarismo. Esto es lo que revela un proyecto de vigilancia permanente para los franceses presentado al rey en 1749 por un "oficial de la gendarmería de la" región de la Île-de-France", llamado Guillaute.

62 Proponía que se crearan "sindicos", no sólo en París, sino incluso en los pueblos, para asegurar una vigilancia permanente de los habitantes. "El reino entero se convertiría, así, en una sola y única gran ciudad... distribuida en barrios." Esos "síndicos" tendrían como misión expedir certificados a todos y para todo. Estarían vinculados a oficinas localizadas en las cabeceras de intendencia y éstas a una oficina general en París :

> [Ésta] tendría el registro de todos los particulares del reino, en tantos folios como particulares hubiere, con todo lo concerniente a ellos... Así un habitante del reino sería, en relación con la policía general del reino, lo que un habitante de París es en relación con la policía de París...
> No se podría entrar ni dar un paso dentro del reino sin certificado...

63 Los ladrones ya no tendrían guarida, en particular los ladrones y los homicidas domésticos.

64 Ya no habría raptos, puesto que no podría obtenerse lugar en los coches públicos ni viajar en los particulares sin un certificado ni 3sin seguir la ruta marcada por el mismo.

65 Los banqueros fraudulentos tendrian la misma dificultad en sus movimientos.

66 Los hijos de familia ya no podrían librarse de la autoridad de sus padres.

67 Ya no habría deserciones, y ni los oficiales ni los soldados podrían dejar la guarnición como lo hacen diariamente.

68 Los obreros que tratasen de llevar a la ruina a una fábrica se verían obligados a permanecer en ella.

69 Se conocerían todos los movimientos de los trabajadores del campo, de los mercaderes que recorren el reino, de los señores que viajan.

70 Ya no habría limosneros ; de éstos, los que pudieran trabajar estarían obligados a hacerlo en su parroquia o en otra parte ; a los demás se les encerraría. Así se lograría destruir el más fecundo semillero de malhechores. Los monjes quedarían totalmente sometidos.

71 Se conoceria a todos los súbditos del reino que estarían bien contados.

72 El rey conocería toda su fuerza así como sus rentas con la misma exactitud que el menor de sus subditos.

73 Los malvados ya no estarían a salvo más que en los bosques o fuera del reino.

74 ¡Qué gran partido habría sacado Guillaute de la informática, si hubiera vivido en nuestros días !

REFLEXIONES Y CONCLUSION

75 En el curso de mi viaje por los universos tranquilizadores de antaño, he encontrado hechos y cifras asombrosos : en Nápoles, en donde en 1600 ya se recurría a siete santos protectores, en el siglo XVII se escogieron 21 más ; la procesión de las Rogativas, que en el siglo XVI iba de la catedral de Aosta al pueblo de San Cristóbal, invocaba a 149 santos en un trayecto de seis kilómetros ; en Brive, en el entierro de François de la Tour, en 1425, 1 900 sacerdotes y 4 966 pobres rezaron juntos por el difunto ; Federico el Sabio, elector de Sajonia, antes de seguir a Lutero en la Reforma, acumuló en la capilla de su castillo 17 443 reliquias.

76 En el mundo protestante, en el siglo XVII, encontramos de nuevo esta preocupación de protección envolvente : los calvinistas redactan las *Consolations générales et particulières* para diferentes tipos de enfermedades y de calamidades ; en 1688, un pastor francés reformado publica en Amsterdam 62 oraciones "para aquellos que viajan por mar" ; la enciclopedia pía del luterano Christan Scriver propone oraciones para todos los meses del año, todos los días de la semana, todas las categorías sociales, todas las circunstancias de la vida, todos los padecimientos, todas las tomas de medicamentos.

77 No nos mofemos demasiado pronto de estos excesos... Hemos mejorado desde entonces. Cuando los occidentales contratamos seguros de "cobertura amplia" o de "multirriesgos", nuestro comportamiento es fundamentalmente el mismo que el de nuestros antepasados que se buscaban santos curanderos para todas las enfermedades y recitaban oraciones adaptadas a todos los casos posibles. Se gasta ahora muchísimo más en retenciones para la jubilación y en seguros diversos que lo que nuestros predecesores dieron a la Iglesia romana para acortar el tiempo de purgatorio de sus padres y el propio. Nunca otra civilización anterior a la nuestra actual había establecido tantos dispositivos contra las enfermedades, la vejez y la muerte, los accidentes de carretera, la inseguridad de las calles, los riesgos causados por los hombres y los que impone la naturaleza. Nuestra necesidad de seguridad es tan fuerte que nos hace inventar incesantemente nuevas defensas contra los peligros próximos o lejanos que, en algunos casos, son el precio de nuestros propios progresos. Estamos, más que nunca, lanzados en una carrera sin fin que nos obliga a crear protecciones inéditas contra amenazas desconocidas por nuestros predecesores.

78 Sin embargo, llega un momento en que el exceso de seguridad ya no tranquiliza, en que la búsqueda febril de protección crea de nuevo angustia, en que la carrera enloquecedora entre peligros y seguros produce vértigo. Esta competencia, siempre en tela de juicio, nos indica que todo seguro, finalmente, es y seguirá siendo frágil y que debemos defendernos contra "la utopía de una seguridad generalizada, de una asepsia universal, de una inmunización del cuerpo y del espíritu contra todas las incertidumbres y todos los peligros". Tenemos una legítima necesidad de sentirnos seguros. Sin embargo, como decía San Agustín, "la inquietud" también nos es necesaria para "hacernos buscar, con un deseo más ardiente, esa seguridad [en el más alla] en la que no le faltará nada a la certidumbre ni a la plenitud de la paz".

NOTAS FINALES

1. Collège de France, Paris.

Lo imaginario en el mundo mediterráneo de la época moderna

Jean-Michel Sallmann

1 Note portant l’auteur[1]

2 Una de las grandes conquistas de la historiografía francesa de la posguerra fue, sin lugar a dudas, la renovación de la historia cultural, más conocida como historia de "las mentalidades". Todo historiador de la cultura debe reconocer la deuda que tiene con esas dos joyas de la escuela histórica francesa : *Les rois thaumaturges* de Marc Bloch y *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais*[2] de Lucien Febvre, dos libros ya viejos pero nunca puestos en tela de juicio. Sin embargo, debemos admitir que hoy esta historia marca el paso y que las críticas que se le hacen están fundadas.[3] La historia de las mentalidades ha ido encerrándose en categorías rígidas y cada vez menos operantes en comparación con los progresos logrados paralelamente por otras ciencias humanas. La circulación de los modelos culturales toma caminos complejos de los que las oposiciones binarias tradicionales, caras a la historia de las mentalidades —cultura de las élites/ cultura popular, cultura escrita/cultura oral, religion culta/religión popular...—no pueden dar cuenta en forma satisfactoria. Es lo que quiero hacer constar con la siguiente exposición.

3 Plantear el problema de lo imaginario en el mundo mediterráneo en la época moderna exige que finalmente se contesten estas dos preguntas : ¿Cuál es el lugar de lo imaginario en estas sociedades ? y ¿en qué medida existe un imaginario propio de las categorías que utilizamos para estudiar las sociedades contemporáneas ? Si bien la cultura occidental distingue claramente dos esteras, la de la realidad y la de lo imaginario, y se cuida de hacerlas coincidir, no ocurría lo mismo en el siglo XVI ni en el XVII. No es que los hombres de aquella época no tuvieran el criterio suficiente para hacer esa distinción, sino que para ellos no tenía la importancia que adquirió después. La frontera no es entre lo real y lo imaginario sino entre la naturaleza y lo sobrenatural. Veamos por ejemplo el papel reservado a la imagen que puede ser a la vez una simple representación de la realidad y, si se trata de una imagen santa o de una imagen milagrosa, estar dotada de cualidades

sobrenaturales. Esta frontera recalca la importancia que se da en las sociedades mediterráneas de la época moderna a la religion que determina el conjunto de las categorías cognitivas. Ahora bien, la particularidad de estas sociedades, ya sean la italiana, la ibérica o la iberoamericana, consiste en el monopolio que logró imponer, muy a principios del siglo XVI, el catolicismo tridentino o contrarreformado, a expensas de los sistemas religiosos competidores : el protestantismo, las religiones indígenas y el islam, a los que usa como punto de rebote. Estudiaré, pues, menos lo imaginario que lo sobrenatural, y las condiciones que hacen su emergencia plausible y su interpretación posible, apoyándome en ejemplos principalmente italianos.

LA IRRUPCIÓN DE LO SOBRENATURAL EN LA VIDA COLECTIVA E INDIVIDUAL

4 Según las crónicas, las obras literarias o los archivos de origen eclesiástico, la vida de los italianos de los siglos XVI y XVII parece saturada de sobrenatural. Lo que a priori debería ser excepcional parece de hecho relativamente trivial. Lo sobrenatural se manifiesta de maneras muy diversas y más o menos intensas según los periodos y las circunstancias. Quisiera referir aquí, sin pretender ser exhaustivo, algunas de esas manifestaciones.

Las apariciones

5 De 1480 a 1530 aproximadamente, es decir, en pleno Renacimiento, en Italia se multiplican los acontecimientos insólitos que afectan la imaginación de los individuos. El episodio más conocido ocurre en diciembre de 1517, cerca de Bérgamo, en la llanura nevada de Verdello. Algunos testigos cuentan haber visto a dos ejércitos enfrentarse en una furiosa lucha que duró media hora y luego todo desapareció. En el sitio quedaron algunos árboles arrancados, huellas de pasos y de carruajes en testimonio de la violencia del combate, así como algunos cerdos que regresaban rápidamente al resguardo de los matorrales. Se dice que esas apariciones misteriosas se reproducían tres o cuatro veces al día. La noticia de las apariciones de Verdello recorre rápidamente toda Europa, en relatos impresos y la correspondencia de letrados, como Pedro Mártir de Anglería. Pero el relato fue modificándose en el curso de la transmisión ; el lugar se desplaza de Verdello a Rivolta d'Adda, en donde el 9 de mayo de 1509 había tenido lugar la batalla Agnadello, una carnicería espantosa como consecuencia de la cual Venecia había estado a punto de perder su independencia. Desde 1511, se veían fuegos fatuos y regularmente se oían ruidos de ejércitos en guerra.[4]

6 Hay, pues, en el origen unas apariciones a partir de las cuales se genera un largo trabajo de reorganización de los elementos dispersos recogidos por la tradición oral y replanteados según un modelo mítico preconstituido y fácilmente asimilable, el de la " mesnada salvaje", aquella tropa de almas de seres que murieron de muerte violenta, que deambulaban sin rumbo siguiendo a un personaje legendario, una divinidad romana o germánica según algunas tradiciones, o al genio maléfico de Arlequín, según otras.[5]

7 Lo que nos interesa de esas apariciones es el clima en el que tienen lugar y el significado que sus contemporáneos les dieron. Desde fines del siglo XV, Italia estaba sometida a antagonismos internos y a invasiones extranjeras. Esta situación era propicia para las visiones, las apariciones, los prodigios meteorológicos, las conjunciones planetarias

inquietantes y los nacimientos monstruosos, en pocas palabras, para un clima milenarista y apocalíptico. Por otra parte, la rápida difusión de la noticia de las apariciones de Verdello-Agnadello obligó a las autoridades políticas y religiosas a definir su posición frente a ellas. Era imperativo que unos hechos tan insólitos, cuya veracidad nadie discutía, se interpretaran y se acomodaran para poder controlar mejor sus efectos, ya que la situacíon política y religiosa era muy inestable. El fin del mundo estaba cerca : lo anunciaban las desgracias del momento. Predicadores itinerantes recorrían las plazas y las calles de las ciudades para llamar a la población al arrepentimiento54 y pedirle que se preparara para la llegada del Anticristo. Las mentes estaban tan impregnadas de esas ideas que el Concilio de Letrán de 1516 tuvo que prohibir toda predicación sobre temas apocalípticos. La interpretación oficial la dio la corte pontificia de León X, que trató de sacar provecho de un acontecimiento antes de que la opinión pública lo hiciera a sus expensas. Encontró aquí la justificación para la cruzada contra los turcos, en la que tenía fe y que trataba de poner en marcha. La huida de los cerdos hacia el bosque permitía prever la derrota del infiel.

8 Después de 1530, este tipo de fenómeno se dio menos. Claro que siempre es posible que uno encuentre en tal o cual predicador, en esta o en aquella crónica un tono profético, referencias a hechos insólitos comentados en clave apocalíptica, pero éstos nunca desembocan en movimientos de opinión semejantes a los del Renacimiento. A principios del siglo XVII, un habitante de Sorrento se cruzó con San Juan Bautista en las calles de la ciudad. El tribunal diocesano cerró el caso después de una breve investigación. Evidentemente, ya no creía en ello. Puede explicarse este cambio de actitud ante las apariciones por varias razones. Italia acabó con las guerras extranjeras y civiles que creaban un terreno favorable a tales manifestaciones.[6] En poco tiempo, también, la Iglesia impuso su control : obligó a aplicar la decisión conciliaria de 1516 y prohibió la astrología judicial y las predicciones en 1586 y 1631, con la ayuda de la Inquisición que velaba con eficacia.

Lo sobrenatural oficial

9 No habría surgido si la Iglesia católica no hubiera podido imponer, sin oposición, sus propios conceptos respecto a lo sobrenatural, a las apariciones mal controladas, a los oráculos y predicciones anárquicos. Esas formas de sustitución no eran nada nuevas ; eran de larga tradición, pero resurgieron con la reconquista católica iniciada hacia 1540. Son numerosas y cuadriculan el territorio con una red de sacralidades que, en cierto modo, ponían constantemente al creyente en presencia de lo sobrenatural : imágenes milagrosas como la Madonna dell'Arco cerca de Nápoles ; la imagen de santo Domingo en Soriano, Calabria, o la Madonna della Quercia cerca de Viterbo ; los santuarios con reliquias como el de san Antonino en Sorrento que liberaba a los poseídos ; el culto de los santos...

10 Italia no descubrió el culto de los santos con el Concilio de Trento, sino que, al legitimarlo ante las críticas de los protestantes, éste propició su explosión. Ahora bien, no hay que olvidar que un santo es santo todavía en vida y no solo después de su muerte. Por su comportamiento atípico y el aura que lo rodea, el santo representa el mundo sobrenatural proyectado entre los vivos. Es el intercesor capaz de intervenir en la corte celestial para obtener una gracia. Entra regularmente en éxtasis, tiene visiones que comprueban sus relaciones con la estera de lo divino. Y cuando realiza un milagro, se muestra capaz de doblegar el orden de la naturaleza con los poderes "demiúrgicos" que es capaz de poner

en movimiento. Así calma las tempestades, desvía las tormentas, hace huir a los animales dañinos...

11 Santos y santas son lo bastante numerosos en la sociedad italiana como para que cada quien conozca a uno, por lo menos en el medio urbano, que vive en el convento de al lado. En el campo también, durante las misiones de evangelización que se multiplicaron a partir de fines del siglo XVI, se goza del beneficio de sus visitas. Santos y santas no se percibían de la misma manera ni tienen la misma función social. Esta distinción se remite a los diferentes papeles que la sociedad italiana atribuye a hombres y mujeres. El santo es taumaturgo porque vive en contacto con el pueblo y, según los esquemas mentales de la época, el poder de realizar milagros está ligado al sacramento de la orden. Las santas —que son muchas menos, aproximadamente 1 por cada 4 varones— son místicas que, por medio del éxtasis y las visiones, tienden a la unión con Dios. Encerradas en sus conventos, se las consulta por sus poderes mánticos.

12 Un simple fiel podía, en el transcurso de su existencia, tener una experiencia sobrenatural, cruzar esa frontera tan permeable entre el mundo de aquí abajo y la estera de la divinidad. En efecto, los milagros son muy frecuentes. No hay que equivocarse de época : la Italia de la contrarreforma no es el Lourdes de hoy donde se reconocen los milagros con la mayor parsimonia. Los procesos de beatificación así como los registros de los santuarios están ahí para atestiguarlo, el milagro es una cura terapéutica normal ante la incompetencia de los médicos. Ahora bien, la economía de la cura es explícita cuando se posee la descripción. El milagro interviene después de la invocación del santo y de su aparición durante una vision nocturna, forma cristianizada de la antigua incubación. Es lo que muestran claramente los exvotos pintados que se conservan en ciertos santuarios.

13 Esta rápida presentación tenía como propósito recalcar hasta qué punto lo sobrenatural era algo familiar para los hombres de la alta época moderna. Convivían constantemente con ello y tenían ocasión de experimentarlo frecuentemente en el curso de su existencia. Algunos, por su vocación, eran incluso profesionales de lo sobrenatural y, si bien las autoridades religiosas apoyaron de buen grado ese movimiento de fondo que constituye la santidad barroca, no por ello dejaron de crear instancias canónicas e institucionales para escoger y por consiguiente determinar las vías legítimas de acceso a lo sobrenatural. Es el tema que trataré de desarrollar ahora revisando el aspecto más exhuberante y más discutido de este problema : la mística.[7]

ESCENAS DE LA VIDA MÍSTICA

14 La mística cristiana es un excelente observatorio para seguir la manera en que las místicas reutilizan y reordenan el material cultural, a menudo de tradición muy antigua, en función de su propio imaginario. Este análisis no es sencillo en la medida en que las propias místicas se encargan de barajar las cartas : ¿no es lo propio del discurso místico decir lo indecible, a veces de manera excesivamente prolija ?[8] El lenguaje no es nunca lo suficientemente apropiado, o bien es demasiado pobre, para describir este tipo de experiencia. Sin embargo, muy pronto, la mística suscitó una reflexión teológica encargada de despejar sus categorías fundamentales, porque el discurso místico es un discurso de disidencia. La institución lo sustenta aunque constantemente trata de liberarse de ella. El discurso teológico sobre la mística forma parte, pues, de un debate mucho más amplio que trata sobre la definición de la persona, las relaciones del cuerpo y del alma, la frontera entre lo natural y lo sobrenatural.

La experiencia mística de Alfonsina Rispoli, en Nápoles

15 Desde este punto de vista, el caso de Alfonsina Rispoli es interesante porque es de todo punto trivial. Ha llegado a nuestro conotimiento por un proceso de inquisición napolitano de fines del siglo XVI.[9] Cuando la arrestaron en 1581, Alfonsina Rispoli tenía 28 años, era pobre y analfabeta, vivía en casa de su tía y el marido de ésta, vestía el hábito de terciaria franciscana y, para ganarse la vida, hilaba seda. La denunciaron ante el vicario general de la diócesis de Nápoles porque pretendía tener visiones y porque exhibía sus estigmas. En cuanto terminó el primer interrogatorio, aunque sus argumentos no eran escandalosos, fue encerrada en un convento-prisión en donde acabó por ser olvidada. Un singular destino que conviene explicar.

16 Durante los interrogatorios, Alfonsina Rispoli describe sus visiones. Empiezan cinco o seis años antes con una vision de santa Ana ; se queda tres días en una especie de estado de estupor durante el cual san Jerónimo la lleva al infierno, al purgatorio y al paraíso. Luego, durante la cuaresma de 1581, sobreviene un ciclo visionario que también es un recorrido iniciático : el 14 de marzo, tiene una visión del intercambio de corazones en presencia de Cristo y de santa Catalina de Siena ; el 25 de marzo, día de la Anunciación, recibe los estigmas en presencia de san Pedro, san Jerónimo y san Francisco ; luego tiene la vision del matrimonio místico celebrado por san Pedro ; el Domingo de Ramos, la coronación de espinas por san Jerónimo y san Pedro ; el Viernes Santo, la Pasión de Cristo en la que lo crucifican cuatro apóstoles y recibe 18 666 latigazos.

17 La economía de las visiones de Alfonsina Rispoli parece relativamente explícita : una visión iniciática ; luego un ciclo visionario que la lleva progresivamente a la unión mística con Dios. Para aquella mujer, el único medio de reivindicar la santidad era gracias a los poderes milagrosos y a los contactos con el más allá de los que ella puede prevalerse. La vision ocurre siempre durante un éxtasis, generalmente es breve, irreprimible pues se produce en los momentos menos apropiados, como delante del inquisidor. Pierde entonces el sentido de la realidad y parece desvanecerse ; la vision se desarrolla principalmente de noche, lo que la relaciona con la larga tradición sobre los íncubos. Está rodeada de un clima impregnado de lujo y belleza. Es la cultura del pobre, un imaginario pintado de blanco, de oro y de colores brillantes. Sin embargo, la vision puede ser desagradable cuando la mística se hace coronar de espinas, estigmatizar, azotar, arrancar el corazón. Pero esos dolores son siempre apaciguantes y la víctima obtiene de ellos una gran satisfacción al compartir la Pasión de Cristo.

18 Si miramos de cerca el material visionario propuesto por nuestra acusada, nos damos cuenta de que detrás de la aparente exuberancia se esconden las convenciones del discurso místico. Algunos temas son ya relativamente viejos : la estigmatización se remonta a san Francisco y al siglo XIV para las mujeres. El intercambio de corazones es más raro ; lo encontramos en Clara de Montefalco a principios del siglo XIV, con los objetos de la Pasión grabados en el corazón, como con Alfonsina Rispoli. Sólo la coronación con espinas es más reciente y debe relacionarse con el culto del Eccehomo que se propagó en Nápoles a fines del siglo XVI. Por otra parte, nuestra mística estaba perfectamente al corriente de las polémicas religiosas de su tiempo. San Francisco aparece unas veces con el hábito franciscano y otras con el hábito capuchino, como pretendía la feroz oposición de las dos ramas de la orden en aquel final del siglo XVI ; y santa Ana pide que su día sea fiesta obligada, lo que se hizo efectivo el 26 de julio de 1584.

Alfonsina Rispoli demuestra un sólido conocimiento iconográfio alimentado por sus meditaciones ante los retablos de los altares (el libro de los pueblos, la instrucción de los ignorantes, según Gregorio Magno) : san Jerónimo lleva el crucifijo y una piedra, la Virgen abreva con su leche a las aimas del purgatorio como en el cuadro de la iglesia de Piedigrotta, adonde iba a menudo a meditar. La visión no es pues una cosa estática, sino una producción cultural estrictamente codificada y formalizada, y sin embargo susceptible de innovación, capaz de captar y de reutilizar elementos dispersos de la historia reciente o contemporánea.

La reacción de las autoridades

19 Aparte de su aspecto anecdótico, las vicisitudes del proceso dan testimonio del crédito que las autoridades concedían a las visiones de la acusada y del aprieto en que las pone un fenómeno que no casa con sus categorías. El proceso de Alfonsina Rispoli duró en efecto once años, lo que muestra la irresolución de las autoridades eclesiásticas, que pasaron progresivamente de la desconfianza irritada a la franca hostilidad. Primero, la acusada soporta una serie de interrogatorios destinados a sondear su ortodoxia. En primera instancia, se trata de saber si no es un secuaz de Satanás o, a lo mejor, si en lugar de ser una santa no es una bruja. El juez le pregunta si ha ido al más allá en espíritu o con su cuerpo, sola o acompañada ; ella contesta que fue sola y en espíritu, puesto que su cuerpo se quedó tendido como muerto, lo que teológicamente es correcto. El juez examina, entonces, sus conocimientos religiosos para hacerla caer en la herejía. Ella ha visto aimas en el infierno, en el purgatorio y en el paraíso : ¿eran éstas corpóreas o incorpóreas ? ¿Los niños habían sido bautizados o no ? Cada vez, haciendo prueba de sólidos conocimientos teológicos, Alfonsina Rispoli responde correctamente.

20 Más tarde empieza a flaquear cuando el juez comienza a meterle en la cabeza la idea de que podría estar bajo el efecto de una posesión diabólica ; ella acaba por aceptar y pide que se la cure con los exorcismos apropiados. Esta última hipótesis parece haber ganado, puesto que nuestra mística Rispoli se queda en su monasterio, sin haber sido juzgada, hasta 1589, fecha en la que se reabre su juicio. Cuenta entonces que, desde que está en el convento, el demonio se le aparece regularmente. Sigue teniendo visiones, pero ya no les presta atención, se confiesa, comulga y acaba por calmarse. En 1590, el expediente del proceso se manda a Roma a la congregación del Santo Oficio. Pero ¡oh, sorpresa !, el cardenal Dezo contesta a los jueces napolitanos que nada de lo que aparece en el expediente justifica el encarcelamiento de la acusada. Luego, de nuevo el silencio. En 1592, el cardenal envía una nueva carta fustigando a los jueces a los que les reprocha haber detenido el proceso. Según él, deberían haber determinado de entrada si las visiones eran buenas o eran fruto de ilusiones demoniacas, y tenían que haber interrogado a sus discípulos. Se reanuda entonces el proceso : los pocos discípulos cuyo rastro logra encontrar el tribunal describen la pequeña comunidad espiritual que se había constituido alrededor de aquella a la que consideraban una santa y que representaba para ellos el papel de protectora y de profetisa. Le atribuían virtudes milagrosas y el poder de entrar en contacto con el mundo de los muertos. Alfonsina Rispoli relata su muy piadoso género de vida antes de su encarcelamiento : comunión diaria, largas sesiones de oración mental, misa cotidiana e incluso dos veces los días de fiesta, ayunos frecuentes y rigurosos, maceraciones con la disciplina y el cilicio, recitación de 229 padrenuestros y

avemarías, además de incontables rosarios. De nada sirve : Alfonsina Rispoli es condenada a prisión perpetua por simulación de santidad.

21 Resulta difícil saber lo que decidió a los jueces, ya que no tenemos las deliberaciones del tribunal ni los votos. Sin embargo, las actas del proceso nos indican los intríngulis del asunto : o bien Alfonsina Rispoli es una impostora y sus relaciones con lo sobrenatural son una estafa, o bien no simula y sus visiones son de inspiración divina, como lo creen inicialmente sus discípulos y ella misma, o son de inspiración diabólica, como parece aceptar después. Sea lo que sea, la dificultad que los jueces y la inculpada tienen para definirse ante un problema tan capital nos lleva a explorar esa turbia zona de la frontera entre el mundo natural y el mundo sobrenatural.

EL DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

22 La irresolución del tribunal napolitano, las notorias contradicciones entre el mismo tribunal y la congregación romana del Santo Oficio muestran hasta dónde es difícil la evaluación en la práctica de ciertos problemas que en apariencia han sido perfectamente formalizados por la teología. Empero, recuérdese en primer lugar que el discurso místico es fundamentalmente subversivo y las autoridades religiosas se empeñan en desarticularlo por los medios apropiados.

La defensa del orden público

23 Es importante comprender bien el clima religioso en el que se encontraba la Italia del sur durante los últimos veinte años del siglo XVI. Los discípulos de Alfonsina Rispoli lo describieron en sus declaraciones. Hay frecuentes referencias a la profetisa napolitana Úrsula Benincasa, que sufragaba la crónica desde hacía tiempo. En Nápoles había un intenso fervor mesiánico. La "Madre", como la llamaban sus discípulos, se había retirado a una ermita en la ladera del monte Sant'Elmo, desde donde atraía a la mejor sociedad napolitana. Reclamaba la reforma de la Iglesia y esperaba la llegada de un papa "angélico" . Así pues, se presentaba como una nueva santa Catalina de Siena. En la cuaresma de 1582, o sea un año después del caso de Alfonsina Rispoli, emprendió un viaje a Roma para ver a Gregorio XIII. Salió de Nápoles el 30 de abril de 1582, día de santa Catalina de Siena, pero fue arrestada en cuanto llegó a Roma. Sufrió un proceso inquisitorial que resistió valientemente ; sus dones divinos fueron reconocidos y volvió triunfal a Nápoles el 25 de noviembre de 1582, día de santa Catalina de Alejandría. A partir de entonces, hasta su muerte en 1619, Úrsula Benincasa gozó de gran autoridad moral en los medios dirigentes napolitanos.

24 La Iglesia estaba cansada de aquellas profetisas que sembraban el desorden, tanto más cuanto que varios otros casos se manifestaron todavía a fines del siglo XVI y principios del XVII. Sólo Úrsula Benincasa salió bien parada gracias a los apoyos de los que gozaba. Sin embargo, puede decirse que después pagó su inicial triunfo puesto que su proceso de beatificación, iniciado al día siguiente de su muerte, nunca concluyó —muestra de la desconfianza que la Iglesia tenía de ese tipo de santidad. El proceso inquisitorial que Úrsula Benincasa había tenido que enfrentar en Roma debía servir también para determinar si simulaba o si estaba inspirada por el diablo o por Dios. Ante el temple y la convicción de la acusada, la última solución fue adoptada. Pero tanto en el proceso de

Alfonsina Rispoli como en el de Úrsula Benincasa entraron en juego las mismas categorías : las de discernimiento de espíritus.

Las reglas del discernimiento

25 Voy a tratar de reconstruir el sistema de representación que da sentido a todas estas historias y que, finalmente, permite que uno se dé cuenta de cómo estaba trazada esa frontera entre lo natural y lo sobrenatural. El discernimiento de espíritus (*discretio spiritum)* sirve para determinar el origen de las fuerzas que actúan sobre la voluntad humana. Esta teoría consiste pues en "separar" ; es el sentido mismo de la palabra discernir. La exégesis teológica la remite a la Primera Epístola de San Juan, pero la mística medieval la alimenté : Richard de Saint-Victor, san Bernardo, Jean Gerson. Una segunda corriente más reciente, originada por la práctica de la dirección de conciencia y de la práctica inquisitorial, la enriqueció aún más : Martín del Río, Giovanni Bona, para citar a los autores más célebres. No hay que olvidar que a menudo se mezclaron los papeles y que los especialistas napolitanos del siglo XVII (Domenico Gravina y Francesco Caracciolo) fueron tanto directores de conciencia como consultores del Santo Oficio.

26 Existen diferentes sistemas de clasificación que, por encima de una aparente riqueza, acaban todos por distinguir tres tipos principales de espíritus : el espíritu divino que incita al bien, el espíritu diabólico que incita al mal y el espíritu humano, zarandeado entre las influencias contradictorias de los dos primeros. No estamos muy lejos del superyó, del ello y del yo del psicoanálisis freudiano. Y no es mayormente sorprendente pues la introspección ascética, la práctica de la confesión y la de la inquisición contribuyeron a un mejor conocimiento de la personalidad humana. A partir de ese marco general, los teólogos establecieron un sistema muy refinado para comprender fenómenos tan diferentes como las visiones, los éxtasis o los suenos.

27 Si bien la teoría es clara, las reglas de su aplicación, en cambio, no son nada precisas. Dejan un gran campo de indeterminación 3—pues dependen de las circunstancias— y un amplio margen de tolerancia al confesor o al inquisidor. Existen ciertos criterios que, aunque no tengan un valor absoluto, pueden ayudar al especialista : el estado de la persona que tiene visiones (si está enferma y sufre alucinaciones ; si es más vulnerable, sobre todo si está embarazada), las circunstancias en que se da la visión, el contenido de las visiones... Existe pues una infinidad de variables que permiten interpretar el modelo inicialmente propuesto.

El fin de las revelaciones

28 La lectura de los tratados teóricos y de las actas de los procesos conduce a una primera conclusion : el discernimiento de espíritus es un campo estrictamente formalizado en apariencia, pero aproximativo en la práctica. Estamos pues en terreno experimental, como lo muestran los aplazamientos de los jueces napolitanos. El proceso romano de Úrsula Benincasa no resolvió definitivamente su destino. Uno de sus jueces, Felipe Neri, el fundador del Oratorio y uno de los santos más grandes de la contrarreforma, nunca estuvo convencido del carácter divino de sus revelaciones. Hizo que la controlaran muy de cerca confesores que él mismo escogió. Durante toda su vida Úrsula Benincasa fue obligada a dar prendas : dio caza a otras profetisas que ella misma acusaba de ser brujas.

29 La desconfianza es pues general. En el proceso de Alfonsina Rispoli nunca se admitió el origen divino de sus visiones ; pero sin embargo hubo que calificarlas, por eso se trató de hacerlas pasar sucesivamente por herejía, posesión diabólica y, luego, simulación. Los últimos testimonios en su contra tendían a hacer creer que la inculpada fingía estar poseída, y parece ser que ésta fue la última palabra de la acusación. Pero Alfonsina conocía perfectamente los elementos del problema : sabía que si sus revelaciones no eran divinas eran forzosamente diabólicas. Así que cedió. Pero incluso en los momentos de esplendor tuvo desconfianza. Como era posible que las apariciones fueran diabólicas, cuenta cómo le escupía a la cara a san Jerónimo para hacerlo reaccionar violentamente en caso de que no hubiera sido más que el diablo camuflado, y que volvía la cabeza o se tapaba los oídos.

30 La Iglesia difícilmente admite nuevas revelaciones. No estima que sean totalmente imposibles puesto que los caminos de Dios son impenetrables, pero sí cree que son altamente improbables. Juzga simplemente que la era de las revelaciones se ha terminado definitivamente y que no hay necesidad de nuevas revelaciones para enriquecer la Revelación. Pero esta posición es ambigua, pues los periodos de gran efervescencia religiosa producen profetas, adivinos y santos en gran número. Algunos son aceptados sin dificultad pues la Iglesia no constituye un cuerpo unánime y siempre hay clérigos, cualquiera que sea su posición, que creen en esas nuevas revelaciones. Muy a menudo escoger es delicado y la frontera no está trazada definitivamente. Brígida de Suecia fue canonizada tres veces y ¿a cuántas beatas quemaron por una Teresa de Ávila ?

31 Es de buen tono que un historiador cite el aforismo de Benedetto Croce que dice que toda historia es historia contemporánea. El estudio del pasado no serviría así más que para explicar el presente. Por supuesto no es ésta una manera correcta de ver nuestro oficio. ¿Se le pediría al etnólogo que presente el estado actual de nuestro planeta sirviéndose del ejemplo del pequeño grupo humano cuyos tipo de vida y formas de perisamiento trata de reconstruir ? El estudio del pasado nos ayuda a comprender el pasado, cosa que no está mal hacer. Es un buen medio, en todo caso, para evitar cualquier anacronismo y para tratar de formular de la manera más fiel posible la instrumentación mental e intelectual de individuos cuyas reacciones y comportamientos, a varios siglos de distancia, nos extrañan a menudo.

NOTAS

2. *Marc Bloch, Les rois thaumaturges, 3a. ed., Paris, 1983. Lucien Febvre, Le problème de l'incroyance au XVI [e] siècle. La religion de Rabelais, 2a. ed., Paris, 1968.*

3. *Geoffrey Lloyd, Pour en finir avec les mentalités, Paris, 1993.*

4. *Ottavia Niccoli, Profeti e popolo nell'Italia del Rinascimento, Bari, 1987.*

5. *Carlo Ginzburg, I Benandanti. Stragoneria e culti agrari tra Cinquecento e Seicento, Turin, 1996.*

6. No es el caso en Francia, en donde este tipo de fenómenos florece en la segunda mitad del siglo gracias a las guerras civiles. Denis Crouzet, *Les guerriers de Dieu. La violence au temps des troubles de religion,* Seyssel, 1990,2 vols.

7. Jean-Michel Sallmann (comp.), *Visions indiennes, visions baroques. Les métissages de l'inconscient,* Paris, 1991. Sobre la santidad en general en Italia del sur, Jean-Michel Sallmann, *Naples et ses saints à l'âge baroque (1540-1750),* Paris, 1994.
8. Michel de Certeau, *La fable mystique, XVI*[e]*-XVII*[e], Paris, 1982.
9. El proceso se conserva en el Archivio Storico Diocesano di Napoli, *Fondo Sant'Ufficio,* núm. 147-133/C.

NOTAS FINALES

1. Paris X, Nanterre.

El príncipe, la biblioteca y la dedicatoria en los siglos XVI y XVII

Roger Chartier

---

1 Note portant l'auteur[1]

2 En *The Tempest,* representada en la corte el 1° de noviembre de 1611, ante el rey Jacobo I, Shakespeare presenta en escena a un príncipe que, para su desgracia, prefiere la compañía de los libros al arte de gobernar. Próspero, duque de Milan, ha renunciado, en efecto, a ejercer el poder para dedicar todo su tiempo al estudio de las artes liberales y al conocimiento de las ciencias secretas. *"Being transported and rapt in secret studies"* [" Completamente dado y aplicado a las ciencias ocultas"], no aspiraba sino a escapar del mundo y a encontrar un retiro en su biblioteca : *"Me, poor man, my library was dukedom large enough"* ["En cuanto a mí, pobre hombre..., mi biblioteca era un ducado suficientemente grande"] (acto I, esc. II, versos 109-110)[2] Ha dejado a cargo de los negocios y de la dirección del Estado a su hermano, Antonio. Esta disociación original es fuente de todos los desórdenes : desorden politico por la traición de Antonio, que se proclama duque y destierra a Próspero de sus estados ; desorden cósmico indicado por la tempestad de la primera escena que trastorna el orden de la naturaleza de la misma manera que la usurpación de Antonio ha destruido el de la ciudad. La historia que se cuenta en *La tempestad* es la de una reconciliación. Al final de la obra, la armonía, quebrantada en un tiempo, se restaura plenamente, y desaparece el desgarramiento inicial que había hecho de Próspero un mago todopoderoso, dueño de los elementos y de las aimas y, al mismo tiempo, un pobre soberano, destronado, desorientado, exiliado en una isla desconocida.[3]

3 Este espejo, colocado delante del verdadero príncipe, espectador de la obra, refleja al mismo tiempo el poder de los libros y su peligro. Gracias a los libros, que el fiel Gonzalo le ha permitido llevar consigo en su barca de infortunio (*"Knowing I loved my books, he fournish'd me / From mine own library with volumes that / I prize above my dukedom"* [" Sabiendo lo que estimaba mis libros, llevó su generosidad hasta proveerme, sacados de mi propia biblioteca, de volúmenes a que yo concedía mayor valor que a mi ducado"] (acto I, esc. II, versos 166-168), Próspero puede desatar o aplacar las aguas, invocar a los espíritus

y embrujar a los humanos. Pero es también su pasión sin límites por los libros, en primer lugar los que contienen los conocimientos secretos, la que le ha hecho perder el trono. La restauración de la soberanía legítima y del orden político requiere pues la renuncia a esos libros que no dan poder más que a cambio de una pérdida : *"But this rough magic /I here abjure [...] I'll break my staff,/Bury it certain fathoms in the earth, / And deeper than did ever plummet sound / I'll drown my book"* ["Pero aquí abjuro de mi negra magia (...) romperé mi varita mágica, la sepultaré muchas brazas bajo tierra, y a una profundidad mayor de la que pueda alcanzar la sonda sumergiré mi libro"] (acto V, esc. I, versos 50-57).[4]

4 Personal, secreta, la biblioteca de Próspero es una biblioteca de príncipe mas sin embargo no es una biblioteca principesca, si entendemos por ello una colección reunida para un soberano pero no forzosamente destinada a su uso personal. Hay que subrayar, de entrada, esta distinción y no apresurarnos a identificar la "biblioteca del rey" con los libros, y menos aún con las lecturas del monarca. El caso francés lo ilustra ejemplarmente puesto que, a partir de los años 1570, la "librería" del rey se transporta del palacio de Fontainebleau a París, en donde se instala en edificios que no son casas reales : primero, en una casa particular ; luego, en 1594, en el colegio de Clermont ; en 1603, en el convento de los franciscanos ; en 1622, en un edificio en la calle de la Harpe, siempre en el recinto de los franciscanos, y en 1666 en dos casas en la calle Vivienne, compradas por los Colbert. La biblioteca permaneció allí hasta 1721, fecha en la que se instaló en el palacio de Nevers. Es así como, a partir del último tercio del siglo XVI, la "Biblioteca del Rey" (el término hace su aparición en un edicto de 1618) ya no ocupa un edificio que sea a la vez residencia del principe. Sus libros personales, los que lee para sí y que forman el gabinete del Louvre, no están mezclados con los de la colección "pública" que constituye la biblioteca real. Prueba de ello es un reglamento de 1658 que imponía a libreros e impresores el depósito de un quinto ejemplar de todo libro publicado : dos estaban destinados a la Biblioteca del Rey, uno a la comunidad de los libreros-impresores, otro al canciller y el último iba a la biblioteca del Louvre "ordinariamente llamada gabinete de los libros, que le sirven a nuestra persona".[5] El rey guarda, pero no en el Louvre, los libros que son de su agrado, o los lleva consigo a sus diversos palacios y moradas.

5 Cabe destacar que este procedimiento es antiguo, ya que existía antes de la mudanza de la biblioteca de Fontainebleau a París. En un inventario de 1518, que hace un recuento de los libros de la biblioteca del rey instalada entonces en el palacio de Blois, hay un rubro titulado "Otros libros que el rey lleva comúnmente" en el que se enumeran diecisiete libros guardados en los cofres que siguen los desplazamientos del soberano.[6] De todos modos, las razones que, en 1520, llevan a Francisco a fundar una nueva "librería" real en Fontainebleau, luego, en 1537, a pedir el depósito obligatorio de un ejemplar de todas las " obras dignas de verse" en la biblioteca de Blois, y, finalmente, en 1544, a reunir en Fontainebleau las dos bibliotecas, no tienen nada que ver con sus costumbres personales. Las colecciones así formadas tienen una finalidad totalmente "pública" : evitar que desaparezcan libros que merezcan ser conservados ; abiertas a los sabios y a los eruditos ya que, como dice Robert Estienne acerca de la biblioteca de Fontainebleau, "nuestro rey [...] la pone libremente a disposición de todo aquel que tenga necesidad".[7] Este uso público fue, además, uno de los argumentos utilizados para la transferencia de la "librería" a la capital. En 1567, Pierre Ramus le recuerda a Catalina de Médicis que los príncipes de su familia, Cosme y Lorenzo, habían instalado su biblioteca "en el centro de sus Estados, en la ciudad en la que estaba más accesible a los estudiosos".[8] El rey de Francia debía imitar ese ejemplo.

6 La "biblioteca real" fue así una doble realidad. Por una parte, instituida de la manera más sólida, no estaba dedicada al recreo del monarca sino a la utilidad del público. Esto mismo es lo que le dio gloria y renombre. Gabriel Naudé lo subraya en el *Advis pour dresser une bibliothèque,* publicado en 1627. Dice que

> no hay medio más honrado y seguro para adquirir gran fama entre los pueblos que el de formar bellas y magníficas bibliotecas, y luego dedicarlas y consagrarlas al uso del público. También es verdad que esta empresa nunca engañó ni decepcionó a los que supieron manejarla bien, y que siempre se ha considerado de tal envergadura que no sólo los particulares han logrado que fuera de su provecho [...] sino que incluso los más ambiciosos han querido siempre servirse de ella para coronar y perfeccionar todas sus bellas acciones, como se hace con la llave que cierra la bóveda y sirve de adorno resplandeciente al resto del edificio. Y como pruebas y testigos de lo que digo me bastan aquellos grandes reyes de Egipto y de Pérgamo, aquel Jerjes, aquel Augusto, Lúculo, Carlomagno, Matías Corvino, y aquel gran rey Francisco I, a quienes les gustaba y pusieron particular interés en acumular una gran cantidad de libros (entre la casi infinidad de monarcas y potentados que también practicaron esta astucia y estratagema), e hicieron montar bibliotecas muy curiosas y bien provistas.[9]

7 La biblioteca real, como todas las grandes bibliotecas humanistas (por ejemplo la de John Dee)[10] o las de los magistrados (por ejemplo la de los Presidentes en el Parlamento Henri de Mesmes, al que Naudé dirige su *Advis,* o Jacques de Thou),[11] no es un *solitarium,* un lugar de retiro fuera del mundo y de gozos secretos. Abiertas a los hombres de letras, a los sabios, incluso a los simples curiosos (como es el caso de la Biblioteca del Rey a partir de 1692), sus colecciones de manuscritos y de impresos pueden movilizarse al servicio del saber, de la historia de la monarquía, de la política o de la propaganda del Estado.

8 Pero los rey es son también lectores. De ahí que haya, fuera de la biblioteca "pública", colecciones de libros dispersas aquí y alla, en sus diversas residencias. Fernando Bouza Álvarez hace hincapié en el contraste entre la biblioteca de carácter muy personal, como la de Felipe IV en la Torre Alta de su Alcázar madrileño, y la biblioteca real del Escorial :

> Sin duda, la librería de la Torre Alta es un ejemplo de biblioteca muy personalizada en atención a las peculiares e irrepetibles características, necesidades y deseos de quien fue su propietario. Para los Austrias españoles, la gran biblioteca regia seguía siendo la Laurentina y la del Alcázar cumplía una función menos representativa, más utilitaria y placentera ; como escribió Juan Alonso Calderón, esta última había sido fundada por Felipe IV a comienzos de su reinado precisamente "para poder asistir en ella cada día", "no contentándose —el rey— con la ilustre de San Lorenzo el Real".[12]

9 Encontramos una dualidad similar en Francia, por una parte con la Biblioteca del Rey (que Luis XIV no visitó más que una vez, en 1681) y, por otra, con el gabinete del Louvre y, más tarde,la biblioteca del palacio de Versalles, instalada entre 1726 y 1729 en las dependencias menores, y la del palacio de Choisy en 1742.[13]

10 La constitución de colecciones reales, de la naturaleza que sean, pone en juego muchas acciones. En el caso francés, las bibliotecas del monarca se enriquecían de diversas maneras : por las confiscaciones realizadas después de las expediciones militares victoriosas (como durante las guerras de Italia) ; por la reunion de las bibliotecas de los miembros de la familia real (por ejemplo, en 1599, la de Catalina de Médicis o, en 1660, la de Gaston de Orléans) ; por la obligación (por cierto muy poco respetada) del depósito de ejemplares exigido a los libreros e impresores ; por intercambios (como, en 1668, con la biblioteca del Collège des Quatre Nations al que Mazarino había legado su biblioteca,

reconstituida después de la Fronda) ; por donaciones (la hecha por Jacques, uno de los hermanos Dupuy, en 1652, constituye la primera aportación importante de libros impresos a la biblioteca real, cuyas colecciones estaban esencialmente constituidas, hasta entonces, por manuscritos) ; y también por adquisiciones, tanto de ejemplares sueltos comprados en el extranjero por viajeros, diplomáticos y corresponsales, como de bibliotecas enteras puestas en venta al morir sus dueños.

11 Pero es otra acción, minoritaria, la que nos ocupará : la del libro obsequiado al príncipe. En francés, se utilizan los mismos términos (*dédier*—dedicar, consagrar— ; *dédicace* —dedicatoria, consagración) para la consagración de una iglesia y la "ofrenda" de un libro. En 1690, el *Dictionnaire universel* de Furetière encadena así las definiciones : "Dédicace : Consagración de una iglesia [...] Es también el epígrafe preliminar de un libro dirigido a aquel a quien se le dedica para rogarle que lo proteja" ; "Dédier : Consagrar una iglesia [...] Significa también obsequiar un libro a alguien para hacerle honor y tener ocasión de que lo elogie, y a menudo esperar de él vanamente alguna recompensa". "Esperar de él vanamente alguna recompensa" : la amargura irónica de Furetière, perdonavidas de los mecenas avaros y de los escritores en pos de gratificaciones, no debe disfrazar la importancia de una práctica que gobernó duraderamente la producción y la circulación de las obras.

12 En el libro, la dedicatoria al príncipe es, ante todo, imagen... En la época de los libros manuscritos, numerosos eran los frontispicios en los que estaba representado el autor de rodillas, ofreciendo al príncipe, sentado en su trono y dotado de los atributos de su soberanía, un libro ricamente encuadernado conteniendo la obra de la que era el creador, el traductor, el comentador o el comanditario. La escena le confiere un nuevo contenido a la iconografía tradicional y frecuente de las miniaturas, los frescos, los capiteles esculpidos, los vitrales, los retablos : un donador arrodillado ofreciendo a la iglesia o a la capilla, representada como una maqueta, que éste ha mandado construir para la gloria de Dios. En la imagen de la relación entre el soberano y el escritor, el libro ha tomado el lugar del edificio sagrado, el autor el del fundador y el rey el lugar de Dios, como lugarteniente suyo en la Tierra.[14]

13 Cynthia J. Brown ha sugerido recientemente que, con el libro impreso, esta representación de la dependencia del autor, sometido al príncipe que acepta recibir su obra, cedió el lugar a una afirmación vigorosa de la identidad propia del escritor : "Parece razonable concluir [...] que el advenimiento de la imprenta y su desarrollo, a finales del siglo XV y principios del XVI, tuvieron bastante que ver con el origen de la timidez autoral entre los escritores vernáculos de Paris. Incluso puede haber llegado a provocar un cambio en el concepto mismo de literatura."[15] El ejemplo en que se funda la hipótesis esta dado por una obra del retórico parisino André de la Vigne, *Ressource de Chrestienté,* texto alegórico que justifica la pretensión al reino de Nápoles de Carlos VIII. En el manuscrito de presentación al rey (B.N., ms. fr. 1687), el autor está, al mismo tiempo, medio escondido (su nombre no aparece más que en el último verso, disimulado en un juego de palabras) y dependiente (la miniatura del frontispicio lo representa en la postura clásica del donador arrodillado a los pies del príncipe).

14 Las ediciones impresas de la obra, que se encuentra en una antología titulada *Le vergier d'honneur,* proporcionan una imagen muy distinta del autor : por una parte, su nombre aparece en la página del título y se repite en el último verso de la obra, a manera de una firma personal ; por otra, en el frontispicio, la escena dedicatoria le ha cedido el sitio al retrato del autor. En modo alguno observamos el dibujo detallado y realista del escritor,

sino más bien vemos una representación estereotipada del autor colocado frente a su libro terminado. Ésta cobra valor independientemente de toda obra particular, de todo autor singular, al indicar de manera genérica la "función autor", para decirlo como Foucault.[16] En el caso de una miniatura más realista, que se encuentra en un ejemplar en vitela de la segunda edición, es el hecho mismo de la composición de la obra el que llama la atención. Sentado en un sillón parecido al del rey de las escenas dedicatorias, el poeta ve aparecer ante sí a los personajes alegóricos del relato que está escribiendo —con el doble sentido que la palabra adquirió en el lenguaje del siglo XV : no sólo sostener la pluma, sino también componer una obra. Del manuscrito al impreso, para Cynthia J. Brown, "la situacíon de La Vigne como autor va pasando, en el texto mismo, de una posición secundaria convencionalmente medieval a una presencia autoritaria creciente, y [...] al mismo tiempo su patrono Carlos VIII se transforma de autoridad dominante, personalizada, en un personaje más ausente y ambiguo".[17]

15 ¿Tiene este ejemplo un valor general ? Tal vez no, si recordamos la persistencia, en los libros impresos durante el siglo XVI, de las escenas dedicatorias. Ruth Mortimer sugiere una tipología que identifica tres formas de éstas.[18] La primera no constituye una presentación de libro propiamente dicha : pone, sin embargo, en un mismo espacio al autor y al rey al que aquél destina su obra. Así lo vemos en un grabado que ilustra *Les Annales d'Aquitaine* de Jean Bouchet (Poitiers, 1524), en el que el rey (designado en una filacteria "Franc. Rex") y el autor ("Actor") están rodeados de figuras mitológicas (" Mercurus"), alegóricas ("Fortitudo", "Justitia", "Fides", "Prudentia", "Temperentia") e históricas ("Aquitania").[19] La segunda iconografía es la más clásica y deja ver el gesto mismo de la presentación y de la entrega del libro que pasa de la mano del autor a la del destinatario : rey, reina, ministro, cortesano, etc. La tercera categoría de ilustraciones representa al autor leyéndole su obra al soberano al que se la obsequia. Es el caso, por ejemplo, de un grabado utilizado dos veces por Antoine Macault en sus traducciones de Diodoro y de las *Filípicas* de Cicerón, que dedica a Francisco I.[20] La relación de patronazgo y de protección, tal como la muestran estas escenas dedicatorias, no desapareció pues con la primera reafirmación de la identidad y de la función del autor —que por cierto es anterior a la invención de la imprenta. A lo más, en la composición de estas escenas aparecen otras modalidades del retrato del autor, mostrado sólo, dotado de los atributos reaies o simbólicos de su arte, triunfante a la manera antigua o al natural. Así, el cirujano Ambroise Paré, siguiendo el ejemplo de Vesalio, inserta su retrato, en diversas edades y etapas de su vida, en la mayoría de las ediciones de sus obras publicadas después de 1561 (es decir, en total, durante toda su carrera de autor, en nueve ediciones de las dieciséis publicadas entre 1545 y 1585).[21]

16 Los contratos establecidos entre los autores o los traductores y los libreros registran a su manera la persistencia de la dedicatoria a los protectores. En los treinta y tantos contratos parisinos encontrados por Annie Parent-Charon para el periodo 1535-1560, el caso usual es aquel en el que el librero carga con todos los gastos y en que el autor recibe como retribución no una cantidad de dinero, sino cierto número de ejemplares gratuitos de su libro : de veinticinco ejemplares para la traducción de Jean Amelin de las *Décadas* de Tito Livio, publicada por Guillaume Cavellat (contrato del 6 de agosto de 1558), a tien ejemplares para el *Épithomé de la vraye astrologie et de la reprovée* de David Finarensis, impreso por Etienne Groulleau (contrato del 22 de agosto de 1547). Sólo en dos casos hubo remuneración monetaria además de los ejemplares cedidos gratuitamente por el librero : cuando el autor obtuvo él mismo el privilegio y desembolsó los gastos de cancillería, y

cuando el contrato era de traducción, particularmente en las décadas 1550 y 1560 para las traducciones de novelas de caballería castellanas, muy de moda a la sazón.[22]

17 Incluso en esos casos, empero, la entrega de ejemplares que pueden obsequiársele al rey y a los grandes sigue siendo esencial, como lo demuestra esta cláusula del contrato establecido el 19 de noviembre de 1540 entre Nicolas de Herberay y los libreros parisinos Jean Longis y Vincent Sertenas, para su traducción del segundo, tercer y cuarto libros del *Amadís de Gaula.* Por su trabajo y por el privilegio que él mismo obtuvo, Nicolas de Herberay recibió, por una parte, ochenta escudos de oro sol y, por otra, "de cada uno de los tres volúmenes dichos, doce libros, de blanco en rama [es decir sin encuadernar], tan pronto estén impresos, sin que él tenga nada que pagar". Pero hay más : los libreros se comprometen a no poner el libro a la venta antes de que el traductor lo haya mandado encuadernar y le haya presentado al rey el ejemplar que le dedica : "No podrán despachar ni vender ninguno de dichos tres volúmenes sin que antes los haya presentado el dicho de Herberay al rey nuestro señor, so pena de costas, daños e intereses, mismos que promete presentar en seis semanas después de que dicho volumen le haya sido entregado impreso de blanco como dicho esta."[23] Dos años más tarde, por la traducción del quinto y sexto volumenes del *Amadís de Gaula,* el contrato establecido el 2 de marzo de 1542 entre Nicolas de Herberay y los libreros Jean Longis, Denis Janot y Vincent Sertenas preveía no sólo el pago por parte de éstos de una suma de sesenta y dos escudos de oro sol (a la cual hay que agregar veintidós escudos de oro sol de una deuda que tenía con Jean Janot de la que Herberay queda libre desde ese momento), sino también la entrega al traductor de "doce libros de dichos quinto y sexto volúmenes, a saber diez de blanco y dos encuadernados y dorados, sin que por razón de dichos libros deba pagar cosa alguna".[24]

18 La escena grabada en las miniaturas o en los grabados en madera remite a una realidad duradera. El rey recibe para su o sus bibliotecas un número de obras que le obsequian en dedicatoria los autores que buscan su protección. Éstos las mandan encuadernar antes de presentárselas al soberano—lo que altera un poco la uniformidad deseada por Francisco I para la "librería" de Fontainebleau cuyos volúmenes tenían que encuadernarse según un mismo programa, con decorados idénticos en las cubiertas de ternera café oscuro o negra y con las armas reaies estampadas en el centro de las tapas.[25]

19 La lectura en voz alta de la obra presentada al rey es también una costumbre de la que hay pruebas. La Croix du Maine nos proporciona un ejemplo entre otros. En 1584, dedica al rey (en este caso Enrique III) el *Premier volume de la Bibliothèque du Sieur de la Croix du Maine. Qui est un catalogue général de toutes sortes d'Autheurs, qui ont escrit en François depuis cinq cents ans et plus, jusques à ce jour d'huy* (Paris, Abel L'Angelier). En el libro, varias marcas indican la relación de dependencia que La Croix du Maine pretendía instituir entre el rey y él. El retrato del soberano (y no el del autor) aparece grabado en el frontispicio, la epístola dedicatoria que le dirige se termina por "François de la Croix du Maine del que el anagrama es Raza del Mans, tan fiel a su rey", y se imagina así la escena de presentación :

> Si vuestra majestad deseara saber cuáles son los otros [volúmenes] que he escrito y compuesto para el ornamento y la ilustración de vuestro tan célebre y floreciente Reino, estoy listo para dar lectura (cuando le plazca mandármelo) del Discurso que mandé imprimir hace cinco años, respecto al catálogo général de mis obras [se trata del *Discours du Sieur de la Croix du Maine contenant sommairement les Noms, Titres et Inscriptions de la plus grande partie de ses œvres latines et françaises* que enumera varios cientos de obras y que se publicó en el *Premier volume de la Bibliothèque].*[26]

20 Leerle al rey la obra que se le dedica y que va a ocupar un sitio en su "librería" : este gesto demuestra que, incluso en el tiempo de la imprenta, subsiste la modalidad antigua de la " publicación", esto es, la lectura en voz alta de una obra delante del príncipe, el señor o la institución a quien está dedicada.[27]

21 La dedicatoria de un libro al soberano por parte de su autor constituye, todavía en el siglo XVIII, una de las mejores maneras de atraer la benevolencia real. Veamos un ejemplo que nos transporta a la corte de Luis XV. En 1763, Marmontel pretende el puesto que Marivaux dejó vacante a su muerte en la Academia Francesa. Es el candidato de los filósofos pero éstos no son todavía más que cuatro en la institución. Además, Marmontel es el blanco de la feroz hostilidad de uno de los ministros, el Conde de Praslin. La única manera de eludir una oposición tan poderosa es ganar la preferencia del rey. Para obtenerla, el candidato de los filósofos, aconsejado por su protectora, la marquesa de Pompadour, recurre al gesto más tradicional de sumisión del hombre de letras : obsequiar al soberano un ejemplar de una de sus obras encuadernado lujosamente. "Finalmente, habiéndose terminado la impresión de mi *Poétique,* le rogué a Madame de Pompadour que obtuviera del rey que una obra que le faltaba a nuestra literatura le fuera presentada. Es, le dije, una gracia que no le costará nada ni al rey ni al Estado, y que probará que soy bien recibido y aceptado por el rey." La marquesa consigue sin dificultad el consentimiento del rey y le sugiere a Marmontel que le obsequie su libro ese mismo día al soberano, a la familia real y a los ministros. Es lo que decide hacer. Para ello va a Versalles :

> Con mis ejemplares magníficamente encuadernados (pues no escatimé nada), me fui un sábado por la noche a Versalles, con mis paquetes [...] Al día siguiente, el duque de Duras me hizo entrar. El rey acababa de levantarse. Jamás lo había visto tan espléndido. Recibió mi obsequio con una mirada encantadora. El colmo de la felicidad habría sido que me dijese dos palabras ; pero sus ojos hablaron por él.

22 Y Marmontel prosigue : "Cuando bajé a ver a Madame de Pompadour, a quien ya había presentado mi obra, 'Id, me dijo, a obsequiarle a Monsieur de Choiseul su ejemplar, os recibirá bien ; y dejadme el de Monsieur de Praslin ; se lo obsequiaré yo misma'." La dedicatoria de la *Poétiquehizo* su efecto puesto que Marmontel acabó por ingresar a la Academia.[28] Esta pequeña anécdota ejemplifica perfectamente el lazo paradójico que asociaba, en el siglo XVIII, la nueva definición del hombre de letras, practicante audaz del pensamiento filosófico, y el respeto necesario de las formas más clásicas del mecenazgo para quien quería obtener el patronazgo del príncipe, dispensador supremo de los favores y las protecciones.[29]

23 Los autores o los traductores no eran los únicos que presentaban libros a los príncipes. Los libreros también acostumbraban hacerlo ; cuando sucedía, en torno a la dedicatoria podía entablarse una rivalidad entre el que había escrito la obra y el que había hecho el libro. El caso de Antoine Vérard, que dominaba el mundo de los libros en París entre 1485 y 1512, es un perfecto ejemplo. Como ha demostrado Mary Beth Winn, las ediciones de Vérard presentan cierto número de rasgos comunes, directamente heredados de los manuscritos que éste produjo : por una parte, comprenden un epígrafe, un poema o un prólogo dedicatorio que, a veces, no se encuentra en el ejemplar obsequiado al rey ; por otra parte, los ejemplares de presentación contienen generalmente una miniatura que representa la escena dedicatoria. El hecho importante es que Vérard, que no era ni el autor de los textos ni el impresor de los libros sino el editor, se adjudicó a menudo el papel y la posición del donador. Es su propio retrato el que figura en varias de las miniaturas que muestran la entrega del libro al rey —y en uno de los manuscritos ese

retrato está puesto bajo el término "Actor". Y es Vérard el que firma un gran número de dedicatorias al rey (empleando la formula "muy humilde y muy obediente servidor"). Si trece de las obras que publico llevan una dedicatoria a Carlos VIII firmada por su autor o su traductor, once, es decir casi otras tantas, tienen un homenaje de Vérard al soberano. Para sus dedicatorias, Antoine Vérard compuso a veces un texto original, pero tampoco se privé de apropiarse y utilizar los prólogos escritos por otro —y para otro. Así, para *L'arbre des batailles,* que publica en 1493, presenta como suya la dedicatoria que había escrito el autor, y le dirige a Carlos VIII un texto que había sido escrito para Carlos VI. De la misma manera, reutiliza la misma dedicatoria en dos ejemplares de presentación de *De consolatione* de Boecio, publicado en 1494 : la primera está dirigida a Carlos VIII, la segunda a Enrique VII de Inglaterra, cuyo nombre está escrito con tinta, en vez del nombre del rey de Francia, raspado y borrado.[30] Considerándose los "autores" de libros cuyo texto no han escrito, los libreros-editores presentan al príncipe y obsequian a su biblioteca ejemplares de sus ediciones con el fin de conseguir su protección. Esta práctica, por otra parte, no es particular de los primeros tiempos de la imprenta : en el siglo XVII, el librero Toussaint Du Bray introdujo en treinta y ocho de sus ediciones una epístola dedicatoria de su cosecha —una de ellas dirigida a un soberano, el rey Carlos I de Inglaterra.[31]

24 La dedicatoria y la presentación del libro adquieren un sentido particular en el caso de las obras científicas. Tomemos como ejemplo a Galileo.[32] En 1610, es profesor de matemáticas en la Universidad de Padua, que depende de la República de Venecia, pero su esperanza es tener el patronazgo de un príncipe absoluto, condición indispensable para obtener una remuneración sin estar obligado a pasar gran parte de su tiempo en tareas de enseñanza. Para conquistar tal posición la dedicatoria es una arma esencial. En 1610, Galileo publica en Venecia, en el taller de Tomasso Baglioni, un libro titulado *Sidereus Nuncius,* en el que describe las observaciones que se han vuelto posibles gracias al anteojo (el *perspicillum)* que dice haber inventado. El libro se initia con una dedicatoria al duque Cosme II de Médicis, del que espera protección y sostén. Galileo le obsequia no sólo su libro, sino también un anteojo que permitirá al príncipe observar la faz de la Luna, las estrellas fijas, la Vía Láctea, las nebulosas y, sobre todo, cuatro "estrellas" nunca antes vistas. Son éstas, más que el libro, las que dedica a los Médicis bautizándolas con su nombre. El título indica, en efecto, que esos cuatro planetas que giran alrededor de Jupiter *"quos, nemini in hanc usque diem cognitos, novissime Author depraehendit primus, atque Medicea Sidera nuncupandos decrevit"* ("nadie los había conocido hasta este día, el Autor ha sido el primero en descubrirlos recientemente y ha decidido nombrarlos Astros Medíceos").[33]

25 Sacando partido de la mitología dinástica y astrológica de los Médicis que asociaba estrechamente a Cosme I con Jupiter, Galileo le obsequia al duque lo que, de hecho, ya era suyo : a saber, unos astros predestinados a llevar su nombre. El prefacio lo recalca con énfasis : "El mismo Creador de los astros parece haberme comprometido, por signos évidentes, a dedicar estos nuevos planetas al nombre glorioso de vuestra Alteza, elegido entre todos." Cosme II, en efecto, nació cuando Jupiter "ocupaba el centro del cielo" y recibió en herencia las virtudes trasmitidas al fundador de la dinastia medicea por "la estrella de Jupiter, la más noble de sus iguales".[34] Con tal presente y tan hábil dedicatoria, Galileo alcanza sus fines : cinco meses después de la presentación del libro, Cosme II lo nombra "Filosofo e Matematico Primario del Granduca di Toscana" y recibe una remuneración como profesor de matemáticas en la Universidad de Padua pero sin ninguna obligación ni de residencia ni de enseñanza. Por otra parte, por intermediación

de los embajadores y de los diplomáticos del Gran Duque distribuye en Europa, a diferentes príncipes y cardenales, el *Sidereus Nuncius* y los anteojos que ha mandado fabricar para acompañar la dedicatoria.[35] La autoridad política del dedicatario viene así a certificar y garantizar la autenticidad del descubrimiento del donador.

26 Como Mario Biagioli ha demostrado, la dedicatoria del *Sidereus Nuncius,* nuevo libro que enriquece la biblioteca de Cosme de Médicis, es reveladora de la importancia del patronazgo real en la Europa de los siglos XVI y XVII.[36] Para los autores, los sabios, los artistas, el ingreso en una clientela, la participación en una corte, la dependencia respecto de un soberano son casi siempre las únicas posibilidades de alcanzar una independencia prohibida por la tradición de pertenecer a universidades o comunidades de oficio. Gracias al título que obtuvo en la corte, Galileo pudo eludir la jerarquía tradicional de las disciplinas que, en la universidad, mantenía subordinada las matemáticas a la filosofía. De la misma manera, los pintores que deseaban librarse de los reglamentos de las corporaciones no tenían más opción que convertirse en artistas de la corte.[37] Para todos los que escribían y publicaban, dedicar un libro al príncipe era pues un acto del que podía depender toda su existencia. Al aceptar o rechazar la dedicatoria, el soberano tenía el poder de dar legitimidad o, al contrario, de descalificar una obra (o un descubrimiento). Así, en 1623, cuando en marzo había comenzado la impresión de un libro nuevo de Galileo, *Il Saggiatore,* el príncipe Cesi y los miembros de la Accademia del Lincei (a la que pertenecía Galileo) decidieron dedicar y presentar la obra al papa Urbano VIII, electo al trono pontificio el 6 de agosto. Con esta dedicatoria y con la distribución de ejemplares del libro al cardenal sobrino y a otros cardenales, Galileo y los académicos de Lincei pretendían obtener la aprobación del papa recién electo, en medio de la disputa sobre los cometas entablada contra los jesuitas del colegio romano. El resultado no los decepciona : el papa recibe seis veces a Galileo cuando éste va a Roma, unos meses después de la publicación del *Saggiatore,* y recibe, con ciertas exigencias, la autorización para publicar el libro que, finalmente, fue causa de su pérdida, el *Dialogo [...] sopra i due massimi sistemi del mondo, tolemaico e copernicano*.[38]

27 El ejemplo del *Sidereus Nuncius* conlleva otra enseñanza. Al designarse, en el título, como un simple "mensajero celeste", como quien no es más que un correo y un mediador que anuncia lo que siempre ha sido, pero que permanecía oculto (a saber que los satélites de Jupiter pertenecían a los Médicis), Galileo oscurece su identidad de autor.[39] Es ésta una figura clásica de la retórica dedicatoria de la que podrían darse multiples ejemplos. No daré más que uno, salido de la pluma de Corneille. La dedicatoria de *Horace,* obra representada en marzo de 1640 y publicada en enero de 1641, está dirigida al cardenal de Richelieu. Corneille halaga al ministro declarando que sus ideas y sus juicios enuncian, en su perfección, las reglas del teatro : "Nos habéis facilitado los conocimientos [del arte del teatro] puesto que ya no necesitamos de otro estudio para adquirirlos que fijar la mirada sobre Vuestra Eminencia cuando honra con su presencia y con su atención la recitación de nuestros poemas. Es entonces, al leer en su rostro lo que le place y lo que no le place, cuando nos instruimos con certeza de lo que es bueno y de lo que es malo, y sacamos reglas infalibles de lo que hay que seguir y de lo que hay que evitar."[40] La tragedia que Richelieu recibe dedicada no es pues, en el fondo, más que el producto de su propia enseñanza ; por consiguiente, es su creación, tanto o más que la de Corneille. Se trate de irónico fingimiento o de sincera adhesion a las leyes del género, esta retórica que hace del rey o del gran personaje el "autor" de la obra que recibe es una manera de inscribir la

relación de clientela dentro de una afirmación de la soberanía absoluta del príncipe que posee no sólo lo que da sino lo que recibe.

28 Generalmente, se le dedica al príncipe un libro en particular que va a enriquecer sus colecciones, nutrir sus lecturas y captar su benevolencia. En un caso que amerita quizás una atención particular, lo que se obsequia al soberano no es sólo una obra sino, aun más, una biblioteca que llegará a ser real. En 1583, La Croix du Maine redacta una memoria intitulada *Desseins, ou Projects du Sieur de la Croix du Maine, présentez au Trèschrestien Roy de France et de Pologne Henri III du nom,* publicada en el *Premier volume de la Bibliothèque* al año siguiente.[41] El texto enuncia el plan de una biblioteca ideal, "perfecta y completa en todo punto". Debe comprender cien aparadores, "cada uno de éstos con cien volumenes, siendo así diez mil, divididos en Libros, Capítulos, Cuadernos y lugares comunes, y además puestos por orden de A, B, C, para encontrarlos más fácilmente". El principio que rige el proyecto depende enteramente de la práctica intelectual de los *lugares comunes,* la cual tiene la intención de agrupar, por rúbricas y por temas, en cuadernos o libros, citas, ejemplos, referencias y observaciones.

29 Es esta técnica intelectual la que rige el orden mismo de la biblioteca. Si el fin es verdaderamente, como escribe Fernando Bouza Alvarez, "una exquisita recreación del universo, cuya suprema jerarquía se ve reflejada en aquel otro lugar donde también ha sido creado un orden y que es la biblioteca",[42] la biblioteca de los cien aparadores la alcanza yuxtaponiendo rúbricas que son como cien rúbricas de un cuaderno o de un libro de lugares comunes. En su memoria, La Croix du Maine las repartió entre siete órdenes que conciernen, respectivamente, "a todas las cosas sagradas, o a las que dependen de ellas", "las artes y las ciencias", "la descripción del universo tanto en general como en particular", "el género humano", "los hombres ilustres en la guerra", "las obras de Dios" y "la miscelánea de diversas memorias". En cada una de esas clases (de las que no se sabe qué papel debían representar en la disposición material de la biblioteca), la nomenclatura enumeraba los cien (de hecho, ciento ocho) temas que correspondían a los aparadores. No hay pues aquí una organización sistemática del saber por distinciones o divisiones, ni un orden jerarquizado de las disciplinas del conocimiento como, por ejemplo, en los veintiún libros de *Pandectarum sive Partitionum universalium* de Conrad Gesner, publicados en Zurich en 1548.[43] La clasificación de La Croix du Maine ofrece, ante todo, categorías cómodas para un inventario de las cosas sagradas y profanas.

30 La segunda particularidad de la biblioteca propuesta al rey de Francia en 1583 es su composición misma. A la inversa de la biblioteca real, tal y como existía, ésta no estaba constituida por una colección de libros originales, singulares, sino por diez mil volúmenes, compilaciones manuscritas que reunían de cada tema (uno por aparador) " todo lo que pueda encontrarse escrito concerniente a la materia escogida [...] clasificado en tal número, y en tal orden, que sea muy difícil encontrar algo que agregar". La Croix du Maine proponía al rey "proveer libros, memorias, o compilaciones, para llenar los cien aparadores" y, en los casos en los que él mismo no hubiera ya reunido y clasificado los materiales necesarios, reunir en ocho o quince días el contenido necesario para uno cualquiera de los cien aparadores. Dentro de cada uno de los aparadores, los volumenes estarían ordenados por orden alfabético de materias ; y cada volumen estaría organizado según divisiones a la vez discursivas (los "libros" y "capítulos"), materiales (los " cuadernos") y temáticas (los "lugares comunes"), movilizables gracias a unas tablas o a lo que La Croix du Maine llamó los *mentionnaires,* "que es como un libro de lugares comunes, o recopilación de autores que han hecho mención de alguna cosa particular". Lo que La

Croix du Maine dedica al rey en 1584 es, pues, en conjunto, un libro, el suyo, un proyecto de biblioteca que constituiría un ejemplo digno de imitar, y los volúmenes que constituirían el fondo.

31 De todos los libros que le llegaban, dedicados y donados, el príncipe leía sin duda algunos. Veamos el testimonio de Froissard, quien en 1395, durante su último viaje a Inglaterra, le obsequia al rey Ricardo II un manuscrito de sus poemas :

> Lo abrió y miré el interior, y le gustó grandemente, y bien debía gustarle, pues estaba iluminado, escrito y adornado y cubierto de terciopelo bermejo prendido con diez clavos de plata dorados y rosas de oro en el centro, y dos grandes broches dorados y ricamente labrados en medio de rosas de oro. Entonces me preguntó el rey de qué trataba. Yo le dije : "De amores." De esta respuesta se regocijó, y miró dentro del libro en varios lugares, y leyó, pues muy bien hablaba y leía el francés, y luego hizo que lo tomara un caballero suyo [...] y lo llevara a suhabitación de retiro, y me ofreció un gran banquete y buen recibimiento a las mil maravillas.[44]

32 La escena de la dedicatoria tal como la describe Froissart comprende los elementos ordinarios a menudo representados por los miniaturistas : la ofrenda, hecha por un autor, de un manuscrito suntuosamente decorado y encuadernado ; la proximidad entre el príncipe y el escritor, representada aquí por el intercambio de palabras ; la protección otorgada por el soberano a aquel que, por el gesto de la dedicatoria, es admitido en su casa o en su corte. El texto de Froissart agrega un aspecto suplementario : muestra al rey leyendo en diferentes sitios el libro recibido y prometiéndose proseguir con la lectura en el espacio privado de su "habitación de retiro". El testimonio confirma pues lo que vamos sabiendo por las representaciones pictóricas y epístolas al lector sobre las conquistas de la lectura personal, silenciosa y puramente visual, entre los príncipes y los grandes personajes a partir de mediados del siglo XIV.[45]

33 Sin embargo, tal observación no debe hacernos olvidar que una de las costumbres más estrecha y perdurablemente ligadas a las bibliotecas principescas era la lectura en voz alta que se hacía para el soberano.[46] En Francia, en el siglo XVI, quien tenía asignada esta tarea era un oficial que llevaba el título de "lector ordinario del rey". En 1537, Pierre du Chastel, un humanista protegido de Erasmo, antes de serlo de Margarita de Navarra, sucede en su cargo a Jacques Colin. Tres años más tarde, reemplaza a Guillaume Budé como "maestro de la librería" en la Biblioteca del Rey en Fontainebleau.[47] El lazo es así inmediato y directo entre el enriquecimiento y la organización de las colecciones reaies y la lectura que se lleva a cabo en la mesa o en el momento de acostarse el príncipe.

34 Encontramos en Rabelais una alusión al lector del rey y a la persona de Du Chastel en la dedicatoria de la edición de 1552 del *Quart Livre des faits et dits héroïques du bon Pantagruel,* dirigida a Odet de Coligny, cardenal de Chátillon y miembro del consejo privado. Evocando las acusaciones de herejía dirigidas en su contra por "ciertos caníbales, misántropos, atrabiliarios", declara :

> En tiempos me dijisteis que de tales calumnias había sido advertido el difunto rey Francisco, de eterna memoria ; y curiosamente habiendo oído y escuchado, por la voz y pronunciación del más docto y fiel anagnosta [lector] de este reino, lectura clara de aquellos libros míos (lo digo, porque malvadamente algunos me han imputado falsedades e infamias), no había encontrado ningún pasaje sospechoso, y le había horrorizado cierto tragador de serpientes a quien se achacaba mortal herejía, a causa de una N puesta en lugar de una M, por error y negligencia de los impresores.[48]

35 La anterior es una referencia al capítulo 22 del *Tiers Livre* en el que Panurge afirma acerca de Raminagrobis : "Pecó gravemente. Su asno *[áne,* en vez de *áme,* alma, que apareció en

las primeras ediciones] se va con treinta mil cestos de diablos."[49] Con este término griego *anagnostes,* que se encuentra en Plutarco y en Cicerón, Rabelais designa el oficio de Pierre du Chastel cuyas lecturas al rey, como puede verse, no sólo conciernen a obras poéticas, naturalmente destinadas a la expresión oral, sino también a textos en prosa como son los "hechos y dichos heroicos del noble Pantagruel".

36 Se encuentra la misma usanza en la corte de Inglaterra, donde el puesto de *"reader to his/her Majesty"* ("lector de su Majestad") es envidiado y disputado. La correspondencia de Lord Harrington da varios testimonios. En 1601 escribe a Sir Robert Cecil : "Sir John Stanhope me ha dado a entender que yo estaba doblemente en deuda con vos : en general por vuestra buena opinion de mí y en particular porque después del deceso del doctor James vuestro honor me designó como uno de los que pensabais que podían convenirle como lector a su Majestad." Más tarde, Harrington recuerda haber complacido al rey Jacobo I al leerle uno de los cantos de *Orlandofurioso.*[50] Además, los monarcas no eran los únicos que empleaban lectores a su servicio. Ministros, cortesanos, aristócratas buscan a estos lectores profesionales que no sólo pueden leer en voz alta sino también proponer glosas y comentarios derivados de las lecturas o, incluso, como La Croix du Maine, componer, a partir de sus propias lecturas, compilaciones, resúmenes y repertorios de lugares comunes para su patron. Un lector así, calificado de *facilitator* por Lisa Jardine y Anthony Grafton, quería contratar el Conde de Essex : "A partir de sus propias lecturas deberá sacar elementos útiles para otras personas y deberá presentarlos (en mi opinion) como epítomes, o resumenes, o bajo encabezados y lugares comunes."[51]

37 Ciertamente marginal en la constitución y el acrecentamiento de las bibliotecas reaies, " públicas" o más personales, el gesto de la dedicatoria no por ello deja de revelarnos ciertos intríngulis y tensiones mayores organizados alrededor de las colecciones, los lectores, el príncipe. Esta práctica es decisiva en la economía del mecenazgo : a cambio del libro dedicado, obsequiado y aceptado, obliga al dedicatario a conceder protección, empleo o retribucíon.[52] En una época en que el mercado de obras no está todavía fuertemente establecido como para permitir a los hombres de letras o a los científicos vivir de su pluma, los favores otorgados por un patrono generoso son el único medio de obtener posición y rémuneración. Nada lo muestra mejor que la amargura provocada por las irregularidades del mecenazgo. Furetière lo demuestra en el artículo "Dedicatoria" de su *Dictionnaire.* Después de la definición : "Dedicatorio : no se usa más que en la frase epístola dedicatoria, para indicar la que contiene la dedicatoria" da tres ejemplos de empleo : "*Somme dédicatoire* ou *Traité des dédicaces* es una sátira contra los falsos mecenas incluida en *Le roman bourgeois* [alusión al titulo de una obra ficticia y paródica cuyo índice incluyó Furetière en el *Roman comique* que publicó en 1666]. Se dice que Ariosto y Tasso realizaron epístolas dedicatorias muy poco afortunadas. Teodoro Gaza, por una epístola dedicatoria que le hizo al papa Sixto IV, en el libro de Ariosto sobre la naturaleza de los animales, no recibió como recompensa más que el reembolso de la encuadernación." La crítica había sido más fuerte todavía en los títulos de los capítulos de los cuatro tomos de la *Somme dédicatoire* —la obra supuestamente encontrada en la biblioteca del escritor Mythophilacte, que murió en la pobreza extrema. Las leyes de la dedicatoria están ahí irónicamente expuestas : "Que los elogios inmoderados son del estilo de las epístolas dedicatorias. Con la prueba experimental de que la adulación que encabeza más a menudo es la que se considera mejor, contra la opinion de los médicos drogueros" (tomo IV, cap. 2), o aún : "Si un autor que le haya otorgado a su mecenas la divinidad o la inmortalidad debe recibir un pago doble del de aquel que sólo lo haya llamado semidiós, ángel o héroe"

(tomo IV, cap. 7). Denuncia con gracia la avaricia de los mecenas : "Paradoja muy cierta, que los más ricos señores no son los mejores mecenas. En donde se trata de una súbita parálisis de la que son susceptibles los grandes personajes, y que les da en las manos cuando les toca pagar" (tomo II, cap. 11). De ahí la conclusion inapelable, que no dispensa ni al mismo rey : "[Nos preguntamos] si la dedicatoria es absolutamente necesaria para un libro. Cuestión resuelta a favor de la negativa, en contra de la opinion de diversos autores antiguos y modernos" (tomo I, cap. 2).[53]

38 Pero la dedicatoria al príncipe no debe entenderse nada más como un instrumento de intercambio disimétrico entre el que obsequia la obra y el que, como contraparte diferida y liberal, concéde su patronazgo. Es también un símbolo de alabanza al príncipe porque lo declara inspirador primordial, autor primero del libro que se le presenta —como si el escritor o el sabio le obsequiaran una obra que, de hecho, fuese suya. En esta figura extrema de la soberanía, el rey se vuelve poeta o sabio, y su biblioteca ya no es sólo un tesoro que preserva las riquezas amenazadas, o una colección útil al publico, o un recurso para placeres privados : se transforma en un espejo en el que se refleja el poder absoluto del príncipe.

NOTAS

2. Se cita *The Tempest* de *The Illustrated Stratford Shakespeare,* Londres, Chancellor Press, 1982, pp. 9-29. [Traducción de Luis Astrana Marín, de la primera version íntegra del inglés, única edición completa en lengua castellana de las obras completas de William Shakespeare, de M. Aguilar, Madrid, 1943.]

3. Véase el comentario de Louis Marin, "Le portrait du poète en roi. William Shakespeare, *La tempête,* acte I, scènes 1 et 2 (1611)", en *Des pouvoirs de l'image. Gloses,* Paris, Éditions du Seuil, 1993, pp. 169-185.

4. Para una interpretación "rosacruciana" de *The Tempest,* véase Frances A. Yates, *Shakespeare's Last Play s : A New Approach,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1975.

5. Simone Balayé, *La Bibliothèque Nationales des origines à 1800,* Ginebra, Librairie Droz, 1988, p. 64 (sobre el gabinete de los libros del rey en el Louvre, véase pp. 156-157, n. 30).

6. *Ibid.*, p. 27.

7. *Ibid., p. 42.*

8. *Ibid.*, p. 47, n. 196.

9. Gabriel Naudé, *Advis pour dresser une bibliothèque,* reproducción de la edición de 1644 precedida por "*L'advis,* manifeste de la bibliothèque érudite", por Claude Jolly, Paris, Aux Amateurs de Livres, 1990, pp. 12-14.

10. William H. Sherman, "A Living Library" : The Reading and Writings of John Dee, tesis de doctorado, Universidad de Cambridge, 1991, mimeo.

11. Antoine Coron, " *Ut prosint aliis.* Jacques-Auguste de Thou et sa bibliothèque", en Claude Jolly (comp.), *Histoire des bibliothèques françaises,* t. II : *Les bibliothèques sous l'Ancien Régime, 1530-1789,* París, Promodis/Éditions du Cercle de la Librairie, 1988, pp. 100-125.

12. *Fernando J. Bouza Álvarez, Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta edad moderna (siglos XV-XVII), Madrid, Editorial Sintesis, 1992, p. 131.*

13. Simone Balayé, *op. cit.,* pp. 198-200.

14. Para una comparación entre las representaciones de la consagración de una iglesia y las de la dedicatoria de un libro, véase el catálogo de la exposición *Les fastes du Gothique. Le siècle de Charles V,* Galeries Nationales du Grand Palais, 9 de octubre de 1981-lo. de febrero de 1982, Paris, Éditions de la Réunion des Musées Nationaux, 1981, en particular el núm. 53, Jean Tissendier como donador (estatua de Jean Tissendier, obispo de Rieux, ofreciéndole a Dios la capilla llamada de Rieux que hizo construir en el presbiterio de la iglesia de los franciscanos de Tolosa) ; el núm. 257, Dominicus Grima, *Lectura in Genesim* (miniatura que representa la entrega por Dominico Grima de su obra al papa Juan XXII) ; y el núm. 285, Biblia historial de Vaudetar (miniatura que representa a Carlos V recibiendo la Biblia que le obsequia su consejero Jean de Vaudetar). Véase también Georges Duby, *Fondements d'un nouvel humanisme 1280-1440,* Ginebra, Éditions d'Art Albert Skira, 1966, "Le donateur et sa marque", pp. 21-29.

15. Cynthia J. Brown, "Text, Image, and Authorial Self-Consciousness in Late Mediéval Paris", en Sandra Hindmand (ed.), *Printing the Written Word. The Social History of Books, circa 1450-1520,* Ítaca/ Londres, Cornell University Press, pp. 103-142 (cita en la p. 142).

16. Michel Foucault, "Qu'est-ce qu'un auteur ?", *Bulletin de la Société Française de Philosophie,* t. LXTV, julio-septiembre de 1969, pp. 73-104. Para una lectura histórica de este texto, *cf.* Roger Chartier, "Figures de l'auteur", en *L'ordre des livres, lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre les XIVe et le XVIIIe siècles,* Aix-en-Provence, Alinéa, 1991, pp. 35-67.

17. Cynthia J. Brown, art. cit., p. 104.

18. Ruth Mortimer, "Portrait of the Author in Sixteenth-Century France", ponencia presentada con motivo del decimoquinto aniversario de la Hanes Foundation for the Study of the Origin and Development of the Book, Hanes Foundation, Chapel Hill, The University of North Carolina, 1980.

19. *Ibid.,* figura 3.

20. *Ibid.,* figura 7.

21. Annie Parent-Charon, "Ambroise Paré et ses imprimeurs-libraires", *Actes du colloque international "A. Paré et son temps",* 24 y 25 de noviembre de 1990 en Laval (Mayenne), Laval, Asociación de conmemoración del 400 aniversario de la muerte de Ambroise Paré, 1990, pp. 207-233.

22. Annie Parent[-Charon], *Les métiers du livre à Paris au XVIe siècle (1535-1560),* Ginebra, Librairie Droz, 1974, pp. 98-121, y "Annexe. Quelques documents extraits du Minutier Central des notaires parisiens aux Archives Nationales", pp. 286-311.

23. *Ibid.,* pp. 300-301.

24. *Ibid.,* pp. 301-302.

25. Jean Toulet, "Les reliures", en Roger Chartier y Henri-Jean Martin (comps.), *Histoire de l'édition française, t.I : Le livre conquérant. Du Moyen Âge au milieu du* XVIIe *siècle,* Paris, Prosmodis, 1982, pp. 530-539.

26. Sobre el *Premier volume de la bibliothèque du Sieur de la Croix du Maine,* cf. Claude Longeon, " Antoine du Verdier et François de la Croix du Maine", *Actes du Colloque Renaissance-Classicisme du Maine,* Le Mans, mayo de 1971, Paris, A.-G. Nizet, 1975, pp. 213-233, y Roger Chartier, " Bibliothèque sans murs", en *L'ordre des livres,* op. cit., pp. 81-92.

27. Pascale Burgain, "L'édition des manuscrits", en *Histoire de l'édition française,* op. cit., t. I, pp. 48-75 (en particular la p. 54).

28. Marmontel, *Mémoires,* edición crítica realizada por John Renwick, Clermont-Ferrand, G. de Bussac, 1972,t.I, pp. 212-217.

29. Roger Chartier, "L'uomo di lettere", en Michel Vovelle (comp.), *L'uomo dell'Illuminismo,* Roma/ Bari, Editori Laterza, 1992, pp. 143-197.

30. Mary Beth Winn, "Antoine Vérard's Presentation Manuscripts and Printed Books", en J.B. Trapp (ed.), *Manuscripts in the Fifty Years after the Invention of Printing. Some Papers Read at a*

Colloquium at the Warburg Institute on 12-13 March 1982, The Warburg Institute, University of London, 1983, pp. 66-74.

31. *Roméo Arbour, Un éditeur d'oeuvres littéraires au XVII[e] siècle : Toussaint Du Bray (1604-1636), Ginebra, Librairie Droz, 1992.*

32. Sobre las estrategias dedicatorias de Galileo, véase Mario Biagioli, *Galileo, Courtier. The Practice of Science in the Culture of Absolutism,* Chicago, The University of Chicago Press, 1993.

33. Galileo Galilei, *Sidereus Nuncius/Le messager céleste,* texto, traducción al francés y notas de Isabelle Pantin, París, Les Belles Lettres, 1992, reproducción de la pagina del título original, p. 1

34. *Ibid., p. 3.*

35. Isabelle Pantin, "La réception du *Sidereus Nuncius",* en Johannes Kepler, *Dissertation cum Nuncio Sidereo/Discussion avec le messager céleste,* texto, traducción al francés y notas de Isabelle Pantin, París, Les Belles Lettres, 1993, pp. IX-LXXVII.

36. Mario Biagioli, *Galileo, Courtier,* op. cit., cap. II : "Discoveries and Etiquette", pp. 103-157.

37. *Roberto Zapperi, Annibale Carraci. Ritratto di artista da giovane, Turin, Giulio Einaudi editore, 1989 ; Martin Warnke, Hofskünstler. Zur Vorgeschichte des modemen Künstlers, Colonia, Du Mont Buchverlag, 1985.*

38. Mario Biagioli, *Galileo, Courtier,* op. cit., cap. V : "Courtly Cornets", pp. 267-311.

39. *Ibid.,* pp. 127-133 y 151-153.

40. Corneille, *Œuvres complètes,* textos, presentación y notas de Georges Couton, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, p. 834. Para una perspectiva de conjunto de las epístolas dedicatorias en la Francia del siglo XVII, véase Wolfgang Leiner, *Der Widmungsbrief in derfranzösischen Literatur (1580-1715),* Heidelberg, Carl Winter Verlag, 1965.

41. Roger Chartier, *L'ordre des livres,* op. cit., pp. 85-87.

42. Fernando J. Bouza Álvarez, "La biblioteca de El Escorial y el orden de los saberes en el siglo XVI ", en *El Escorial : arte, poder y cultura en la corte de Felipe II,* Universidad Complutense de Madrid, Cursos de Verano, El Escorial, 1988, Madrid, 1989, pp. 81-99 (cita en la p. 88).

43. Sobre Gesner, véase Alfredo Serrai, *Conrad Gesner,* Maria Cochetti (comp.) (con una bibliografía de las obras realizada por Marco Menato), Roma, Bulzoni Editore, 1990, y Helmut Zedelmaier, *Bibliotheca Universalis und Bibliotheca Selecta. Das Problem der Ordnung des gelehrten Wissens in derfrühen Neuzeit,* Colonia, Weimar y Viena, Böhlau Verlag, 1992.

44. *Citado de Jacqueline Cerquiglini-Toulet, La couleur de la mélancolie. La fréquentation des livres au XVI[e] siècle (1300-1415), París, Hatier, 1993, pp. 160-161.*

45. Paul Saenger, "Silent Reading : Its Impact on Late Medieval Script and Society", *Viator. Medieval and Renaissance Studies,* vol. 13, 1982, pp. 367-414 (en particular pp. 407-414).

46. William Nelson, "From 'Listen, Lordings' to 'Dear Reader'", *University of Toronto Quarterly. A Canadian Journal of the Humanities,* vol. XLVI, núm. 2, invierno de 1976-1977, pp. 110-124.

47. Simone Balayé, *La Bibliothèque Nationale,* op. cit., p. 32.

48. Rabelais, *Œuvres complètes,* edición, notas y prefacio de Guy Demerson, París, Éditions du Seuil, L'Intégrale, 1973, pp. 546-565.

49. *Ibid., p. 449.*

50. Cita de William Nelson, art. cit., pp. 114-115.

51. Lisa Jardine y Anthony Grafton, "'Studied for Action' : How Gabriel Harvey Read His Livy", *Past and Present,* núm. 129, noviembre de 1990, pp. 30-78 (cita en la p. 35).

52. Sobre el patronazgo y el mecenazgo en los siglos XVI y XVII, véase Guy Fitch Lytle y Stephen Orgel (eds.), *Patronage in the Renaissance,* Princeton, Princeton University Press, 1981 ; Alain Viala, *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la littérature à l'âge classique,* Paris, Les Éditions de Minuit, 1985 (y la resena de Christian Jouhaud, "Histoire et histoire littéraire : naissance de l'écrivain", *Annales* esc, 1988, pp. 849-866) ; y *L'âge d'or du mécénat (1598-1661).* Actas del coloquio internacional del cnrs (marzo de 1983) : "El mecenazgo en Europa y particularmente en Francia antes de Colbert",

recopiladas y publicadas para la Société d'Études du XVII[e] Siècle por Roland Mousnier y Jean Mesnard, Paris, Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1985.

53. Furetière, *Le roman bourgeois,* edición presentada, preparada y comentada por Jacques Prévót, Paris, Gallimard, Folio, 1981, pp. 234-245.

NOTAS FINALES

1. École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.

La cultura material a través de la historia de la indumentaria

Daniel Roche

1 Note portant l'auteur[1]

2 Dos razones se conjuntan para que en Francia exista interés en que se realicen estudios sobre la cultura material : en primer lugar, es un medio para contribuir a una relectura más general de la historia económica y social y con ello encontrar nuevamente interrogantes que inciten a los historiadores europeos y americanos al estudio de las economías de consumo y de comercialización dominantes ; en segundo lugar, se trata de idear una actitud intelectual que permita comprender, con igual fuerza y capacidad explicativa, los fenómenos culturales y sociales relativos a la apropiación. La cultura material nunca ha ocupado, en la historiografía francesa del periodo moderno, un lugar de primer piano. Ello se debe sin duda a la subordinación de los estudios económicos a los análisis de la producción y de los productores y, seguramente, a una actitud colectiva característica de la cultura occidental frente a lo material y a su papel en la sociedad, es decir, el rechazo, la impugnación de lo material.

3 El concepto mismo de cultura material rara vez ha sido definido. En 1978, J.M. Pezez, en la *Nouvelle Histoire,* proporcionaba una sólida base de reflexión. Noción utilitaria primero para los arqueólogos, y luego para los historiadores de todos los periodos, su campo de investigación se define como el estudio de las respuestas de los hombres a las presiones de los medios en que viven, presiones abrumadoras y permanentes que desencadenan reacciones y adaptaciones diversas de orden cultural. Se cuestiona, por ejemplo, la oposición clásica entre las infraestructuras y las superestructuras, entre los hechos que piden explicaciones intelectuales o simbólicas y aquellos que piden explicaciones económicas y materiales. Los objetos, las relaciones físicas que les son propias, no son reductibles a una simple materialidad sino que son reemplazables dentro de las redes de abstracciones que son esenciales para la comprensión de todo hecho social. Pero para ello hay que distinguir la lectura de la cultura material (que puede dar cuenta de fenómenos tan diferentes como la evolución del libro, o como las prácticas indumentarias) de su

interpretación con fines de divulgación, ilustrada generalmente recurriendo a anécdotas de la vida cotidiana.

DE LA VIDA COTIDIANA A LA CULTURAL MATERIAL

4 Como fenómeno editorial, como fenómeno de divulgación histórica acertada, la historia de la vida cotidiana se recoge primero en una colección nacida en 1938, cuyo número inicial, escrito por *j.* Carcopino, *La vie quotidienne à l'apogée de l'Empire,* se ha reeditado y traducido constantemente. Además de la colección, el mismo interés alimenta los capítulos, más o menos clasificables, de un gran número de obras consagradas a regiones, ciudades, medios. La vida cotidiana puede considerarse una manera "incidental" de agrupar hechos que no tienen que ver con categorías que se definen más fácilmente, como la economía o la sociedad. Es una manera poco analítica de retomar el cuestionamiento histórico sobre la civilización y la cultura. La vinculación diacrónica reúne hechos diversos y variados con la única lógica que dicta su repetición, su universalidad y, por decirlo así, su trivialidad. Así, en dieciocho capítulos, *La vie quotidienne à la fin du Grand Siècle* de *j.* de Saint-Germain sigue un itinerario sinuoso, abierto por un capítulo sobre los ganapanes, los lacayos, los soldados, seguido de un análisis de la *vie de chaque jour,* la circulación, el deporte, la caza, la pesca y el crecimiento de Paris ; vienen después los capítulos sobre las primeras preocupaciones sociales, la emancipación de las mujeres, los vagabundos y las prisiones, los bomberos, los escritores, los libelistas, la especulación, el invierno en 1709, los poderes ante la hambruna, la policía, los recaudadores, los grados del sentimiento religioso, el estado policiaco ; el libro termina con las diversiones y los juegos. Tenemos aquí un discurso recortado en categorías imprecisas, superponibles, no jerarquizadas y porosas, y, detrás de la ciencia erudita, el conocimiento de los hechos una concepción totalmente positiva, de la historia que funciona sin cuestionamiento alguno.

5 Con L. Febvre (1962), F. Braudel (1967), R. Mandrou también desde 1961, Guy Thuillier (1977) y los *Annales,* son otros los principios de interrogación los que animan los cuestionarios. Se trata, a menudo, de avanzar en terreno desconocido en el mundo de las costumbres y de la dispersión, en un universo en el que la introducción de la medida es difícil. Se trata además de hacer a los archivos las preguntas correctas respecto al peso real de lo que ocurre cada día, y así tratar de historiar lo que no parece tener historia, o lo que no parece digno de tener historia. El historiador se sitúa de esta forma en medio de una encrucijada en la que confluyen todas las preguntas hechas por la memoria, la trasmisión, el cambio de los usos y las costumbres. Puede leer lo que va a reunir a actores individualizados en temas colectivos, mediante los hábitos o las lógicas de situación, en pocas palabras, entender dentro del desciframiento de los usos de lo real la manera en que se concilian lo subjetivo y lo objetivo. Por eso es importante ser sensible a la capacidad del historiador de hacer visible lo que a menudo es invisible para los observadores y lo es casi siempre para nosotros. Así pasa, por ejemplo, con la historia del sueño, de los olores, de los sonidos. Alain Corbin dio a este respecto ejemplos de análisis logrados y convincentes, y de otros fenómenos cuestionados poco a poco : los gestos, los ruidos, las preferencias alimentarias.

6 Quizá lo que importa, en esta manera de cuestionar el pasado, es aceptar la idea de que puede construirse una arqueología de las conductas en los márgenes de todas las disciplinas históricas para conocer la elaboración y el uso de las herramientas mentales,

la inflexión de las rutinas y de la inercia que caracterizan a los fenómenos que ocurren dentro de largos recorridos temporales, la confrontación de los "ruidos apenas perceptibles" con la aceleración característica de ciertos tiempos. No cabe duda de que la civilización material, expresión de la historia de la mayoría, contribuye a establecer las condiciones de lo que es imposible en un momento ; no cabe duda de que pueda encontrarse un medio de releer la interpenetración de la producción y el consumo de cosas en las ideas, y la posibilidad de reconocer las condiciones intelectuales que presiden los procedimientos y los dispositivos por los cuales las civilizaciones construyen y modifican las relaciones de los individuos con el medio y con las cosas.

7 Este cuestionamiento pone en tela de juicio una pregunta de orden más general que es la de la interpretación de la materialidad y del lugar dado a los artefactos en nuestra cultura y en nuestra historia. En la relación del hombre con los objetos, decisiva para toda cuestión sobre la cultura material, vivimos en la dualidad hegeliana del hombre y del objeto que, desde hace unos dos siglos, condiciona nuestras actitudes intelectuales y nuestras interpretaciones. La historia de los objetos es la historia de algo externo, tiene que ver con lo trivial, con la futilidad de lo material de la que uno no se puede evadir más que interesándose en ciertos objetos privilegiados y destinados, de acuerdo con un código estético, a la obra de arte reconocida, o bien, según una identidad social admitida, al objeto de colección. Ahora bien, es preferible tratar de cuestionar la civilización material en su conjunto, es decir las cosas y los hombres, los hombres y las cosas, inseparablemente, pues es el modo de reintroducir en la historia algo más que el proceso de alienación por los objetos, que puede traducirse en la reprobación de la sociedad de consumo, en el esnobismo del *gadget* cultural, en la nostalgia de lo auténtico, presentado la mayoría de las veces como un criterio de las civilizaciones tradicionales. Si una historia de la cultura material puede llegar a encontrar un sentido filosófico es tratando de comprender la producción material del hombre en el mundo de los artefactos, el uso de las cosas y una relación que es fundamental. La historia de las relaciones con las cosas debe ser el medio para reconocer, tanto en las prácticas cotidianas como en las actividades sabias, los efectos de la artificialidad, su fuerza histórica que no desemboca únicamente en una enajenación del sujeto consumidor. De K. Marx a J. Baudrillard, este sentido negativo es el que se ha retenido principalmente en detrimento de la construcción intelectual y sensible a la obra que está en el origen en el dualismo hegeliano. Este fundamento crítico del consumo ha contribuido a mantener los análisis materiales en una zona frágil. Se puede salir de ella si se acepta la idea trasmitida por la antropología —M. Mauss, C. Geertz, M. Munn— de que la cultura también está en los fundamentos de la historia, de que la relación de los individuos con los objetos está hecha de obligaciones y de creaciones y de que siempre consiste en un proceso sensible e intelectual de apropiación del mundo. En todas las culturas, la relación de los individuos con lo social pasa por la objetivación y la apropiación. Para el historiador, es una clave posible para la comprensión del papel del consumo. La historia de la indumentaria en el siglo XVIII puede ilustrar esta interacción de la sociedad urbana con la sociedad rural, de las fuerzas de la demanda con las de la oferta, de la conciliación de lo estable y del cambio, de la mediación de las obligaciones y de las libertades.

CULTURA DE LAS APARIENCIAS, DEL CONSUMO Y DE LOS CAMBIOS SOCIOCULTURALES

8 Si bien hay que partir de los resultados obtenidos por la historia tradicional del traje, no tomaremos ni los principios, ni el estudio de las formas de la indumentaria, ni el análisis de los gustos de la élite social, ni la concepción indiferenciada de las fuentes, textos o imágenes. Miraremos la indumentaria como un *hecho social global,* retomando la expresión de Mauss, es decir, como un conjunto de objetos a partir del cual el historiador puede ver el conjunto de la realidad social, su entorno material, sus dispositivos económicos, sus jerarquías distintivas, las prácticas comunes, así como las costumbres personales de los individuos. Es un medio para comprender cómo se entrelazan, en la sociedad tradicional, jerarquías de consumo y jerarquías sociales, así como para cuestionar, a partir de procesos de comunicación, la idea de un régimen indumentario antiguo que corresponde al principio de "el hábito hace al monje", que es central en la economía política cristiana. La indumentaria puede tomarse como un lenguaje en el que las cosas y las palabras, lo enseñado y lo dicho, lo visible y lo oculto, dan cuenta de prácticas culturales dictadas por el diálogo sostenido entre normas y medios, entre códigos cambiantes y costumbres selectivas. La cultura material adquiere así toda su importancia como fenómeno de información y comunicación, a partir del cual puede intentarse descifrar el funcionamiento social de una época. Al observar las grandes transformaciones que tuvieron lugar en la Francia urbana del siglo XVIII y tratar de medir sus efectos, a corto y a largo plazo, en los diferentes medios sociales, resaltan dos cosas particularmente importantes : en el análisis de las modalidades de consumo, se percibe la debilidad de las oposiciones admitidas entre hechos y representaciones, entre estabilidad y cambio ; al recorrer de nuevo el camino que lleva de los gestos conformes a la economía moral y a las nuevas costumbres de una sociedad más compleja y más confusa, puede leerse una frase decisiva de la evolución de las sociedades occidentales cuando se instaura la comercialización de lo social y cuando se establecen las bases de la sociedad de consumo.

9 Nuestro análisis es esencialmente del medio parisino, mas no debemos olvidar el horizonte del campo, donde los ritmos de producción y de consumo no son los mismos. En ciclos en los que las ropas nacen y mueren desde los lugares productores de linos y cáñamos hasta en los armarios y cofres campesinos, se percibe una fuerte estabilidad — nuestros aldeanos son un poco turcos, decía hacia 1830 J.B. Say—pero también multiples signos de una integración a la "economía mundo" y la influencia de las ciudades difundida por múltiples canales. Para entender mejor la originalidad de las transformaciones observadas en la capital y las grandes metrópolis, hay que tener presente la existencia de esos sistemas indumentarios más estables, determinados por una economía de la escasez y del reúso, y centrados en la utilización de un número limitado de textiles (N. Pellegrin). Las principales modificaciones ocurridas entre el siglo XVII y el XVIII se traducen en lo que atañe al gasto y a la percepción de las apariencias unificadas por los cambios en las costumbres personales y por las transformaciones formales.

10 Se observa, a partir del análisis de los inventarios, un gasto mayor en el consumo de indumentarias en todas la categorías sociales : el crecimiento nominal es de 233 por ciento para la nobleza y 215 por ciento para los asalariados. Es superior al que se observa en los otros bienes de uso y a lo que puede verse en otras ciudades : Chartres, Poitiers, Meaux, Lyon. Sin duda es menor y menos rápido en comparación con las observaciones

hechas en Inglaterra. Al mismo tiempo interviene un doble fenómeno de unificación general y de diversificación formal. Los guardarropas se homogeneizan, con los mismos componentes, los de los hombres y los de las mujeres y en todos los medios. El consumo de ropa blanca, principalmente de camisas, se vuelve universal, siguiendo normas médicas y morales decretadas un siglo antes (G. Vigarello). Finalmente, se observa el triunfo de nuevos textiles, algodones e indianas, sedas de todo tipo, y la expansión de telas ligeras, coloreadas, de motivos florales, geométricos. La rápida sucesión de las modas que advierten los observadores —como Mercier en su *Tableau de Paris*— se sitúa así en una conmoción más amplia que traduce e induce simultáneamente una nueva relación con el cuerpo, una nueva presentación en sociedad, un nuevo espectáculo en la calle, tanto en los días de fiesta como en lo cotidiano. La literatura novelesca, desde los " realistas" como Sorel, Furetière, pasando por Marivaux, hasta Rousseau y Goethe, sitúa en el centro de estos dispositivos de escritura la transformación del traje y de la máscara. La riqueza o el papel social coadyuvan a reforzar los síntomas de un consumo general y contribuyen a renovar los códigos de distinción.

11 Dos categorías sociales han estado en la primera fila del cambio : las mujeres y los intermediarios económicos y culturales. Las primeras son ya las *vitrinas del hombre* y consumen dos veces más, tanto por ser las institutrices de los nuevos usos y costumbres como por su papel educativo y familiar y por su actividad de gestión en la economía doméstica. El vestido es uno de los indicadores de la expansión de la *civilización de las buenas costumbres.* Además, en las sociedades urbanas, múltiples intermediarios asumen por su lugar, por su movilidad, una acción de difusión de las nuevas normas y de las nuevas necesidades : servidumbre de ambos sexos, lazos entre la ciudad y el campo, soldados en uniforme, propalando a su paso los beneficios de la disciplina y la higiene militares ; todos los oficios relativos a la indumentaria, cuyos bienes y usanzas se convierten en modelos. Es un medio activo en el que se establecen las normas de la moda, que se adapta a las exigencias colectivas y que, con el periodismo femenino, se ve beneficiado con un eficaz eco. En conjunto, estas transformaciones traen consigo la sofisticación del lenguaje social pues aceleran el potencial de cambio y por tanto exigen un aprendizaje más sutil de las desviaciones a partir de índices diversos : capacidad de renovación anual y temporal, ritmo de adaptación a las obligaciones, signos rebuscados o erráticos de la moda. Sébastien Mercier nos enseña esa lectura muy moderna de una sociedad vista por sus normas de distinción de los objetos de consumo y sobre todo por el uso que hace de ellos en los diferentes ámbitos. Una mayor circulación de las cosas y de los signos lleva a la desestructuración de la "civilización de las civilidades", es decir, de ese conjunto de normas triunfantes del siglo XVII en la sociedad parroquial y difundido por la "cultura de las apariencias". Se plantea entonces el problema de la adecuación del ser al parecer, de la visibilidad de la jerarquía social y de la jerarquía de los poderes, el problema de la imitación tolerable. Es así como surgen, en el espacio parisino, luchas de representación que arraigan en el cambio económico y participan en la confrontación filosófica.

DE LA NUEVA ECONOMÍA DE LA INDUMENTARIA A LA NUEVA SOCIEDAD

12 La revolución de las apariencias se desarrolla a partir de una nueva economía de la indumentaria caracterizada por la facilidad con que se adaptan los oficios, por su

creatividad que, al lado de las actividades tradicionales, inventa lo nuevo y lo sobre medida, comercio de ocasión y de reventa en el que nace el *prêt-à-porter,* lo que se puede llevar de inmediato. En la cima de las profesiones, algunas grandes comerciantes de modas, algunos grandes merceros y sastres con inventiva marcan el paso y hacen nacer una amplia estera profesionalizada en el lujo y lo efímero para clientelas distinguidas de la ciudad y de la corte. Al mismo tiempo, este movimiento crea una economía de ocasión adaptada a la renovación del guardarropa según la necesidad, los medios y el gusto, y da importancia también al papel de las actividades extracomerciales y no comerciales en la medida en que en esta transformación las donaciones de los que tienen a los que tienen menos y los robos constituyen elementos significativos. El robo de ropa es uno de los delitos más frecuentemente juzgados en la capital (un tercio o la mitad de los procesos, según el año) y, asociado a la reventa —libre— o al comercio de lo viejo —corporativa—, contribuye a familiarizar a un numero creciente de parisinos con los nuevos textiles y con las nuevas exigencias. Por la vinculación establecida entre los circuitos de lujo y los del consumo ordinario, por la aceleración del cambio de usos y costumbres, el mercado parisino fue sin duda uno de los primeros grandes ejemplos del triunfo del valor agregado.

13 Éste estriba en la respuesta de la economía textil productiva, que estuvo a la vanguardia del crecimiento de la economía francesa, pero, sobre todo, provoca el replanteamiento de la "economía política cristiana". Si bien la economía moral tiene como principios de funcionamiento la primacía de la redistribución de las riquezas y el rechazo de la acumulación, de la capitalización, de la *conspicuous consumption,* la resistencia a la ostentación y al lujo salvo en la conformidad jerárquica de los poderes sociales —el reloj de Pascal— y, finalmente, la traducción del ser en la apariencia, la nueva cultura del consumo promueve los valores del enriquecimiento y de la adición de riquezas concretas y abstractas, el cambio en contraposición a la estabilidad, los valores individuales en contraposición a las instituciones ; las apariencias en adelante serán idénticas en público y en privado. En términos weberianos, la revolución de la indumentaria contribuye a la transición de la sociedad de costumbres a la sociedad moderna, pero su racionalización no debe disfrazar la existencia de juegos muy diversos y muy complejos en el establecimiento de nuevas relaciones entre deseos, necesidades y posibilidades. Algunos, los pobres, los indigentes, no han ganado muchos espacios de libertad ; sí perciben el cambio, puesto que en Paris la miseria extrema se codea con la extrema riqueza, pero, lentamente, reciben algo de rebote, principalmente por la reventa, las donaciones, el robo. Otros, cualquiera que sea su situación social, permanecen indiferentes a las transformaciones que no siguen más que por la presión de influencias diversas, de incitaciones a la imitación que deben tener en cuenta la prudencia, la economía doméstica, incluso la avaricia, la piedad o la pereza. La burguesía parisina media, comerciantes, oficiales, artesanos, partidaria de un consumo medio, ilustra este seguir la corriente. Finalmente, en la cúspide de la pirámide de los consumidores se encuentran todos los que participan activamente en la competencia distintiva de las apariencias, todos los que, por gusto personal, por interés social —como en el mundo de la corte— o bien pasión —así nace el "dandismo", incluso entre el pueblo (Rétif de la Bretonne es un ejemplo) —, enseñan a los demás los nuevos modos de presentarse y por tanto de existir, la especulación alrededor de los detalles. Los análisis cuantificados de los guardarropas parisinos muestran que, más allá de un consumo mínimo definido por las necesidades (y se sabe que pueden variar según el esta tus económico, social o cultural), los valores

miméticos no están reservados a los ricos, aun si los lugares centrales de codificación social siguen siendo la corte y la ciudad, esto es, las élites de la fortuna y del poder urbano.

14 En definitiva, los cambios de indumentaria propician la renovación, es decir la obsolescencia de las cosas en oposición a los valores de la parvedad y de la moderación. La ropa no es ciertamente más que un índice de una transformación más profunda en lo social y en los comportamientos morales, así como de un nuevo equilibrio entre lo público y lo privado. Desde este punto de vista, los debates alrededor del lujo son muy reveladores de la contradicción que se establece entre la costumbre y la innovación, la verdad del ser y del parecer. Novelas —recordemos *La nouvelle Héloïse*—, utopías —pensemos en *L'élève de la nature* de Baurieu, entre tantas otras obras en que "el hábito hace al monje"—, discursos de médicos iluminados, escritos de economistas, de filósofos, de Mandeville a Voltaire, de Voltaire a Rousseau o Mercier, intervenciones de los enciclopedistas, de los periódicos de moda y de los anuncios, todo ello nos permite hacer un inventario de los índices de tensión, de los efectos reaies producidos por el cambio, de las posiciones confrontadas. La desestructuración de las relaciones humanas, la corrupción de los usos y costumbres por los nuevos consumos son los lugares comunes de la cultura de las apariencias. Los encontramos muy pronto en los sermones de los predicadores hostiles a la moda ; en el siglo XVIII conducen a una voluntad de reforma moral y política, uno de cuyos instigadores es Rousseau. La regeneración del hombre así como la del cuerpo político pasa por la reforma de la indumentaria. Naturaleza y cultura, igualdad y jerarquía, libertad y disciplina, uniformidad y diferencia son reconciliables en el nuevo imaginario político. Para las mujeres, la prensa de moda propone una emancipación y una independencia fundadas en los nuevos valores.

15 Queda mucho por hacer para comprender qué pasa más allá de las ciudades, lejos de París, en las zonas rurales. Puede pensarse que ya han sido tocadas por los nuevos valores, por la modificación de los intercambios comerciales acrecentados y por el movimiento de las migraciones. Cada año, los vendedores ambulantes que bajan de las montañas del centro, o de las montanas periféricas a los valles que las rodean, son fieles a la norma : la civilidad primero, el consumo después. Venden de todo pero, como han demostrado Margaret Spufford para Inglaterra y Laurence Fontaine para Francia, difunden mayoritariamente textiles y accesorios : telas, mantas, algodones, retazos de seda, pañuelos, cintas, agujas, alfileres, espejos e imágenes llenan fardos y carretas. Son los iniciadores de la moda y del lujo para los más pobres, a la vez que hacen más comunes y más habituales libritos e imágenes, formas de piedad y de moral. Personifican, lejos de la capital, la tensión mayor que opone civilidad —conformidad de las apariencias a las costumbres y a la moda—, libertad y movimiento. La buhonería muestra la coincidencia de las transformaciones morales y de los hábitos indumentarios en la difusión de los objetos y acentúa los efectos perturbadores dado que los objetos han suscitado necesidades inéditas. Vendiendo folletines, imágenes varias, objetos de pacotilla, propagan los sueños y el deseo de cambio. A eso se debe, sin duda, que desde el siglo XVII se representen, dentro del discurso de las élites morales, como los proveedores de la futilidad.

16 Así, pues, podríamos pensar que la gran transformación de los comportamientos en cuanto a indumentaria en París contribuyó a difundir nuevas prácticas y nuevos valores propicios para el desarrollo económico. La cuestión principal que hay que contestar ahora es la de la cronología y de la extensión de este movimiento, lo que supone encuestas diversas en otros medios y comparaciones con otros países. De todos modos, los

resultados obtenidos hacen resaltar la importancia histórica del debate alrededor de la moda y la distinción en el funcionamiento de las sociedades del Occidente moderno. Las dos pueden ser a la vez un instrumento de jerarquización ; las luchas de apariencias pueden también ser luchas de clase, pero, a la vez, actúan como instrumentos de liberación individual al favorecer los valores de la estética, del gusto, del confort íntimo en la construcción de una identidad personal. El proceso abierto por los contemporáneos del Siglo de las Luces, por los partidarios de la economía cristiana tradicional, así como por los defensores de la filosofía en nombre de la transparencia social del ser en el parecer, converge con nuestros debates actuales alrededor de las sociedades de consumo. Permite comprender la insuficiencia de una lectura de la cultura material dictada por la sola idea de progreso o por la voluntad nostálgica de "la dulzura de vivir". Esta historia que se ocupa de "los fenómenos que la lentitud de su producción hizo imperceptibles" (Paul Valéry) es finalmente posible porque el conjunto de las ciencias sociales nos ofrece un sistema de preguntas y de definiciones contrólables, porque los historiadores ya son sensibles al acoplamiento de las diferenciaciones temporales y al de las escalas de magnitud de los hechos sociales, de los números restringidos a los números grandes, más interesados en las culturas que en las mentalidades. La cultura de las apariencias muestra que la historia de la cultura material es menos una "retórica de la curiosidad" que una posibilidad de reemplazar las condiciones de vida, las nécesidades y su satisfacción en las sociedades, dentro de una perspectiva más coherente en la que el análisis no separe lo material y lo intelectual, las realidades y las representaciones, sino que retome lo coherente que estructura a una cultura (J.M. Pezez).

NOTAS FINALES

1. Profesor de la Universidad de París I.

El aparato de estado español en el siglo XVIII

Jean Pierre Dedieu

1 Note portant l'auteur[1]

INTRODUCCIÓN

2 ¿El aparato de Estado en el siglo XVIII ?[2] ¿Tiene esta noción algún sentido ? ¿Acaso no se negó suficientemente la existencia del Estado en esa época ? A sus contemporáneos la cuestión les habría parecido absurda. Empleaban la palabra en diversos sentidos pero, a raíz de una evolución iniciada a fines del siglo XV, el Estado tal como lo concebimos hoy — para ellos una evidencia— era a la vez un cuerpo político independiente y su soberano. Todo lo que concierne al interés general del conjunto así definido se refiere al Estado.[3]

3 Hablaré de España, con exclusión de las Indias. La trasposición es sin embargo fácil, *mutatis mutandis,* pues no hay diferencia de naturaleza entre las Indias y España en este terreno, cuando más una diferencia de grado y de contexto.[4]

4 Por otra parte, no haré una exposición de historia institucional en sentido propio. Examinaré las funciones del aparato de Estado y describiré, respecto a cada una de ellas, los organismos que se ocupan de su administración.

5 El 11 de julio de 1705, Felipe V dividió en dos la Secretaría del Despacho, dependencia que le entregaba los documentos a firmar. Creó una Secretaría del Despacho de Guerra y Hacienda y otra Secretaría del Despacho de "todo lo demás", de hecho esencialmente de los asuntos de "Gracia y Justicia".[5] Aunque esta dicotomía apenas duró y se reemplazó en 1714 por una organización en cinco secretarías (Estado, Finanzas, Indias y Marina, Gracia y Justicia, Guerra),[6] en torno a ella organizaré mi exposición pues, de hecho, estructura a la vez la actividad, la organización institucional y el reclutamiento de los agentes de la Monarquía.

LA MONARQUÍA "TRADICIONAL" : EL SECTOR DE GRACIA Y JUSTICIA

La actividad del sector de Gracia y Justicia

6 Un examen, incluso somero, de los documentos de la Cámara de Castilla o del Secretariado del Despacho de Gracia y Justicia pone en evidencia la diversidad de asuntos que tratan :

- Nombramiento para las "plazas de justicia" : corregidores, jueces de los tribunales de apelación territoriales, audiencias y cancillerías, miembros de los Consejos de Castilla, de las Indias, de las Órdenes Militares y, parcialmente, de las Finanzas.
- Nombramiento para las plazas eclesiásticas : beneficios del patronazgo real, preconización de los obispos. Este sector tuvo un gran desarrollo durante la segunda mitad del siglo XVIII, después del Concordato de 1753 que le cedió al rey de España el nombramiento de todos los curatos.
- Atribución de los títulos de nobleza.
- Autorización para ejercer, a los notarios, abogados,[7] médicos...
- Nombramiento para los cargos municipales de los dominios reales, sucesión para los cargos municipales hereditarios de los dominos reales y de los dominios señoriales.
- Privilegios judiciales, evocación por el rey de asuntos judiciales, moratorios de deudas, dispensas de edad, dispensa para ocupar puestos y cargos.
- Distribución de pensiones y de socorro.
- Distribución de los hábitos de las órdenes militares, de las encomiendas.
- Privilegios de constitución o de modificación de los mayorazgos.
- Nombramiento de los profesores de universidad (segunda mitad del siglo XVIII).[8]

Absolutismo y patrocinio

7 De manera general, le compete a Gracia y Justicia todo lo que depende del ejercicio del poder absoluto del soberano que —así dice la teoría— aplica o suspende las leyes en función de lo que exigen la justicia verdadera y el bien común ; también todo lo que compete a la "justicia distributiva", distribución equitativa de los cargos y de los honores entre las familias y las provincias, a fin de mantener un equilibrio necesario para la paz social, favoreciendo al mismo tiempo a las más merecedoras.

8 De hecho, el sector de Gracia y Justicia es un instrumenta fundamental, quizás *el instrumente* fundamental de gobierno, en todas la épocas. Olivares se lo aseguraba al joven Felipe IV, en los años 1620 ;[9] gracias a la Secretaría de Gracia y Justicia Floridablanca contituyó su poder en los años 1770 ; y gracias al patronazgo Godoy consolidó el suyo después de él. Por la distribución de los miles de puestos que le son dependientes, el soberano tiene la posibilidad de colocar en puestos de mando a personas que ha escogido y de ganarse innumeralebles fidelidades. Al distribuir o negar favores, al autorizar o negar la herencia de un cargo a un pariente, al dar permiso para modificar los términos de un mayorazgo,[10] al intervenir para suspender o acelerar un proceso, puede arruinar o enriquecer a una familia. Al distribuir cargos y títulos, con el control de las cancillerías que deciden los procesos de hidalguía, por hacer, en fin, los procesos de nobleza, controla los caminos del ascenso social. Con esto domina a las élites que a su vez controlan al país.

9 La historiografía reciente insiste en el peso fundamental del gran municipio en la España del siglo XVIII. El país es, en cierto modo, como una federación de repúblicas urbanas muy ampliamente autónomas en el piano local : son éstas, por ejemplo, las que fijan las reglas de explotación del suelo y las que reciben los impuestos en nombre del rey...[11] Pueden bloquear de hecho la aplicación de toda decisión real. Después de un complejo proceso, cuyos orígenes datan del siglo XV, han caído en manos de grupos locales reducidos de familias de "regidores hereditarios perpetuos" que dominan totalmente la vida local.[12] Pero éstas son frágiles : sometidas a los azares de la biología —a fuerza de matrimonios consanguíneos, su renovación pronto se vuelve arriesgada— y a los accidentes de la economía, son el blanco de la envidia de sus homólogos, sus competidores en la explotación de recursos limitados —agua, tierras, posibilidad de endeudamiento de los campesinos...—, y necesitan rehacer, con nuevas aportaciones, su capital material y simbólico, o por lo menos mantenerlo.[13] Aquí es donde interviene el rey, mediante los multiples conductos que hemos visto y algunos otros que veremos. *Por* la gracia y por el patronazgo, compra las buenas voluntades y obtiene de las élites municipales una obediencia relativa, mientras, por lo menos, no cuestióne las bases de su poder.[14]

10 Ocurre lo mismo con las grandes familias de la aristocracia que, por conducto de sus señoríos, ejercen su poder de mando sobre cerca de la mitad del territorio nacional. Pueden movilizar enormes recursos, en hombres y en dinero. Su prestigio permanece. Haríamos mal en subestimarlas. Siguen siendo extremadamente poderosas.[15] Todavía durante el reinado de Carlos II, en los últimos años del siglo XVII, tenían en la mano el destino del país. Felipe V las aparté de los puestos de decisión fundamentales, aprovechando además que, en el siglo XVIII, atravesaban una fase de decadencia biológica. Sin embargo permanecen presentes : durante la Guerra de Independencia, al derrumbarse el Estado, las poblaciones se vuelven naturalmente hacia ellas. José Miguel de la Cueva, decimocuarto duque de Albuquerque, brigadier a los 32 años (1807), en estas condiciones, logra instalarse a la cabeza de una división del ejército de Nueva Castilla en 1809. Obró a su antojo y su insubordinación fue en gran parte responsable del desastre de Ocaña. Pero era indesarraigable, y la Regencia, para deshacerse de él, tuvo que hacerlo embajador en Londres (1810), en donde muy pronto murió loco (1811).[16] El rey mantiene controladas a esas familias con los mismos medios que a las oligarquías municipales, y con la corte. La vida de la corte ciertamente está menos desarrollada y sobre todo es menos conocida que en Francia, pero no por ello deja de existir.[17] Los miembros de la aristocracia deben pasar cierto tiempo en ella y efectuar sus rondas de guardia como gentileshombres de cámara, defender sus intereses en los multiples procesos que gravan sus inmensos bienes a la vez que se disputan el oído del rey. Los controla también gracias al uso que hace de ellos en las grandes misiones diplomáticas honoríficas y las posibilidades de patronazgo que les concede.

Las instituciones y los hombres

11 La Secretaría del Despacho encargada del sector Gracia y Justicia trabaja en estrecha colaboración con organismos colegiales que la administran sobre una base geográfica : la Cámara de Castilla, la Cámara de Indias.[18] Estas instituciones se encuentran entre las más antiguas de la monarquía, puesto que la primera apareció en el siglo XIV.[19] Las "cámaras", a su vez, trabajan en estrecha colaboración con organismos mayores, el Consejo de Castilla, el Consejo de Indias, el Consejo de las Órdenes Militares.

12 Hemos mencionado el papel esencial de las audiencias, tribunales de apelación territoriales que restan fuerza y hacen repercutir las decisiones de las instituciones centrales. Pero durante mucho tiempo fueron los corregidores los que constituyeron el alma del sistema. Presidentes de las principales municipalidades de los dominios reales — y todas las grandes ciudades competen del dominio real—, sirven de agentes de enlace entre las élites municipales y las instancias centrales. Se corresponden con la Cámara de Castilla, con los Consejos, con las secretarías del despacho. Como únicos representantes del rey en las ciudades, gozaron durante mucho tiempo de atribuciones casi universales, como verdaderos embajadores de la monarquía ante repúblicas urbanas : jueces de primera instancia, responsables de la percepción de los impuestos, garantes del respeto de las leyes por parte de las municipalidades... En el siglo XVIII, su peso diminuye considerablemente y su papel tiende a limitarse a la gestión municipal, día a día y más y más, a la administración de la justicia.[20]

13 Todos los organismos encargados de Gracia y Justicia soportan además, en ese siglo, una erosión semejante de sus atribuciones. No hay quien, ni siquiera el Consejo de Castilla, no se vea reducido al papel de ejecutante de una política cuya élaboración no entiende, o, podría decirse, sin exagerar, al papel de administrador de lo contencioso.[21]

14 Es que todas esas instituciones eran los instrumentos de un diálogo ; y como tales estaban compuestas por hombres escogidos por ambas partes presentes. Nombrados por el rey, por supuesto, pero a menudo designados saltándoselo. Es cierto en el piano individual : en muchos casos el soberano se contentaba con escoger de una lista algunos nombres que le proponía la Cámara o el Consejo de las Órdenes. Es cierto sobre todo en el piano global. Se observa, en la segunda mitad del siglo XVII, que la mayoría de los corregidores de las grandes ciudades se escogen entre los regidores de las mismas ciudades. Se observa además, en la primera mitad del siglo XVIII, que la mayoría de los miembros de los consejos que administran Gracia y Justicia se reclutan entre los alumnos de los colegios mayores y que no los escoge el rey, aunque disponen, de hecho, a título familiar, de plazas reservadas. Otro tanto puede decirse de los jueces de las audiencias.[22]

15 Pero esos individuos se resisten cuando estiman que sus intereses vitales están en juego. Así, en 1721, Felipe V le propuso al Consejo de Castilla que extendiera a Castilla el sistema de gobernadores militares que funcionaba tan bien en Aragón. El Consejo lo amenazó con una revuelta si lo hacía. Todo quedó ahí, por supuesto.[23] Las sospechas de Carlos III sobre la complicidad de miembros de élites tradicionales en los motines llamados "de Esquilache" de 1766 son bien conocidas.

16 En tal contexto hay que situar ciertos fenómenos sobre los que la historiografía ha llamado la atención desde hace mucho, como la reforma de las universidades a mediados del siglo XVIII, o la expulsion de los jesuitas, que proporcionaban a esas élites buena parte de sus bases culturales. En ese contexto también hay que situar el lento control de los consejos por la Monarquía, a lo largo del siglo XVIII, llevado, a pesar de multiples fracasos, con una constancia admirable : los esfuerzos infructuosos de Macanaz que, por la reforma de 1713, trataba de ahogarlos bajo una afluencia de personal nuevo de fidelidad a toda prueba ;[24] hasta la renovación, tan radical como discreta, de su personal, a fines del siglo XVIII, que lentamente reemplaza a los hijos de las grandes familias, orgullosos productos de las más brillantes universidades, por obreros a destajo de origen modesto, envejecidos en multiples corregimientos y acostumbrados durante toda su vida a obedecer [25]

17 Finalmente, en este contexto es como hay que entender el papel de los consejos en la España del siglo XVIII. Objetivamente, perdieron todo poder de decisión. No hay más que ver con que sequedad el rey los pone en su lugar en cuanto se atreven a tomar una iniciativa. Sin embargo, siguen lo suficientemente ligados a las élites del país para servir, en cierto modo, de representación informal ante el soberano. Por ello el respeto con el que se los trata. Por ello se someten a su opinión los grandes proyectos de reforma a largo plazo, como los que se prevén, durante el reinado de Carlos III, para los mayorazgos o los bienes inalienables. Sirven, en cierto modo, para tantear la opinión. Puede decirse otro tanto de las cortes a fines de siglo : las de 1789, por ejemplo, se consultaron para la reforma de los mayorazgos.[26]

18 En este contexto sobre todo hay que situar el nacimiento de nuevas administraciones, que van a desarrollarse en el segundo de los grandes sectores entre los que hemos repartido las actividades de la Monarquía : Guerra y Finanzas.

GUERRA Y FINANZAS

El nacimiento del Cuerpo de Finanzas

19 Los Borbones heredaron una situación financiera catastrófica ; heredaron sobre todo un sistema de percepción de impuestos enteramente basado en la buena voluntad de las instancias de poder locales.[27] Los ingresos de la Monarquía estaban repartidos entre una multitud de impuestos diversos, a menudo de bajo rendimiento, que disponían de una administración particular para su percepción.[28] Además, el monto de las sumas que el rey recaudaba se determinaba en negociación entre él y los representantes de los contribuyentes. La negociación podía ser oficial, como en el caso de los abonos de las alcabalas,[29] en el que cada municipalidad garantizaba a la Monarquía el abono de una cantidad anual, muy inferior por supuesto al monto teórico del impuesto, que ella se encargaba de recoger entre la población. Podía ser oficiosa, como en el caso de las aduanas de Sevilla : todo el mundo hacía trampa abiertamente ; de vez en cuando, sin embargo, se recaudaba una "composición" : un comisario real empezaba las persecuciones, los vendedores negociaban entonces el monto de un pago global que compraba una amnistía.[30]

20 Eran pues cuerpos intermediarios, municipalidades, consulados, asociaciones profesionales, los que recaudaban los impuestos del contribuyente. El rey no tenía acceso directo a éste. Y no sólo eso : una vez que los impuestos quedaban oficialmente depositados en sus cofres, tampoco tenía control de ellos. Multiples tesorerías se repartían su administración ; cada una recibía sus órdenes de.pago de varios organismos y rendía cuentas con una periodicidad tan irregular como espaciada. Además, las plazas dentro del sistema se habían vendido a título hereditario a personas privadas, incluso a municipalidades.[31] Por ello la reforma se ocupó primero del aparato real de percepción. Tuvo lugar a principios del reino de Felipe V, y fue la obra de las grandes empresas bancarias la que le permitió a éste ganar la Guerra de Sucesión.

21 La historiografía se ha interesado ampliamente por los banqueros de Carlos I, de Felipe IV e incluso de Carlos II.[32] No dice casi nada de los de los Borbones. Sin embargo, tuvieron los suyos, y no tienen nada que envidiar, ni por su poder, ni por las sumas manejadas, ni por su papel social, ni por su habilidad, a sus predecesores. Siguiendo un movimiento,

iniciado a fines del siglo XVII, el rey adquirió la costumbre de tomar en arriendo el conjunto de los impuestos que exigían una misma técnica de percepción en una zona dada, a una misma persona y durante un mismo periodo, fuera cual fuera la naturaleza jurídica de la contribución. Al principio, cada impuesto era objeto de un contrato separado. Luego se acostumbró agrupar varios en uno sólo. Cierto día la negociación del monto con los contribuyentes se hizo también en bloque. Esto simplificaba considerablemente el sistema y lo hacía sobre todo mucho más transparente a los ojos de los organismos centrales. Así fue como se redujeron las decenas de impuestos percibidos bajo los Habsburgo a cuatro impuestos fundamentales : las rentas provinciales, que agrupaban, entre otros, impuestos jurídicamente tan diferentes entre sí como las alcabalas y los "millones" ; las rentas generales, que acabaron por agrupar todas las imposiciones recaudadas como aduanas interiores y exteriores ; finalmente, los monopolios, la sal y el tabaco esencialmente, que exigían la creación en el país de una red de distribución propia.

22 Paralelamente el número de circunscripciones se redujo considerablemente. Por ejemplo, las rentas provinciales se percibieron en el marco único de 22 provincias, en lugar de los 80 y pico "partidos" de las alcabalas y de las 22 provincias de millones que constituían los elementos de base. Todo esto, insistamos en este punto, por conducto y a veces bajo la presión de empresas privadas que se encargaban de recoger los impuestos en nombre del rey. Tenían libertad de nombrar para ello a los agentes que quisieran. Ellas mismas y sus empleados tenían la delegación del poder público dentro del marco de su misión.

23 Ahora bien, las empresas se estabilizan progresivamente. Así, a partir de 1713 —esta fecha es importante en la historia financiera de España— y hasta 1749, son las mismas compañías las que perciben en las mismas provincias las rentas provinciales. Muy estructuradas, disponen de agentes locales, encabezados por directores provinciales, y de oficinas centrales en Madrid, bajo la responsabilidad de un director general. Su estabilidad engendra en su seno, tanto como nos permiten juzgar los estudios en curso, un cuerpo de empleados permanente. Entre 1742 y 1749, las rentas provinciales se colocan progresivamente en administración directa. Se elimina a los arrendatarios. Los ejemplos que conocemos nos permiten considerar muy probable que sus empleados pasaran con armas y equipaje al servicio del rey. El papel de los directores generales de las grandes compañías arrendatarias, en todo caso, lo asumieron "directores generales de las rentas reaies"... escogidos entre ellos. De hecho, nada había cambiado : durante más de treinta años, un sistema privado enteramente estable había tenido todo el tiempo de adquirir todas las características de una administración de Estado. En esas condiciones, la puesta en administración de 1749 no fue más que un cambio de etiqueta. La verdadera reforma de fondo se había hecho progresivamente.

24 Las cosas no quedaron aquí. Subsistían cuatro grandes estructuras paralelas, cada una encargada de la percepción de las cuatro grandes imposiciones que definimos : rentas provinciales, rentas generales, sal y tabaco. Con retoques progresivos, se les dio a las cuatro exactamente la misma organización. En 1799, Cayetano Soler, uno de las más grandes ministros de Finanzas que haya tenido España, logró fusionar los cuatro organismos en uno sólo. De esta manera nació el Cuerpo de Finanzas, uno de los pilares de la posterior admistración española.[33]

25 De todo esto retendremos la dialéctica constante entre privado y público. Lo privado utiliza lo público para hacer fortuna —los grandes arrendatarios del siglo XVIII son un buen ejemplo de ello. El sector público utiliza la empresa privada para crear, con menores

gastos, una administración. Encontramos también, pero en negativo, la dialéctica entre el Estado y los cuerpos intermediarios, expresión de los poderes locales. La monarquía logra reducir su papel en la percepción de las "rentas generales" (aduanas) y en el funcionamiento de los monopolios de la sal y el tabaco. También en esos ramos sus ingresos siguen, a grandes rasgos, el desarrollo de la economía, pero permanecen, por definición, sensibles a la coyuntura —se derrumban en tiempos de guerra— y no tienen más que limitadas posibilidades de crecimiento. Otra cosa ocurre con las rentas provinciales : permanecen suscritas y nunca, a pesar de grandes esfuerzos realizados a fines de siglo, logra el rey crear un cuerpo de recaudadores capaz de percibir directamente el impuesto del contribuyente. Su producto llega a estancarse —en términos brutos— y disminuye sensiblemente en términos reaies al filo del siglo, debilidad que será fatal para el Estado durante las guerras revolucionarias.

El ejército : entre eficacia técnica y patronazgo

26 La guerra es una actividad estrechamente ligada a la monarquía de Régimen Antiguo. España no escapa de la regla. Felipe V fue un rey guerrero, que tuvo que conquistar su reino y que soñaba con restablecer la dominación española en Italia ; sus sucesores vivieron la mayor parte del tiempo en paz, pero estuvieron obsesionados con la necesidad de defender las Indias de la amenaza inglesa.[34] La guerra también está ligada a las finanzas, en el piano institucional mismo, como lo muestra esa reforma de 1705 de la que hablé en la introducción : hasta 1717, los arrrendatarios de los impuestos son los proveedores sistemáticos de los ejércitos o, más bien, los proveedores del ejército exigen en garantía de sus adelantos la renta de un bloque de imposiciones que corresponda a sus compromisos. Con la guerra rompió Felipe V los fueros de la corona de Aragón, y fue la administración militar la que se encargó de percibir el nuevo impuesto que impuso a esas comarcas, que hasta entonces se habían librado del impuesto real. La tesorería de los ejércitos, finalmente, constituyó el esqueleto de la tesorería general, creada a partir de 1717, que se encargó de manejar el dinero del rey y cuya aparición marca un hito en el control del sistema de finanzas por parte del monarca.

27 El ejército se reorganiza a fondo desde el principio del reinado de Felipe V.[35] La jerarquía y la subordinación necesaria se reafirman y precisan ; las promociones al grado de oficial se reservan al rey ; los regimientos dejan de ser asunto de su coronel para convertirse en asunto del soberano. Se instala una administración permanente para garantizar el mantenimiento, la administración y el control de la tropas en guarnición en la península, retomando y sistematizando experiencias anteriores : capitanías generales, intendencias de ejércitos —que servirán de modelo a las intendencias provinciales creadas más tarde—, comisarías de guerra, gobiernos militares... Y las inspecciones generales : cada rama está dotada de una dirección central y de oficinas regionales, bajo la autoridad del secretario del Despacho de Guerra, que hacen la inspección de las tropas, administran las afectaciones y el desarrollo de las carreras. Finalmente, se crea una guardia real, arma de prestigio, con dos niveles : los tres regimientos de la infantería de la guardia, de los que dos son extranjeros, y la brigada de carabineros, por una parte ; la guardia personal, reservada a la aristocracia, por otra.

28 Se ha dicho que la monarquía de los Borbones era una monarquía militar.[36] De hecho, se observa una política consciente de atracción de las élites hacia el ejército, debida a la creación de los "cuerpos" de prestigio que les estaban reservados : a la institución de

cadetes, "criadero" de oficiales reservado a la nobleza ; al peso otorgado a los servicios militares dentro de los "méritos" que se tomaban en cuenta para distribuir los favores reaies ; y a la atribución masiva de grados de oficiales generales. La eficacia técnica no era la única que contaba, y los administradores encargados de la dirección de las tropas estaban totalmente conscientes de ello. Atraer a las élites hacia el ejército era también controlarlas. Un oficial no podía casarse sin la autorización del ministro ; de éste dependía también su afectación —y no estaría de más insistir en la presión que esto representaba para él— ; para sus promociones dependía del rey. Gracias al ejército, el soberano otorgaba plazas a los cadetes de buena familia y adquiría así fidelidades ; a cambio, obtenía un medio de presión sobre las élites del país.[37]

CONCLUSIÓN

29 Había pues así dos grandes sectores de actividad y dos series de instituciones : por una parte los antiguos cuerpos, consejos y tribunales, que pronto se ven privados de su poder de decisión, sin ser suprimidos ; por otra, una nueva administración cuyos secretarios de despacho e intendentes son el símbolo que los Borbones sistematizan y desarrollan ampliamente, continuando con experiencias anteriores.

30 También había dos grupos de agentes. El sector antiguo era el de los "juristas", esto es universitarios provenientes de las grandes familias que tradicionalmente dominaban al país, colegiales preocupados por mantener la autoridad, el prestigio y la autonomía de su grupo, la independencia de las pequeñas repúblicas[38] urbanas donde se encontraban las bases reaies de su influencia. El nuevo sector es el de los secretarios, de los obreros a destajo formados a montones, desde su tierna juventud, en las oficinas ; el de los extranjeros, contratados en función de su competencia técnica y de su ausencia de arraigo en el país ; el de los vascos y los navarros, casi extranjeros ; el de las familias aragonesas o catalanas que habían elegido apoyar a Felipe V en contra de la mayoría en su region durante la Guerra de Sucesión. Todo el esfuerzo del rey consistió en introducir en el primer sector a los hombres del segundo. Todo el esfuerzo de las élites tradicionales consistía en mantener lo que podía mantenerse, en colonizar al segundo sector, en asimilar a los nuevos agentes de la monarquía, en utilizar de la mejor manera las posibilidades que ofrecía el ejercicio de funciones en la administración real para reforzar sus propias posiciones de poder.

31 Es un juego apasionante, cuyo estudio enseña mucho sobre la naturaleza del Estado. Que existe, no nos cabe la menor duda : nos hemos topado con él. Pero entendámonos bien, no nos hemos encontrado con el Estado abstracto y todopoderoso de los filósofos, que corre sobre los rieles de la racionalidad administrativa hacia su destino histórico. Hemos visto a hombres al servicio de la monarquía, mejor dicho a grupos. Persiguen, desde la capital, y con una notable continuidad que trasciende los fracasos, los cambios de reino e incluso de dinastía,[39] fines políticos propios, en los que la salvación del conjunto del territorio confiado a ellos es lo más importante. Ejercen una influencia real, por muy indirecta que sea, hasta sobre el último pueblo de ese territorio. Hacen que los poderosos de Cuzco, de Palma de Mayorca o de Santiago de Compostela miren hacia Madrid más que hacia Londres o París ; y no prevén su porvenir ni la perennidad de su influencia local sin lo que el rey de España les aporta : plazas, títulos, encomiendas y hábitos de las órdenes militares, plazas en la municipalidad que legitiman y acrecientan su poder a los ojos de todos ; y pagan el precio, con bellos escudos contantes y sonantes, con soldados e

impuestos recaudados, o con esos largos y costosos viajes que los llevan a la corte a presentar sus casos.

32 En una palabra, hombres que dialogan con otros hombres, que también tienen poder pero en otros lugares del territorio. Sus intereses son otros, su horizonte más limitado, sus fines más inmediatos : enriquecimiento personal, defensa de las libertades municipales, preservación de su propio poder en su seno, y sobre todo ascenso social de su familia, pues la familia, la familia numerosa, es lo que cuenta para ellos...

33 El Estado no es ni los unos ni los otros : son ambos, es el diálogo, la relación que se establece entre ellos. El Estado es un campo de fuerzas multiples que interactúan, emitidas por multiples polos : la monarquía y sus oficinas no constituyen más que uno de ellos, y ellas mismas, pueden, además, descomponerse en subconjuntos complejos, unidos por lazos más estrechos que los constituyen, desde cierto punto de vista, en un conjunto único pero de ninguna manera monolítico.

34 Son fuerzas que hay que estudiar, en su globalidad, por medio de los hombres, de su carrera, de sus centros de interés, de sus creencias, de todo lo que producen, de las redes de relaciones de las que se rodean ; y por medio de las instituciones, que no son, a fin de cuentas, más que la concretización, más o menos temporal, de esos campos de fuerzas. Dicho de otra manera, tenemos que integrar lo social, lo económico y lo religioso alrededor de lo político. Es la tarea que hemos emprendido.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA RESUMIDA

La bibliografía, dispersa y de calidad desigual, es a menudo jurídica, en el sentido estricto del término. Para ahondar en el tema se sugiere consultar los siguientes títulos :

Artola, Miguel. *La hacienda del Antiguo Régimen.* Madrid. Alianza. 1982, 511 p. ; superado en gran parte, pero es la única síntesis de que se dispone sobre el punto fundamental de las finanzas.

De Dios, Salustiano. *Gracia, merced y patronazgo real. La Corona de Castilla entre 1474 y 1530.* Madrid. *CEC.* 1993, 430 p. ; fuera del periodo pero indispensable para comprender los mecanismos de Gracia y Justicia.

De Guezala, Luis. *Las instituciones de Bizkaia a finales del Antiguo*

Régimen (1793-1814). Bilbao. Bilbao Bizkaia Kutxa. 1992, 300 p.

Desdevises du Dézert, Georges. *La España del Antiguo Régimen.* Madrid. *FUE.* 1989, 966 p. ; traduccióón española de un libro francés escrito hace ochenta años, única obra que podría hacer las veces de síntesis del tema.

Escudero, José Antonio. *Los secretarios de Estado y del Despacho.* Madrid. IEA. 1976,4 tomos ; superado en la problemática pero irreemplazable en su descripción de los mecanismos institucionales.

Fernández Albaladejo, Pablo. *Fragmentos de monarquía.* Madrid, Alianza. 1992,487 p. ; recopilación de artículos que sin duda constituye la mejor introducción a la problemática actual del Estado y del absolutismo.

Fortea Pérez, José Ignacio. *Monarquía y cortes en la Corona de Castilla. Las ciudades ante la política fiscal de Felipe II.* Valladolid. Cortes de Castilla y León. 1990,518 p. ; ilustra magníficamente las relaciones entre las oligarquías urbanas y la monarquía.

Marina Barba, Jesús..*Poder municipal y reforma en Granada durante el siglo XVII.* Granada. Universidad de Granada. 1992,572 p. Estas dos últimas obras son, por su calidad, entre muchas otras, buenos ejemplos de las mejores investigaciones en el terreno local, que están hoy en pleno desarrollo y están renovando nuestra visión del Estado.

Schaub, Frédéric (comp.). Recherches sur l'histoire de l'État dans le monde ibérique (XVe-XXe siècle). París, Presses de l'ENS. 1993, 286 p.

NOTAS

2. La investigación que sustenta este trabajo se realizó dentro del grupo "Personnel Administratif et Politique d'Espagne" (PAPE) y fue financiada por el cnrs (Maison des Pays Ibériques/GDR 30/ PICS 214), la DGICYT (Ministerio de Educación, Madrid) y la Junta de Andalucía.

3. José Antonio Maravall, *Estado moderno y mentalidad social, siglos XV a XVIII,* Madrid, Revista de Occidente, 1972,t.I, pp. 33-36. Pablo Fernández Albaladejo, *Fragmentos de monarquía,* Madrid, Alianza, 1992 (esta obra es sin duda la mejor introducción a la problemática actual de Estado y del absolutismo). Montesquieu, en *L'esprit des lois,* emplea constantemente la palabra en el sentido actual. Véanse también los comentarios juiciosos de Josep Fontana, "Estado y hacienda en el 'despotismo ilustrado'", en *Estado, hacienda y sociedad en la historia de España,* Valladolid, Universidad de Valladolid, 1989, pp. 123-147, esperialmente p. 125.

4. La descripción que, por ejemplo, hace Miles L. Wortman en *Gobierno y sociedad en Centroamérica, 1680-1840,* DCIE, 1991, se aplica perfectamente a la España metropolitana.

5. *Novísima recopilación,* lib. III, tít. VI, ley 4, n. 1.

6. *Ibid.*

7. Simplifico. Los abogados recibían licencia para realizar audiencias en el distrito en que ejercían. Sólo los "abogados del Consejo" pasaban por el Consejo de Castilla.

8. Todo esto está basado en el examen del Archivo General de Simancas, Dirección General del Tesoro (en adelante AGS DGT), inv. 24, leg. 1 a 106, *Cartas de pago de la media annata,* donde se trasluce de manera sintética la actividad de la Cámara de Castilla.

9. Olivares, "Memorial sobre las mercedes", en John Elliot y Francisco de la Peña, *Memoriales y cartas del conde duque de Olivares,* Madrid, Alfaguara, 1978,t.I, pp. 9-10.

10. El mayorazgo es un conjunto de bienes que se trasmiten los mayores de una familia, sin enajenación posible, de generación en generación. Constituye una excepción al derecho castellano, que prevé el reparto sistemático de los bienes entre todos los hijos del testador. Aparecido en el siglo XVI y ampliamente difundido en el XVI y el XVII, en el siglo XVIII constituye la base de la fortuna de la mayoría de las élites sociales del país. La rigidez, que es su principio, hacía difícil su adaptación a las condiriones cambiantes de la economía. Véase sobre este punto Bartolomé Clavero, *Mayorazgo. Propiedad feudal en Castilla. 1369-1836,* 2a. ed., Madrid, Siglo XXI, 1989. Sobre las autorizaciones reales para la modificación de los mayorazgos : Archivo Histórico Nacional de Madrid, Consejos (en adelante ahn con), lib. 448 y siguientes, *Libros de información de facultades.*

11. Esta visión de las cosas constituye la "vulgata" de la historiografía actual. Véase Albaladejo, *op. cit., passim.*

12. Si bien la idea general está comúnmente admitida y ampliamente ilustrada por múltiples estudios locales, todavía falta una sólida síntesis sobre el tema que vaya más allá de la descripción. Entre las mejores contribuciones : *Les élites locales et l'État dans l'Espagne moderne,* XVII[e] -XIX[e] *siècles,* Paris, cnrs Éditions, 1993.

13. Aquí también hay pocas obras que traten a fondo la cuestión. Un muy bello ejemplo : María Teresa Pérez Picazo y Guy Lemeunier, *El proceso de modemización de la région murciana (siglos XVI-XIX),* Murcia, Editora Regional, 1984.

14. Antonio Manuel Hespanha, "Les autres raisons de l'État. L'économie de la grâce", en Frédéric Schaub (comp.), *Recherches sur l'histoire de l'État dans le monde ibérique (*XV[e]-XX[e] *siècles),* Presses de l'ens, París, 1993, pp. 67-85.

15. La falta de estudios sobre el papel social y político de la aristocracia en el siglo XVIII se siente profundamente. Ignacio Atienza Hernández, *Aristocracia, poder y riqueza en la Espana moderna. La Casa de Osuna, siglos xv-xix,* Madrid, Siglo XXI, 1987. Ian Thompson, *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620,* Madrid, Grijalbo, 1981, pp. 181-200.

16. *Francisco Fernández de Bethencourt, Historia genealógica de los grandes de España, Madrid, 1887-1920, t. X, pp. 357-358.*

17. No existe ningún estudio serio sobre la vida de la corte en España durante el siglo XVIII.

18. No tendré en cuenta los consejos de Aragon, el Consejo de Flandes ni el Consejo de Italia, que administran Gracia y Justicia en sus dominios geográficos respectivos pero que desaparecen a principios del siglo XVIII.

19. Salustiano de Dios, *Gracia, merced* y *patronazgo real. La Corona de Castilla entre 1474* y *1530,* Madrid, CEC, 1993.

20. Ignacio Fortea Pérez, *op. cit.,* pp. 312-324. Sobre los corregidores la obra fundamental sigue siendo Benjamín González Alonso, *El corregidor castellano, 1348-1808,* Madrid, 1970 ; demasiado jurídica, no da buena cuenta de la evolución real del "corregidorato" en el siglo XVIII.

21. Esto se evidencia del examen de las consultas que solicita al rey, cuya importancia disminuye singularmente a partir de la creación de las secretarías del Despacho (ahn con, lib. 2845 y siguientes). Para escoger el personal, la Cámara de Castilla queda entorpecida por la Secretaría del Despacho de Gracia y de Justicia que estudia y revisa sus proposiciones antes de trasmitirlas al rey : AGS GJ (Gracia y Justicia), leg. 133-163. El Consejo de Guerra pasa por una evolución semejante : Francisco Andújar Castillo, *El Consejo de Guerra en el siglo XVIII,* en prensa.

22. Es lo que resulta de los estudios que estamos llevando a cabo en el grupo de investigaciones pape, sobre todo de la base de datos FICHOZ, que describe las carreras de varios miles de agentes de la monarquía del siglo XVIII. Véase también Janine Fayard, *Los ministros del Consejo Real de Castilla (1621-1788). Informes biográficos, Madrid, Hidalguía,* 1982.

23. AGS GJ, leg. 816.

24. Janine Fayard, "La tentative de réforme du Conseil de Castille sous le règne de Philippe V (1713-1715)", en *Mélanges de la Casa de Velázquez,* II, 1966, pp. 259-281, y Salustiano de Dios, *Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla,* Salamanca, Diputación Provincial de Salamanca, 1986, pp. LXVH-LXXIII y 128-144 (publica la transcripción de los decretos correspondientes).

25. Datas sacados de la base fichoz (véase la n. 21).

26. Juan Luis Castellano, *Gobierno y poder en la España del siglo XVIII,* en prensa. Sobre el papel de las cortes y de su "diputación" desde este punto de vista : Juan Luis Castellano, *Las cortes de Castilla y su diputación (1621-1789),* Madrid, CEC, 1990, pp. 196-197,215-221,228-229.

27. Por falta de espacio no abordaré el problema de los territorios foráneos (Corona de Aragon, Navarra, País Vasco) y de sus exenciones fiscales. No constituyen de hecho más que una variante de la situación castellana de competencia entre la monarquía y las instancias locales de poder.

28. Juan de la Ripia, *Práctica de la administración y cobranza de las rentas reaies y visita de los ministros que se ocupan en ellas,* edición aumentada de Diego Maria Gallardo, Madrid, Antonio Ulloa, 1975, 5 vols. Esta obra, de un profesionista contemporáneo, reúne lo esencial de los textos vigentes a fines del siglo XVIII. Su riqueza no la iguala más que la austeridad de su enfoque. Su primera aparición fue en el siglo XVII. Después se reeditó y actualizó constantemente hasta principios del siglo XIX. Las últimas ediciones ya no tienen gran cosa en común con las primeras. Constituye una fuente fundamental de lo que sigue.

29. Oficialmente, un impuesto sobre las transacciones comerciales.

30. A pesar de una vasta bibliografía, a.menudo de.calidad, la administración de las finanzas reaies del siglo XVIII sigue siendo poco conocida ; Miguel Artola, *La hacienda del Antiguo Régimen,* Madrid, Alianza, 1982, y Miguel Artola (ed.), *La economía española al final del Antiguo Régimen,* t. IV : Instituciones, Madrid, Alianza, 1982, las dos únicas síntesis, son insatisfa torias desde el punto de vista que nos ocupa. Me permito remitir : Jean Pierre Dedieu y José Ignacio Ruiz Martínez, "Tres momentos en la historia de la Real Hacienda (1640-1800)", *Cuadernos de Historia Moderna,* Madrid, 1994, y Jean Pierre Dedieu, "Real Hacienda y haciendas municipales. Siglo XVIII. Castilla", *Cuadernos de Historia Moderna,* Madrid, 1994.

31. Véase a este respecto la tesis aún inédita de José Ignacio Ruiz Martínez, "La Hacienda Real en la Mancha", Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1992.

32. Ramón Carande, *Carlos V y sus banqueros,* ed. abreviada, Barcelona, Crítica, 1997, 2 vols. Antonio Domínguez Ortiz, *Política y hacienda de Felipe IV,* Madrid, Ed. De Derecho Financiero, 1960. Carmen Sanz Ayans, *Los banqueros de Carlos II,* Valladolid, Universidad de Valladolid, 1989. Felipe Ruiz Martín, *Las finanzas de la monarquía hispánica en tiempos de Felipe IV,* Madrid, Real Academia de Historia, 1990.

33. Expongo aquí los resultados de una investigación en proceso, que se funda esencialmente en los contratos de arrendamiento de impuestos (ags dgt, inv. 4, leg. 370, 375, 380 ; ags *Contadurîas generales,* leg. 188,180 y siguientes ; ags *Guerra moderna,* leg. 2 377 y siguientes ; ags dgt, inv. 25, leg. 14 y siguientes) y sobre documentos de la Secretaría del Despacho de Finanzas, ahn *Estado,* lib. 279 y ags *Estado,* lib. 419-452.

34. La marina fue esencial en todas las épocas, hasta el punto de sacrificar por ésta el ejército de tierra, en la segunda mitad del siglo. Sin embargo, la dejaré de lado por falta de espacio. El papel de la marina y el peso de la amenaza inglesa son notorios en los mensajes de los embajadores de Austria, recientemente publicados : Hans Juretschke (éd.), *Berichte der diplomatischen Vertreter des Wiener Hofes aus Spanien in des Regierungszeit Karl III,* Madrid, Goerres Gesellschaft/ CSIC, 1970-1987,13 vols.

35. Las reformas del ejército de tierra ocurren en la primera mitad del siglo, y no durante el reino de Carlos III, como lo hizo pensar durante mucho tiempo una historiografía demasiado rápida. Las ordenanzas de estos últimos introducen importantes cambios en cuanto a la táctica, pero para la organización general del ejército sólo se contentan con reproducir, para lo esencial, disposiciones anteriores. Véase Francisco Andújar Castillo, *Los militares en la España del siglo XVIII. Un estudio social,* Granada, Universidad de Granada, 1991, p. 51.

36. *Enrique Giménez López, Militares en Valencia (1707-1808). Los instrumentas del poder borbónico entre la Nueva Planta y la crisis del Antiguo Régimen, Alicante, Diputación de Alicante, 1990.*

37. Todo esto está basado en Francisco Andújar Castillo, *Los militares...,* op. cit., y en las propias investigaciones del grupo pape, para las que nos hemos apoyado esencialmente en José Antonio Portugués, *Colección de ordenanzas militares,* Madrid, Antonio Marín, 1764,11 vols, (conjunto de las disposiciones reglamentarias anteriores a 1759) ; *Ordenanzas de Su Majestad para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos,* Madrid, Antonio Marín, 1768,2 vols, (ordenanzas llamadas "de Carlos III") ; en la correspondencia de la Secretaría del Despacho de Guerra con los oficiales generales (ags *Guerra moderna,* leg. 1 537-1 556 y 5 898-5 911), en la que hemos hecho amplios sondeos ; y en las "hojas de servicio" de estos últimos (ags *Guerra moderna. Expedientes*

personales, leg. 1-60, que miembros del pape examinaron exhaustivamente en lo que concieme a los oficiales generales. Recordemos, para América, a Juan Marchena Fernández, *Oficiales y soldados en el ejército de América,* Sevilla, csic, 1983.

38. El término "república" para designar los grandes municipios autónomos era corriente a fines del siglo XVIII.

39. Jean Pierre Dedieu y José Ignacio Ruiz Martínez, "Tres momentos...", art. cit., que insiste sobre la continuidad de la política real en materia de finanzas entre los siglos XVII y XVIII.

NOTAS FINALES

1. Burdeos III.

Antropología e historia : el problema de las ciudades del mediterráneo occidental. Siglos xv-XVIII

Gérard Delille

---

1 Lo que comúnmente llamamos antropología histórica o etnohistoria ha encontrado en las sociedades mediterráneas occidentales, y por extensión en las sociedades amerindias que han dominado, un terreno privilegiado de acción. Ha alcanzado importantes resultados en lo que concierne al estudio de los fenómenos religiosos, de la organización y de la ritualización de los poderes, de los parentescos y de la alianza.

2 Esta situación "privilegiada" del Mediterráneo deriva, en mi opinión, de tres factores principales :

3 1] Si se excluyen ciertas regiones particularmente dinámicas (el norte de Italia Cataluña), el Mediterráneo occidental no vivió, o sólo lo hizo tardíamente, la Revolución industrial. Sin embargo, esto no significa que haya habido un inmovilismo social : desde este punto de vista, las transformaciones fueron incluso importantes entre el siglo xv y el xix. Aun así, la persistencia de una sociedad rural tradicional (sobre todo en las regiones más " pobres" y más "arcaicas", sea cual sea el sentido de estos términos) conformó un conservatorio de formas antiguas en el campo de lo económico, lo social y lo cultural.

4 2] El segundo factor proviene directamente del primero : Italia, sobre todo el sur y el centro, España, el sur de Francia, han sido estudiados con mucha mayor frecuencia que otras regiones de Europa del norte por los antropólogos : Pitt Rivers en el caso de España, Jane y Peter Schneider en el de Sicilia ; podría establecerse una larga lista de investigaciones realizadas *in situ* por antropólogos que influyeron en los historiadores y los obligaron a retomar y a repensar sus datos y sus interpretaciones tradicionales de las sociedades mediterráneas.[1]

5 3] De derecho escrito, herederos de la tradición romana, sometidos muy pronto a sistemas administrativos y de poderes, elaborados, eficaces y centralizados (el reino de Nápoles desde el siglo xii, España, pero también la Iglesia), los países mediterráneos han

conservado (en su mayoría y en el periodo moderno que nos interesa más particularmente aquí) abundantes archivos escritos, a menudo de gran calidad. En lo referente a datos, el historiador puede de esta forma disponer de materiales que permiten finos y profundos análisis de las realidades que pretende abordar. No citaré aquí más que dos ejemplos que conozco bien por haberlos estudiado largamente : el *Libro magno delle famiglie di Manduria* que traza, con extrema precisión, desde mediados del siglo XV hasta finales del XVIII, todas las genealogías de las familias que vivieron en esa gran aldea de Apulia (diez mil matrimonios en total) y que constituye un instrumento único para el estudio del parentesco y la alianza.[2] El otro ejemplo es la correspondencia de los administradores para los príncipes Farnesio del gran feudo de Altamura, que relata semana tras semana, a veces día a día, todos los acontecimientos "políticos" del pueblo, desde mediados del siglo XVI a mediados del siglo XVIII, y representa una fuente extraordinaria para la comprensión del sistema político local, para el estudio de las facciones y de los conflictos, a menudo fuertemente ritualizados, que los oponen.[3]

6 Más allá de estas consideraciones generales, es preciso observar que tanto la antropología histórica como la "antropología" a secas favorecen (salvo excepciones limitadas en los campos cultural y religioso), en los países mediterráneos, a la comunidad aldeana, esto es, a un grupo social limitado, en detrimento de entidades más amplias y complejas, en particular las ciudades. Ahora bien, para el caso del Mediterráneo occidental, ningún método de análisis serio puede permitirse dejar a las ciudades fuera de su campo de investigación. Sin duda al investigador le irrita la gran cantidad de datos que hay que controlar o elaborar, sobre todo si se pretende que el análisis sea nominativo. Pero la ciudad es también "un laboratorio" en el que las relaciones —que en las comunidades aldeanas a menudo son precisas y ordenadas— parecen borrarse, incluso disolverse completamente. "El aire de la ciudad hace libre", se solía decir. Pero las alianzas matrimoniales, las amistades, las agrupaciones de poder, ¿no correrían el peligro de constituirse siguiendo criterios fortuitos y estadísticas que dejan bien poco al análisis antropológico ?

7 Lo que querría tratar de mostrar aquí, a partir de algunos ejemplos precisos, es que semejante análisis es posible a condición de que no se considere a la ciudad como una entidad definida y cerrada, como una "gran comunidad", sino como un elemento de toda una red, de una jerarquía de centros que también es una jerarquía de valores sociales y de poderes que regula, según modalidades precisas, comprendidas, aceptadas y manipuladas por los protagonistas, en un nivel regional o en un nivel nacional, las relaciones entre los "grupos" y los mecanismos de circulación social que los animan. Lo que hay que tratar de comprender no es tanto "la ciudad" como la complejidad del edificio extraordinariamente estratificado y diferenciado de los privilegios y de las retribuciones de todo orden que divide, primero, a una capital (Nápoles, Palermo, Madrid) del conjunto del reino, y luego, en grado subalterno, a una ciudad de otra y, en última instancia, al juego social que se construye sobre esas diferenciaciones.

8 En la crónica de las familias nobles de Bari, escrita por Francesco Bonatti en 1567 y publicada en 1881, con amplias notas que prolongan la historia de cada familia hasta el siglo XVIII, Vincenzo Massilla (nacido en Atella, en Basilicata, en 1499, estudiante en Nápoles y casado en 1527 en Bari, donde es recibido por la nobleza local) indica con precisión los orígenes y los desplazamientos o las partidas definitivas de los principales personajes de que se ocupa, así como los motivos de esos movimientos.[4] El resultado es un cuadro asombroso que, después de una primera lectura rápida, se caracteriza por una

extraordinaria movilidad de ese grupo de la élite de Bari (Massilla no considera a las familias inscritas en el *ceto* (clase o categoría social) "popular", que podían ser a veces tan ricas y poderosas como las familias nobles. Las indicaciones dadas en apéndice por F. Bonazzi sobre las familias inscritas en la nobleza local en el transcurso de los siglos XVII y XVIII atañen con la mayor frecuencia a familias populares.

9 Así, los Arcamone son originarios de Nápoles, donde estaban inscritos en el *Seggio* (la sede) di Montagna : una rama menor descendiente de Andrea Moncello Arcamone, barón de Binetto, se instala en Bari durante la primera mitad del siglo XVI. Una vez perdido el feudo de Binetto y extinguida la rama napolitana, un descendiente, Scipione, vuelve a Nápoles a principios del siglo XVII y solicita ser reintegrado en los honores del *Seggio* di Porto, cosa que el Sacro Regio Consiglio concede en 1612 a sus hijos, Giambattista, Giuseppe y Giovanni en 1612. Esta última rama sobrevivirá hasta la segunda mitad del siglo XVIII, mientras que la de Bari se extinguirá a fines del XVII.

10 Todos los relatos se desarrollan de manera similar, acompañados de indicaciones aparentemente anodinas (distinciones de linajes mayores y menores, feudos poseídos o cargos cubiertos por los miembros de la familia separados de la rama de origen, matrimonios, amistades políticas...) que permiten un análisis profundo de los movimientos migratorios de esta élite local.

11 El cuadro de la página siguiente indica, para cierto número de familias nobles de Bari (exclusivamente de las familias consideradas por V. Massilla, es decir, existentes en los primeros decenios del siglo XVI), las "migraciones" realizadas en otras ciudades del reino o incluso, en algunos casos, de la península italiana.

12 Es posible hacer una primera distinción cronológica fundamental entre el siglo XV y la mitad del XVII, por una parte, y entre la segunda mitad del XVII y el XVIII, por otra. Durante el primer periodo, la movilidad y la instalación de nuevas ramas de las familias en otras ciudades parecen de envergadura, ligadas a causas multiples sobre las cuales volveremos más tarde pero que ponen en juego mecanismos profundos de funcionamiento del propio "sistema" familiar ; el segundo periodo, al contrario, está mucho más caracterizado, pero no exclusivamente, por una movilidad de individuos que se desplazan sobre todo en función de los cargos administrativos que ocupan y a veces se instalan definitivamente en su lugar de trabajo.

La movilidad de las familias nobles de Bari (siglos XV a XVIII), según V. Massilla y F. Bonazzi

Familias	*Migraciones*
Chiurla	"Dividida en dos ramas, una permanece en Bari y la otra pasa a Giovinazzo, al que está adscrito Patriziato. La rama de Bari se extingue hacia fines del siglo XVI. La de Giovinazzo… obtiene, en 1724, ser integrada de nuevo a la nobleza de Bari. Esta agregación, que el Concilio Colateral declaró que debía considerarse reintegración, se extendió después a los Chiurla que vivían en su feudo en tierra de Otranto."[5]
De Rossi	Originaria de Florencia. Reintegrada en 1704 a la "nobleza" florentina.
Lamberti	Originaria de Bolonia.
Affatati	Originaria de Cremona, pasando por Modugno. Ramas establecidas en Barletta y en Monópoli. La rama de Bari habiéndose extinguido, V. Massilla expresaba el deseo: "Podría ser que alguno de sus hijos haya vuelto a su antigua patria."[6]
Carducci	Originaria de Florencia. Ramas en Ostuni ("Luigi se trasladó a Ostuni, de donde con el paso del tiempo sus descendientes volvieron a Bari") y en Tarento.
Arcamone	Originaria de Nápoles. Reintegrada al *Seggio* di Porto en 1612.
Gerondi	Originaria de Squillaci, pasando por Monópoli.
Tresca	Originaria de Giovinazzo.
Taurisani	Una rama en Giovinazzo; los descendientes en línea femenina son agregados, en 1724, a la nobleza de Bari.
Charis	Ramas en Bitonto, Tarento y Tricarico.
Carettoni	Originaria de Pesaro, pasando por Bitonto.
Ventura	Originaria de Salerno/Lecce/Palmarice, pasando por Modugno luego Giovinazzo. Ramas en Tarento y Trani.
Reina	Originaria de Milán.
Boccapianola	Originaria de Nápoles. Vuelve a Nápoles en el siglo XVIII.
Opulo	Originaria de Ostuni.
Massilla	Originaria de Atella en Basilicata.

NOTE 5 : *CRONACA*…, P. 11.
NOTE 6 : *IBID.*, P. 17.

13 Las familias Boccapianola y Palumbo tienen, entre el siglo XV y el XVIII, diferentes trayeetos pero que son representativos de los mecanismos de clasificación y/o de ascenso social que caracterizaban a la sazón a las élites locales y que, en segundo piano, se implantan sobre la relación jerárquica entre la capital del reino —Nápoles— y las pocas ciudades de provincia —Lecce, Bari, Tropea, Tarento, Brindisi, Capua— que alardean todavía de la existencia de un *seggio* noble.

14 Los Boccapianola son una familia muy antigua de Nápoles —los orígenes conocidos se remontan al periodo normando— inscrita en el *Seggio* di Capua, que se divide hacia la mitad del siglo XV en dos ramas principales : una, la mayor, descendiente de Francesco, se queda en Nápoles en donde se extinguirá en 1637, y la otra, la menor, descendiente de Berteraimo que casa un hijo, Nicola, y un sobrino, Lorenzo, con hijas de familias nobles de Bari. Lorenzo se establece definitivamente en Bari en 1503 y es admitido inmediatamente en los honores del "patriarcado" local (término impropio en realidad, puesto que las ciudades de la Italia del sur, que no tuvieron como las del norte una fusión de los "nobles" y de los "populares", no tienen patriarcado). En el siglo XVIII, su descendiente, Nicola, vuelve a instalarse en Nápoles, pero la extinción de la familia en las hijas no le deja tiempo para obtener su reintegración a la nobleza napolitana. Sin embargo, ese juego del "retorno" de los hijos menores a la nobleza de la gran ciudad de origen de la gran familia será efectivamente realizado por muchos otros descendientes instalados en Bari : así, los De Rossi obtienen su reintegración a la "nobleza" de Florencia en 1704, mientras los Bonazzi hacen lo mismo en Bérgamo, en 1780...

15 La expulsion de los linajes menores hacia ciudades de provincia y hacia noblezas de nivel inferior, seguida de su eventual retorno en caso de extinción de la rama mayor, no tuvo nada de excepcional en los siglos XV y XVI : la historia de las grandes familias napolitanas está llena de ejemplos de este tipo de cambios de posición social hacia los *seggi* nobles de provincia. El problema es que, a menudo, estando asegurada la continuidad en línea directa de la familia, se tiende rápidamente a "olvidar" a esos primos "venidos a menos"... Así, Tarento, que había recibido hacia 1310 a una rama de los Ayello de Salerno/Nápoles y hacia 1400 a un linaje secundario de los Alagno de Amalfi/Nápoles, a principios del siglo XVI admite en las filas de la nobleza a una rama de los Aquino de Benevento/Nápoles y a un Capece de Nápoles y, a principios del XVII, a un Afflitto de Amalfi/Nápoles.[5]

16 La historia de los Palumbo ilustra un trayecto exactamente opuesto al de los Boccapianola. Originario del pequeño centro de Senise, en Basilicata, el doctor en leyes Giovanni Palumbo, precedido por una buena reputación de jurista, pasa, en 1530, de Padua, en donde hizo sus estudios, a Bari, donde casa con una Fanelli, matrimonio que le permite integrarse inmediata y oficialmente a la nobleza de Bari. Después de él, su familia se divide en dos ramas que siguen residiendo en Bari hasta fines del siglo XVI, donde ocupan, uno tras otro, puestos importantes (ocuparán varias veces el cargo de alcalde de los nobles). Un miembro de la segunda rama, Orazio, adquiere el cargo de guardia de la marina de Tarento, a principios del siglo XVII. El matrimonio con Virginia dei Conti Sangiorgio, représentante de una familia noble de Lecce, permite a sus descendientes trasladarse a esta última ciudad y ser inscritos en la nobleza (primera mitad del siglo XVIII). El ascenso social se corona, en 1792, con el matrimonio del primogénito, Giovan Domenico, con una inglesa, Elisabeth Dichenson. Transfieren su residencia a Nápoles, donde sus descendientes obtendrán la ciudadanía napolitana. En este caso, no hay retorno a Bari, donde el último descendiente de los primos se extinguió a mediados del siglo XVII ; cada etapa migratoria de la familia marca un grado preciso en el ascenso social, mediante la inscripción progresiva en noblezas cada vez más prestigiadas, antes del último paso por Nápoles. Este "ascenso" hacia Nápoles no lleva más que rara vez, en los siglos XVI a XVIII, a la inscripción de la familia en los *seggi* nobles de la capital ; en la mayoría de los casos la inscripción en la nobleza *fuori piazza* (fuera del núcleo) de Nápoles constituye un logro y una coronación definitiva : la rama mayor de los Mazzachera obtiene una inscripción así a principios del siglo XVIII, los Zeuli en 1772, mientras que los Tanzi, probablemente con miras al mismo resultado, casan, en el siglo XVIII, a varias hijas con nobles *fuori piazza* de Nápoles...

17 Habiendo expuesto estas consideraciones, cabe aportar ahora cierto número de precisiones.

18 1] Los comportamientos y los resultados positivos o negativos obtenidos en el curso de los siglos XVII o XVIII por las familias que hemos considerado (Tanzi, Palumbo, Mazzachera, Zeuli, Boccapianola) son la consecuencia de una estrategia compleja de división, de segmentación de los linajes en multiples ramas y de la implantación sistemática de algunas de ellas en otras ciudades en busca de una nueva fortuna y de una nueva política matrimonial. Al describir el éxito de la familia Ventura a principios del siglo XVI, Vincenzo Massilla expone en realidad una regla de comportamiento y de división de los linajes a la sazón casi general en las familias de las élites del reino de Nápoles —y probablemente más allá de la península italiana en conjunto— : "En el año del Señor de 1497, el finado Magnífico Spinetta Ventura, hijo segundo nacido del baron de Palmerice

en tierra de Otranto, no teniendo nada más que la capa y la espada y setenta ducados de *vita milizia* (pago militar) al año, vino de Lecce primero a la tierra de Modugno y se desposó con la única hija del finado Pietro della Rizza que aportó doce mil ducados de dote" *(op. cit.,* p. 27).

En el caso del gran burgo de Casalnuovo, situado entre Trento y Lecce, que hemos podido estudiar con extremada precisión en todo el periodo que va de mediados del siglo XV al final del XVIII, este mecanismo de separación y de descenso en la posición social progresivo de ciertos linajes menores se presenta, en las familias de la élite (Pasanisa, Giustiniani, Bruno, Di Donno), como un comportamiento dominante hasta las primeras décadas del siglo XVII. Está ligado, por supuesto, a una práctica sistemática de matrimonio del conjunto de los hijos, moderada solamente por el ingreso, en general del hijo mayor (y no de los menores, como ocurrirá en la segunda mitad del siglo XVII y en el XVIII, después de la introducción y la generalización de la primogenitura en dichas familias), a la carrera eclesiástica o a la militar, aunque más raramente, y, por tanto, al celibato definitivo, lo que entre otras cosas tiene como consecuencia el favorecer la extinción de los linajes mayores y el "ascenso" social periódico de los linajes menores.[6] Aquí también, la jerarquización que se impone progresivamente conlleva a menudo la partida de los représentantes mayores o menores, según el caso y según la "fortuna" de la familia en conjunto : así, un linaje mayor de los Pasanisa emigra, a fines del siglo XVI, al gran centro vecino de Francavilla Fontana, en donde se ha instalado el nuevo y poderoso feudatario de la región, el marqués Imperiale, de origen genovés, dejando de esa manera el lugar libre a la rama menor de Horatio Pasanisa que en el piano local experimenta entonces notable éxito político y social. En cambio, los Di Donno, numerosa y poderosa familia en dificultades, expulsan sistemáticamente a sus menores y se reducen rápidamente a un sólo linaje principal.

19 En el burgo que nos ocupa, durante todo el siglo XVI y el XVII se establecen miembros de poderosas familias, recién llegados de las ciudades vecinas. Es el caso, por ejemplo, de los Giustiniani originarios de Francavilla, a principios del siglo XVI, de los Saetta de Lecce, a mediados del siglo, y de los Arno de Nardo en las primeras décadas del XVII. No sabemos en este caso si se trata de menores —aunque ciertas ramas siguen existiendo en sus lugares de origen—, pero sabemos que llegan a Castelnuovo a ejercer actividades mercantiles (los Saetta venden trigo) o administrativas (los Arno son capitanes del feudatario), que son admitidos inmediatamente y sin dificultad en la "nobleza" local y que ocuparán todos ellos cargos políticos importantes, en particular el de alcalde de la región. La migración de esas élites está pues también ligada a las facilidades de inserción y a una relativa apertura de las noblezas, apertura que, como veremos, va a desaparecer progresivamente en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVI y de la primera mitad del XVII, provocando una modificación radical de los mecanismos generales de movilidad.

20 En un reciente estudio sobre la familia Tontoli de Manfredonia, A. Ciuffreda pone bien en evidencia, de una vez, las estrechas relaciones de solidaridad y las diferencias jerárquicas impuestas entre las dos ramas de la familia, durante la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII. Mientras la rama mayor, descendiente de Ludovico, alcanza rápidamente un alto nivel de prestigio y de poder, obteniendo repetidas veces, para Annibale y luego para su hijo Ludovico, el cargo de alcalde de la ciudad y colocando, sobre todo a tres miembros de la familia (dos hermanos y un hijo del mismo Ludovico el mayor), en el rango de arzobispo ; la rama menor, descendiente de Mario., a pesar de conservar un nivel social envidiable, se encuentra, sin embargo, muy pronto en desventaja con respecto

a la rama de Ludovico el joven. Las carreras eclesiásticas no van más allá del marco estrictamente local de Manfredonia ; y si bien hay algunos matrimonios con hijos e hijas de alcalde, ningún hombre de esa rama llegará a ser alcalde, lo que deja suponer una integración al *ceto* popular. Finalmente, los bienes feudales se concentran enteramente entre las manos de la rama de Ludovico, mientras que la rama de Mario debe "contentarse " con bienes patrimoniales usurpados a la ciudad y de propiedad incierta. Esta situación se transformará, después, en un elemento de superioridad para la rama menor.

21 En el siglo XVIII, las dos ramas de la familia inician una carrera "administrativa" característica de la nueva realidad politicosocial de este periodo : Francesco Tontoli, hijo del barón Oronzo (de linaje mayor), llega a ser gobernador de Otranto en 1744 (cargo en el que sucede a su primo Nicola, de linaje menor). Pero si bien el linaje menor parece haber alcanzado un nivel de fortuna tan importante como el del mayor, este último, fuerte quizá por su título nobiliario, no deja de conservar "la iniciativa" en cuanto a la movilidad social. Francesco y su hermano Andrea se instalan definitivamente en Nápoles hacia 1750. Andrea llega a ser abogado y, luego, como heredero de la familia, alcanza el rango de Consejero del Sacro Regio Consiglio, obtiene un título de marqués e inicia una carrera de noble napolitano que terminará con su muerte en 1802 y la extinción de la familia.[7]

22 Como puede verse, los casos individuales pueden ser extremadamente variados y hay que evitar por ello cualquier esquematización; pero, más allá de las estrategias coyunturales que animan a cada familia en particular, nos topamos de todos modos con el "juego" fundamental de la jerarquización, de la división de los papeles entre las diferentes ramas de un mismo linaje.

23 2] En el caso de Bari, si bien algunas familias logran asentarse socialmente en la capital, no por ello es menos cierto que en esencia las relaciones se establezcan, desde el punto de vista geográfico, con los centros vecinos y que las estrategias se limiten, en la mayoría de los casos, a consolidar la inserción de una o varias ramas nuevas en una de las *piazze* vecinas (en particular Giovinazzo, pero también Bitonto, Monópoli o Molfetta) con el fin de obtener puntos de apoyo políticos y económicos locales y permitir la reintegración de la familia a Bari en caso de extinción de la rama que allí reside. Así, los Chiurla se dividen en dos linajes, uno en Bari, que se extingue a fines del siglo XVI, y otro en Giovinazzo, que será nuevamente admitido en el *Seggio* di Bari en 1724, admisión que será considerada una reintegración. Los Volpi, originarios de Como, se habrían trasladado a Bari en la segunda mitad del siglo XV ; pero en 1480 Guglielmo abandona la ciudad huyendo, dicen las crónicas, de la peste (¿o expulsado por las familias dominantes ?) y se instala en Bitetto, donde sus descendientes permanecen durante el resto del siglo XV y todo el XVI. A principios del siglo XVIII, Giuseppe Volpi quiere llevar de nuevo a su familia a Bari y pide ser reintegrado a la nobleza de la ciudad. Pero los tiempos han cambiado ; la nobleza se ha cerrado y la *serrata* del Gran Consejo de 1570 decretó obligatorio el registro de las familias nobles y populares en Libros de Oro, con la intención precisa de limitar lo más posible toda nueva agregación. Toda familia no inscrita en esa fecha —y es el caso de los Volpi— encuentra efectivamente muchas dificultades para forzar la barrera. La pétición de Giuseppe Volpi es rechazada por el conjunto de la nobleza de Bari y sólo un decreto del emperador Carlos VI doblegará su obstinación.

24 Los Ventura, ya citados, emigraron de Modugno a Giovinazzo y de allí a Bitonto y a Bari y fueron inscritos en la nobleza de cada uno de estos centros. Los Sagarica, de origen catalán, llegados al reino en el séquito de Gonzalo Fernández de Córdoba, pasaron sucesivamente de Barletta a Giovinazzo en 1520, para dividirse luego en dos ramas, la de

los barones de Loseto y la de Bari (que se instala allí gracias al matrimonio con una Chiara Lamberti) ; en cada ocasión son agregados al *seggio* de cada una de las ciudades.

25 Localmente se establecen así verdaderas "redes" geográficas de movilidad de las élites, sancionadas a veces por la existencia de privilegios de hecho o de derecho entre las diferentes comunidades, redes que representan, en el sur de Italia, el resultado "abortado " y la última fase, durante el periodo moderno, del sistema medieval del *contado* (aldeas y villorrios cercanos a una ciudad). El caso más notorio es sin duda alguna el de Nápoles, donde, en virtud de privilegios muy antiguos, se otorgaba automáticamente la ciudadanía napolitana a las personas originarias de la costa de Amalfi (ducado de Amalfi) que hacían la solicitud (siempre que residieran en Nápoles y hubieran obtenido la emancipación de poder paterno), mientras los otros habitantes del reino tenían que soportar un largo y difícil proceso coronado por lo general con una estrategia plurigeneracional de la familia (matrimonio con una napolitana, nacimiento de los hijos en Nápoles) para obtener el mismo resultado. En un estudio reciente sobre los procesos de ciudadanía en Nápoles, Piero Ventura[8] mostró perfectamente esas diferencias de trato según el lugar de origen y cómo, entre los que lograban la aceptación de su solicitud de inscripción, proporcionalmente eran más las personas originarias de las regiones aledañas a Nápoles. Todo esto no hace más que confirmar los datos más antiguos y más generales sobre la emigración hacia Nápoles proporcionados por C. Petraccone : de los 6 531 inmigrantes que llegan a la ciudad entre 1 647 y 1 656, 3 699, es decir, el 56.8 %, son originarios de los *casali* y de las provincias vecinas de Terra di Lavoro y de Principato Citra y Ultra.

26 La importancia de las relaciones con los centros caracterizados por la existencia de los *seggi* es évidente : 120 personas provienen de Nola, 116 de Sorrento, 80 de Massalubrense, 104 de Amalffi, 137 de Cava dei Tirreni, 83 de Salermo... Puede hacerse la misma observación para las zonas de procedencia más alejadas de la capital : para la tierra de Bari, de 169 personas inmigradas a Nápoles 54 proceden de la misma Bari y 24 de Barletta ; para la tierra de Otranto, de 95 inmigrados 40 proceden de Lecce y 20 de Tarento, y finalmente para Calabria Citra, 61 de los 147 inmigrados son originarios de la ciudad de Cosenza.[9]

27 3] En el piano jurídico, la jerarquía entre las diferentes comunidades es muy precisa hasta finales del siglo XVIII. En 1795, todavía, Giuseppe Maria Alfano, en su descripción histórica del reino de Nápoles,[10] divide escrupulosamente las poblaciones en *città* (ciudad), *terra* (tierra), *villaggio* (pueblo), *borgo* (burgo), *casale* (caserío), *villa* (villa) y *castello* (castillo). Dentro de cada gran grupo una serie de distinciones internas créa una jerarquía más entre los diferentes centros : así para las ciudades, las *città arcivescovile regie* (ciudades reaies sede de un arzobispado) representan el nivel más alto ; les siguen las *città vescovile regie* (ciudades reaies sede de un obispado) ; luego las *città vescovile baronale* (ciudades dadas en feudo a un barón y sede de un obispado) ; las *città regie* (ciudades reales) ;y las *città baronale* (ciudades dadas en feudo a un barón). Cada definición corresponde a una construcción administrativa, social y política precisa : así, las ciudades están gobernadas por un sistema oficial de *ceti* (nobles y populares), lo que no ocurre para las tierras o los pueblos, donde estas distinciones existen de hecho pero no de derecho. Cuando, después de haber pasado a ser patrimonio real, Manduria obtiene, en 1795, el título de *città,* la municipalidad redacta inmediatamente unas listas oficiales de las personas pertenecientes al primer y al segundo *ceto* (nobles vivos y populares), lo que nunca antes se había hecho, cuando la comunidad no era más que una tierra. El conjunto de la clase dirigente del pueblo cruza, en bloque, un nivel importante de un *cursus honnorum*

complejo y largo. Para continuar, el noble que vive en Manduria deberá, eventualmente, trasladarse a Brindisi, donde también será inscrito entre los nobles vivos pero que ya no representan aquí el *ceto* noble sino el popular ; deberá después, siempre en Brindisi, pasar de los populares a los nobles, y de allí, eventualmente, a los nobles de Lecce y finalmente, por qué no, a la nobleza *fuori piazza* de Nápoles... A la inversa, el menor de una familia noble de Brindisi que se instalara en Lecce podría encontrarse entre los populares de esta última ciudad, mientras que el menor de una familia popular que fuera a instalarse a Manduria sería recibido casi automáticamente entre los "nobles" de la ciudad...

28 Hay, en realidad, tantas noblezas como ciudades, sin que ninguna sea igual a la otra pero todas dominadas por la nobleza de Nápoles a la que todos aspiran. Todo ascenso social es un "recorrido", y también un recorrido geográfico entre esos diferentes niveles de nobleza.

29 4] Entra en juego toda una serie de factores extremadamente heterogéneos, que van de las cualidades personales de cada uno de los individuos involucrados al éxito o el fracaso de una táctica política y militar, a las intrigas de palacio y, por qué no, de alcoba... en una palabra, acontecimientos que habrán de hacer que el recorrido seguido por tal o cual familia sea más o menos largo, generación tras generación, pasando por todos los grados del ascenso social o, al contrario, logrando saltarse las etapas. Las hazañas militares todavía representan, hasta el siglo XVI, un papel importante en este sentido ; pero el camino más seguro es lograr colocar por lo menos a un miembro de la familia en los más altos niveles de la jerarquía del Estado o de la Iglesia. Cuando Rocco Stella —representante de una pequeña familia noble que después de haber ido de ciudad en ciudad se había inscrito en la nobleza de Modugno— llegó a ministro y consejero del emperador Carlos VI a principios del siglo XVIII, todos sus parientes cercanos y sus aliados alcanzan rápidamente niveles sociales superiores : su padre, Nicola Francesco Stella, queda admitido en la nobleza de Bari en 1710 ; su sobrino Pietro adquiere el título de Marqués de Torre Ruggiero y se ve admitido en el *Seggio* di Montagna de la nobleza napolitana ; su primo hermano Giambattista se convierte en arzobispo de Tarento, mientras que otro primo, Giuseppe, adquiere un título de conde. Ni siquiera los hijos de su hermana, Anna de Copons, esposa del marqués de Sant'Eramo, quedan olvidados, puesto que tienen acceso al mayorazgo fundado por Rocco...

NOTAS

1. Jane y Peter Schneider, *Culture and Political Economy in Western Sicily,* Nueva York/San Francisco/Londres, 1976. Julian Pitt Rivers, *Il popolo della sierra*

2. Archivos Comunales de Manduria, *Libro magno delle famiglie di Manduria,* 2 vols.

3. Archivio di Stato di Napoli (ASN), Fondo Farnesiano, Altamura, *Corrispondenza cogli administratori.*

4. Vincenzo Massilla, *Cronaca delle famiglie nobili di Bari scitta nell'anno MDLXVII,* a cura di Francesco Bonazzi, Nápoles, 1881.

5. D.L. de Vincentis, *Storia di Tarento,* 1878.

6. Gérard Delille y Antonio Ciuffreda, "Lo scambio dei ruoli : primogéniti-e, cadetti-e tra '400 e '700 nel Mezzogiorno d'Italia", *Quaderni Storici,* núm. 83, agosto de 1993, pp. 507-525.
7. Antonio Ciuffreda, "...A tre giomi di camino da Napoli. L'ascesa di una famiglia patrizia di Capitanata : i Tontoli di Manfredonia tra XVI e XVIII secolo", *Mélanges de l'École Française de Rome, Italie et Méditerrannée,* 103, 1,1991, pp. 165-216.
8. Piero Ventura, "Governo urbano e privilegio di cittadinanza a Napoli nella seconda metà del Cinquecento", tesis de doctorado en investigación sobre la historia de la sociedad europea, Florencia-Pisa, 1993.
9. Claudia Petraccone, *Napoli...,* op. cit.
10. *Giusepe Maria Alfano, Istorica descrizione del Regno di Napoli diviso in dodici province, Nápoles, 1795.*

AUTOR

GÉRARD DELILLE

CNRS/EHESS, París/Roma.

Comunidad ciudadana, territorio urbano y prácticas sociales

Bernard Lepetit

1 Note portant l'auteur[1]

2 En 1992, la revista del Instituto Mora de Mexico aceptó publicar un texto consagrado al mismo tema que hoy nos ocupa. Una parte de su título sugería la vision panorámica que me parecía útil para una mirada a distancia : "veinte años de investigaciones".[2] Lo más probable es que dos años suplementarios de investigación modifiquen poco un cuadro presentado en la misma escala cronológica. Por ello me pareció preferible, para no repetirme, tomar un camino diferente y sin duda más arriesgado. Mi ambición es situarme en el extremo de los desarrollos historiográficos recientes, para hacer una especie de historia inmediata que empezaría a principios de los años noventa y terminaría con los trabajos apenas emprendidos hoy. Esto me obliga a renunciar a toda ambición de exhaustividad en beneficio de una selección de investigaciones muy restringida. Los trabajos escogidos lo han sido menos por su representatividad con respecto a la producción global que por su capacidad demostrativa. Por otra parte, a menudo he preferido, por las capacidades de desplazamiento que tienen, investigaciones al margen de una historia urbana francesa estrictamente definida, ya sea referentes a sitios extranjeros, ya sea que provengan de investigadores extranjeros o que hayan sido elaboradas en otros campos disciplinarios. En su totalidad, se entiende que la empresa está expuesta a todos los peligros de la ausencia de distancia interpretativa y a todos los riesgos de una desmentida por parte de la evolución real de la investigación en los próximos meses.

LA COMUNIDAD EN CUESTIÓN

3 ¿Por que no partir, para sugerir las características del "momento historiográfico urbano" de hoy, de un texto que no tiene nada que ver con la producción historiográfica pero que puede considerarse la expresión de una mezcla de conocimiento común y de inquietud

del Estado : la historia, lo sabemos desde Lucien Febvre por lo menos, es hija de su tiempo. Del debate dedicado en 1992 a la política de la ciudad en la Asamblea Nacional podemos extraer algunas palabras pronunciadas por el ministro. Retórica obliga : al denunciar el modo de proceder de sus predecesores va trazando el campo de las intervenciones necesarias. Según esta retórica, la política de la ciudad "se ha estancado en un enfoque categorial, parcelario, mientras que la vida de un joven en la ciudad depende de la armonía de su familia, de sus condiciones de alojamiento, del acceso a la atención, de la educación y de las posibilidades de distracción".[3]

4 He aquí el resumen de un saber social : en terminos de conocimiento como en terminos de acción, la ciudad necesita no solo enfoques coordinados sino una aprehensión sintética ; la ciudad y la sociedad son dos realidades coextensivas : la cuestión urbana y la cuestión social, inventadas sucesivamente, se superponen ahora perfectamente. La ciudad es un eufemismo para todas las dificultades del momento tomadas en conjunto. Quiero sugerir aquí que en la historia de las ciudades, de la Francia moderna en particular, obra el mismo repliegue : la cuestión urbana se suma a la cuestión social. Los interrogantes sobre la naturaleza del lazo social y de la identidad ocupan las primeras líneas de su programa de investigación. Esos interrogantes no son nuevos, por supuesto, pero en mi opinion han invadido casi todo el campo y se plantean en terminos renovados que transforman su sentido. Para tratar de establecer este sentido partiré de un *corpus* compuesto de dos libros publicados respectivamente en 1990 y 1993 y de dos coloquios que tuvieron lugar en París en marzo de 1992 y en octubre de 1993 ; ni los sitios estudiados en ellos ni los investigadores involucrados se encuentran todos acantonados en las fronteras de Francia. [4]

5 Sabemos que las sociedades urbanas del periodo preindustrial son sociedades mezcladas. Las tasas elevadas de mortandad urbana y las modalidades del funcionamiento del mercado de empleos son taies que el crecimiento o incluso simplemente el mantenimiento del nivel de su población presuponen la existencia de flujos migratorios permanentes. La importancia de los flujos de inmigrantes radica, durante toda la época moderna, en la dimensión de la ciudad y de sus actividades. Los flujos de emigrantes parecen estar más ligados a la coyuntura económica corta. En el cruce de esos trayectos multiples, la ciudad moderna es una encrucijada en la que se reúnen poblaciones más estables y poblaciones más móviles con recorridos y proyectos varios. Por simple efecto demográfico y por pura necesidad económica, las sociedades urbanas son sociedades plurales en las que la cuestión de las identidades y de las identificaciones se plantea de manera más aguda que en las sociedades rurales más mayoritariamente arraigadas. La historiografía ha abordado sucesivamente la cuestión de dos maneras. Al proyectar sobre las sociedades urbanas del pasado categorías analíticas predeterminadas, órdenes o clases, el enfoque estructural la resolvía de un golpe. Enfoque objetivista, convertía a los grupos sociales en categorías naturales, reconocibles por una serie de indicadores fácilmente acumulables puesto que eran concordantes : tener el mismo nivel de fortuna y la misma ocupación o casarse dentro del mismo círculo significaba tener mayoritariamente (la mayoría haciendo a la vez de número y de ley) las mismas creencias y los mismos comportamientos. La asignación de identidad era fácil puesto que bastaba que un individuo poseyera ciertos criterios para que pudiera ser designado a un grupo. La estima o bien la posición socioprofesional constituían los principios alternativos fundamentales para la clasificación, haciendo caso omiso de la movilidad o del arraigo local : se era oficial o negociante y no parisino, picardo o suizo, foráneo o nativo del lugar.

6 En un segundo tiempo, la distancia se tomó en cuenta, pero llevó, casi dijéramos espontáneamente, a considerar que las poblaciones estables eran las únicas detentadoras de una "identidad urbana". El postulado no se desplegaba, pero podía deducirse por la orientación de los cuestionarios. En el extranjero, más que en Francia, tal vez porque en este reino ese tipo de control le correspondía generalmente más bien al Estado que a las autoridades municipales, se realizaron diversas investigaciones sobre el control de los flujos de inmigrantes, sobre las políticas restrictivas de integración, sobre las modalidades de adquisición de un derecho de burguesía asimilado a la identidad urbana. En Francia, más que en el extranjero, tal vez debido a la importancia que damos los franceses a la historia de las mentalidades, el análisis de las desviaciones de comportamiento (demográfico a menudo gracias a las facilidades ofrecidas por los registros parroquiales) iba acompañado de un estudio de su reducción realizado en terminos de aculturación, es decir, de la asimilación, por parte de las poblaciones inmigradas, de los valores y de las costumbres de los citadinos. En un encuentro organizado en 1982 en Gotinga se señalaron los primeros límites de semejante concepción dicotómica del mundo urbano.[5] ¿Cuál puede ser esa norma local, que se supone que debe constituir el horizonte de todo proceso de aculturación, cuando una proporción siempre considerable (y a veces mayoritaria) de individuos recién llegados viene a agregarse a las poblaciones ciudadanas ? ¿Y cuál es la unidad de la ciudad ? El trabajo, el matrimonio, la vecindad, las instituciones de sociabilidad forman otros tantos canales por los que los inmigrantes se insertan en la ciudad. Pero su significado es ambivalente : muchos de ellos aumentan en gran parte las redes migratorias. Además, en tanto que normas urbanas, ¿no son susceptibles de vehicular y reproducir comportamientos anteriores a la migración ? ¿Cómo, entonces, suponer un movimiento en sentido único (teleológico en su tendencia a asimilar urbanización, urbanidad y progreso) de difusión de normas sociales ? ¿Se puede acaso, en fin, suponer una "identidad migrante" cuando difieren los sistemas de referencia, las aspiraciones y los proyectos, la memoria familiar, la naturaleza del espacio urbano de inserción de cada uno de los recorridos individuales y familiares ? En su globalidad, el concepto de inmigración es muy poco operante.

7 Precisamente la intención del libro de Etienne François, quien antes fue el iniciador del coloquio que acabamos de analizar, es encontrar en su trayecto los límites de ese tipo de enfoque estructural. Recordare brevemente la problemática. Debido al dualismo confesional, por una parte, y a la excesiva fragmentación política, por otra, los ciudadanos alemanes del periodo moderno tienen una experiencia muy particular de la alteridad : "el *otro* no era tanto el extraño desconocido, inaccesible y fantasmagórico, como el vecino cercano, frecuentado e igual aunque diferente".[6] De lo que se trata es, pues, de saber lo que fabrica y marca la diferencia entre los católicos y los luteranos que pueblan, animan y gobiernan juntos Augsburgo. En la prolongación de la historia social de los años precedentes se buscaron primero criterios objetivos de diferenciación. Pero los comportamientos demográficos arrojan, en lo que concierne a los ritmos estacionales de matrimonios, a las tasas de fecundidad o a los niveles alcanzados por la ilegitimidad, "tres ejemplos de indiferenciación confesional". El análisis socioprofesional desemboca en los mismos resultados aparentemente decepcionantes : la distribución de las profesiones u oficios que ejercen protestantes y católicos hace aparecer "diferencias sin oposición", y " la imbricación de los niveles de riqueza" no aumenta en nada la oposición confesional. En su diversidad misma, los dos grupos son más parecidos que diferentes. Resumiendo la situación, quizá la observación de la localización geográfica de los contribuyentes subraye

"el rechazo de los guetos" y la predominancia de las situaciones de interpenetración. Surge de ahí la necesidad de un cambio de perspectiva, que "invierta el acercamiento inicial", lo que lleva a preguntarse : "¿Cómo es que católicos y protestantes vivían juntos dentro de la diferencia y a pesar de ella ?"[7] Hacer la pregunta es pasar de un enfoque objetivante a un enfoque subjetivista, de un análisis de tipo estructural a un análisis fenomenológico. Más que buscar los criterios que establezcan distancias entre las dos comunidades, conviene prestar atención a las prácticas y a lo imaginario que fabrican y perpetúan la diferenciación.

8 El encuentro dedicado en 1992 a la historia social de las ciudades de la Europa medieval y moderna se refería con las mismas palabras —"invertir la perspectiva"— a la misma renovación historiográfica. El texto del llamado de ofertas, que sigue inédito, partía de una observación. Existe, en la ciudad de Antiguo Regimen (como en la ciudad de hoy, evidentemente, aunque los elementos difieran en parte), una larga lista de referencias posibles para la constitución de las identidades urbanas : el sexo, el grupo de edad, la familia, la "comarca" (para los migrantes originarios de un mismo lugar), el barrio, el oficio, el orden, las instituciones de poder urbano (civil, militar o religioso), la religion, las hermandades diversas... Esta observación sugería una hipótesis y un método de trabajo. Hipótesis : la multiplicidad de las identificaciones posibles constituye para los protagonistas una gama de recursos movilizables según las circunstancias y garantiza a la sociedad un juego que le permite adaptarse casi permanentemente, sin interrupción, a las variaciones de la coyuntura. Metodo : interesarse en las redes, en las estrategias, en las situaciones con las que los protagonistas, bajo presión, activan y dan significado a sus multiples identidades. No es necesario insistir aquí en la relación de estas proposiciones con las de la sociología de las redes, de la sociología goffmaniana de las funciones o de la pragmática social.[8]

9 En la conclusión del libro de Etienne François, intitulada "L'estranger de l'interieur" y elaborada sin interferencia con el coloquio, encontramos una de las mejores respuestas al programa de trabajo de este último. Sin duda, y de manera más realista, sus análisis son más sensibles a las presiones que recaen sobre los agentes que a la gama de posibilidades que se les ofrecen. Es útil retomar sus principales elementos. En Augsburgo, evidentemente una identidad domina a las demás y es de naturaleza confesional. Y no es porque rija sobre las verdades eternas o los fines últimos del hombre. Al contrario, su fuerza estriba en que se duplica en las dos esteras de identidad mundanas : el espacio público, por una parte, y el espacio familiar. Debido a la igualdad, esta particularidad institucional que desde 1648 coloca a católicos y luteranos en perfecta igualdad de derechos y de poderes, la pertenencia confesional es el elemento esencial de identidad pública, es decir, de la participación en los negocios, de cada habitante de la ciudad. Debido a la extrema rareza de los matrimonios mixtos, que forma parte de las prácticas de grupo destinadas a perpetuar la diferencia, y a la clara separación de las redes familiares (los luteranos, marcadamente augsburgueses y endógamos ; los católicos, de origen rural, más inestables y menos apiñados), la identidad familiar y la identidad confesional se ven reforzadas.

10 Esta fuerte pertenencia de identidad de las dos comunidades frente a frente se expresa en la puja demostrativa. Las ceremonias religiosas constituyen otras tantas expresiones colectivas y exteriorizadas de la frontera entre los dos grupos en el espacio público. En este marco, la fuerte tradición de teatralidad de los enfrentamientos (que no degeneraron en motín sangriento más que una sola vez, en 1718) pierde progresivamente el significado

religioso que tenía al principio, para ya no tener otro sentido más que el de afirmación de identidad. La multiplicación de marcas de distinción no se limita a la estera de lo sagrado sino que se extiende al arreglo de la vivienda y a la decoración de las fachadas, pasando por la indumentaria femenina, así como a multiples aspectos de la cotidianeidad profana, lo que muestra la interiorización de la identidad específica en la mayoría de los católicos y de los protestantes. En Augsburgo —retomando las palabras de un viajero alemán de los años 1780— se es papista o luterano "al cubo".[9] Mientras tanto las guerras de religión han terminado, por varios motivos que ya hemos sugerido. La pertenencia a una identidad religiosa no se reproduce en todas las esteras de la vida social : no existen ni oficios ni barrios confesionales que pudieran reforzar fronteras agregando exclusiones territoriales o económicas. Por el contrario, existe otra identidad que católicos y protestantes comparten, la que organiza la paridad y que cabría esperar, dada la débil diferenciación socioprofesional de los dos grupos, en el orden de los intereses materiales : la comunidad urbana misma. ¿Será una manera de reintegrar, contra los grados de libertad de las relaciones sociales, el determinismo de las estructuras institucionales ? No, sin duda. El principio paritario de regulación del espacio cívico obliga a las dos confesiones a cohabitar en la igualdad y por tanto a definirse permanentemente la una respecto a la otra : refuerza la pertenencia a la identidad. Pero, al mismo tiempo, garantiza la conservación del juego alternativo de "lazos de intereses y de dependencia recíproca, de favores otorgados y de solidaridades de vecindad, marcados por generaciones de práctica paritaria anteriores a la institución oficial de la paridad".[10] Reconoce y perpetúa la pluralidad de los mundos en los que los ciudadanos actúan.[11]

11 La diferencia en las soluciones propuestas por los participantes en el coloquio de 1992 destaca más por ello. Pocas estrategias individuales o de grupos, pocas redes de familia, de vecindad o de oficio, pocos espacios de elección a pesar de las incitaciones de los organizadores del encuentro : las comunicaciones marcan el retorno de las estructuras. Para mostrarlo podemos remitirnos a los textos publicados en los *Annales* bajo el título " Identidades urbanas". Los autores reconocen la multiplicidad de las configuraciones sociales desde el momento en que existen ciudadanos de género, edad, posición familiar, medio, barrio, oficio, rango, pertenencia religiosa o *status* político diferentes. Pero lo que parece urgente desde el punto de vista historiográfico es "definir primero los parámetros fundamentales de la identidad urbana".[12] Contra la historiografía británica dominante, Jonathan Barry rehúsa ver en ella una identidad de clase. La identidad urbana no se refiere ni a una posición económica (el equivalente para la época moderna del " empresario individualista varón" del siglo XIX), ni a una posición social (que se define en Inglaterra en referencia a la aristocracia terrateniente), ni a un rasgo de mentalidad (el individualismo burgués). En cuanto a Robert Descimon, este sugiere que la creación de un sentimiento comunitario urbano no podría ser resultado de prácticas sociales cotidianas. Está en contra de las investigaciones de David Garrioch sobre los barrios populares parisinos de la segunda mitad del siglo XVIII, ya que afirma que el sentimiento de pertenencia colectiva es el producto autosostenido por las relaciones interindividuales en un espacio urbano muy densamente ocupado. Se podría, dice, "reprochar a dicho análisis convincente la espontaneidad que le presta al orden comunitario".[13] La idea de comunidad no sería así familiar a la vida en ciudad durante el Antiguo Regimen. Peor aún, su necesidad misma puede ser dudosa. Contemplemos el caso de Bois-le-Duc, en los Países Bajos, por ejemplo : al establecer que la ciudad del siglo XVIII se presenta "como una sociedad esencialmente fragmentada", sin principio de organización jerárquica entre sus

partes, Maarten Prak cuestióna la identidad urbana de manera radical : "¿Que es lo que impedía la desintegración total de la sociedad urbana del periodo moderno ?"[14] Las respuestas aportadas en 1992 a esas preguntas formuladas de manera angustiada sobre la naturaleza de la identidad ciudadana y sobre la existencia del lazo social son todas del mismo tipo. La comunidad urbana es menos de naturaleza social que cívica. En las ciudades inglesas, "la identidad cívica y burguesa se ha forjado en la voluntad de establecer un diálogo en el seno de la burguesía, precisamente porque esta debía afrontar la amenaza que representaba la inestabilidad urbana y la fragmentación económica y política". El conjunto de las estructuras asociativas tiene mucho de institucional ; la administración local en sus diversos estadios, la iglesia parroquial, los gremios eran los únicos que estaban por trascender las divergencias de intereses, y por combatir los efectos de los flujos de movilidad geográfica, "promover una serie de valores considerados fundamentales para la supervivencia de la sociedad urbana". Su renacimiento, en el siglo XVIII, después de las crisis de la Reforma y de la Guerra Civil, resulta de una lógica social interna ; pero sacados en bloque de organizaciones más antiguas, "reflejan la fuerza de la tradición cívica y de un código establecido de formas asociativas".[15] En otros terminos, el lazo social toma fuerza y se moldea en una red institucional heredada. El orden cronológico no sugiere aquí la lógica de una génesis sino la importancia relativa de los factores.

12 Es otra institución, la milicia burguesa, la que cumple en París esta función integradora. Al dar a los burgueses la policía de las armas, "legitima el poder entre los habitantes" y los hace sufrir una "propedéutica" tal (nótese la fuerza de la palabra) que la "identidad burguesa se alimentaba con este aprendiza-je".[16] La importancia atribuida a este papel es la que lleva a Robert Descimon a proponer una cronología inversa a la que sugería Garrioch. Lejos de reforzarse con el tiempo en las mil batallas cotidianas dadas por los parisinos para ser reconocidos y respetados por sus iguales, el sentimiento de pertenencia comunitaria va disminuyendo durante el Antiguo Regimen. El silencio de la institución, pasado el siglo XVI, reduce la identidad burguesa a su más simple expresión y conduce a la enajenación del pueblo citadino : "Cívicamente, si no es que religiosamente, la historia de la Liga no es la historia de un pueblo enajenado, historia que será la del pueblo parisino de las Luces". En Bois-le-Duc finalmente, Maarten Prak ve encarnar en la figura del burguesa la especificidad urbana de la identidad social : "La fuerza de ese personaje provenía en última instancia de su carácter general y legal, es decir, del hecho de que abarcaba amplias categorías en un marco jurídico claramente definido".[17] El derecho y la institución aseguran la perfecta adecuación entre un espacio (la ciudad) y una comunidad de pertenencia (los burgueses), que fundan la división entre " *the established and the outsiders*", tomando una expresión de Norbert Elias, y regulan las relaciones interindividuales.

13 Así, las normas (en su definición jurídica) y las instituciones (también en su definición jurídica, más que de sociabilidad ; en sus contenidos formales más que en prácticas informales) constituyen para este abanico de trabajos a la vez la matriz de las identidades y la amalgama que mantiene juntas a las sociedades. Podría uno preguntarse cuáles son los motivos de tal retorno (bajo una figura nueva que no pretende contribuir a la historia administrativa sino a la historia social) del análisis de las instituciones y de las reglas de derecho. Sin duda se inscriben en un movimiento más general de atención a las ciencias humanas y al derecho, y en los debates de la ciudad de hoy. Nos contentaremos aquí con indicar que no se trata en historia urbana de un hecho aislado. El coloquio de París, de

octubre de 1993, pretendía verificar una hipótesis : durante el Antiguo Regimen, la práctica de un derecho localizado, la definición legal de un estatuto y la comunidad constituyen en la ciudad niveles superpuestos de la misma realidad, fundadores de distinciones sociales y las pertenencias. A esta misma luz puede leerse el libro de Philippe Guignet dedicado a las instituciones municipales de las grandes ciudades del norte en el siglo XVIII. No son simples engranajes administrativos, ni el lugar del despliegue del *cursus honorum* o de la superioridad de las elites : una historia administrativa de las municipalidades o una sociografía de los funcionarios soslayarían el tema. Las instituciones municipales son la piedra angular de un forma particular (de la región y de la época) de civilización urbana, definida por las modalidades de gobierno, de organización de la economía, de relación social, de participación comunitaria en la estera de lo religioso. Los magistrados, es decir, los servidores públicos, son "los principales unificadores de todas las prácticas".[18] Consecuentemente, la institución municipal no puede comprenderse independientemente de los equilibrios sociales específicos de la ciudad : es su matriz, su garantía y su expresión. En una sociedad contrastada garantiza no sólo el orden sino también la permanencia del lazo social y define una identidad ciudadana compartida. Además, el desarrollo de la lucha de clases seguirá, según Philippe Guignet, a la implosión de esas instituciones a fines del siglo XVIII. Puede ser que uno no esté totalmente convencido por el color idílico con que el autor pinta su cuadro : lo esencial no está ahí, sino en el papel que se atribuye también aquí al sentido social de las instituciones para resolver la incertidumbre de las definiciones comunitarias.

EL SENTIDO DEL TERRITORIO

14 Como toda problemática, la investigación de los principios y de las estructuras que garantizan que la sociedad urbana se sostenga puede evaluarse en terminos de costos y de ventajas. Entre estas últimas figura por supuesto la renovación del análisis institucional. Frente a un análisis funcional a punto de caer en la racionalización, a posteriori en la tautología, aquel está atento (en puntos variados según los autores) a las aptitudes de las instituciones para moldear a la sociedad y a la capacidad de los protagonistas comprometidos con un sistema social global para activarlos y dotarlos de sentido. En el capítulo de los costos se inscribirá el olvido de los lugares.[19] El derecho, las instituciones y los grupos están bien localizados, pero la operación de localización reduce a la ciudad a un punto, como si tener en cuenta el espacio se resumiera a acrecentar, con el número de las dimensiones, la complejidad del objeto. No estoy seguro de que esta reducción analítica pueda subsistir válidamente, por motivos muy diferentes pero coincidentes. Para empezar, la ciudad está hecha de piedras y de mortero, es decir, dispone de una materialidad, constituye una forma que se extiende en el espacio. Así, lo que vale para la sociedad (la ciudad es un lugar en el que las diferenciaciones están acrecentadas) vale también para el espacio : la ciudad es un lugar de contraste y de disposición valuado por los hombres y las cosas. Después, las cuestiones urbanas de hoy son también cuestiones de adecuación del territorio social : aunque en estos momentos el problema del desempleo arrase con todo en Francia, la política de la ciudad se esfuerza por operar seriadamente dentro del espacio muy fuertemente diferenciado de las aglomeraciones. Finalmente, debido a una perdurable formación parcial en geografía, los historiadores franceses conservan, más que en otras tradiciones nacionales, la atención dirigida al espacio. Quiero pues sugerir, para terminar, las modalidades y la utilidad de un desplazamiento de las

problemáticas espaciales de la historia urbana, homólogo del que se ha observado en el orden de los análisis de las instituciones.

15 Con la mayor frecuencia, las investigaciones históricas establecen una correspondencia directa entre el espacio social y la organización material de la ciudad. El sentido y las modalidades de la relación difieren : los individuos y los grupos pueden sufrir los efectos de la ecología urbana o al contrario saber movilizar los recursos que el medio les ofrece ; pueden deslizarse en la ciudad como dentro de un caparazón o atribuirle al espacio estructuras simbólicas semejantes a las suyas propias. Pero cualquiera que sea el significado de la palabra territorio, una sociedad (o por lo menos un grupo) se inscribe en el perfectamente. Esta idea tiene alguna posibilidad de seguir pues domina tanto el paradigma funcionalista que establece una relación unilineal entre cada actividad y el espacio que la recibe. Se trata sin embargo de una invención que según se sabe data más o menos del siglo XVIII. Todo ese siglo está dedicado a mostrar la influencia de la configuración espacial en la felicidad o la desgracia de los hombres en sociedad. Arquitectos, ingenieros, médicos higienistas, por ejemplo, se muestran particularmente sensibles a los encantos que llevan de la disposición de los edificios y del ancho de las calles a la circulación del aire y de esta al estado de los habitantes. El disciplinar a las clases inferiores (acción en la que Michel Foucault y los investigadores inspirados por el vieron un proyecto que va desde el encierro en grande de los pobres hasta la invención de las cárceles panópticas) pasa por una intervención en el espacio urbano : la multiplicación de los equipos de control social (cárceles, hospitales, cuarteles) y la definición del espacio público (numeración de las casas, difusión del alumbrado de las calles) confluyen en una sujeción más eficaz. Una visión más optimista, que encarna la Revolución, subraya la virtud educadora del espacio. Los recorridos ceremoniales, los proyectos de nueva denominación de las calles, o los pianos de jardines, metáforas del buen orden cívico, ambicionan dotar a la ciudad de un sentido renovado. Se pone tan poco en duda su eficacia, que casi ni se explica en que terreno podría el espacio ser formativo del espíritu. Toda la gama de las prácticas reformistas reafirma la coincidencia entre el territorio y la comunidad que lo ocupa : acondicionar el uno es ordenar el otro ; concebir uno es concebir el otro.

16 Hoy, los límites del funcionalismo se encuentran tanto en el campo de la acción como en el del conocimiento. Por un lado, fuera de los periodos conjeturales fastos, la capacidad de una intervención en el espacio para regular la cuestión social se vuelve dudosa. Por el otro, el movimiento de la historia, en sus discontinuidades, hace improbable la inmediación postulada de las relaciones entre espacio y sociedad. Así pues, a partir del postulado inverso de un desfase cronológico entre las funciones ejercidas, desde las más materiales hasta las más simbólicas, y los espacios en los que tienen lugar, puede esperarse emprender un desplazamiento de las problemáticas. Me atrevo a utilizar un ejemplo que el lector conoce mejor que yo : la plaza de las Très Culturas, realizada a principios de los años sesenta en el barrio de Tlatelolco, en la ciudad de Mexico. La intención del proyecto era explícita : yuxtaponiendo las ruinas exhumadas de una pirámide azteca, una iglesia y un convento del siglo XVI restaurados y un pequeño rascacielos de arquitectura moderna internaciónal edificado para albergar oficinas de la Secretaria de Relaciones Exteriores, se trataba de demostrar la continuidad de la nación mexicana más allá de las rupturas de la historia. La Plaza da una imagen del pasado en la que las raíces indígenas, el periodo colonial y el Mexico moderno se inscriben en la continuidad. Está fuera del Centro Histórico y la bordea una de las vías rápidas que

cuadriculan la capital. Desde el suelo, es prácticamente imposible tener una vista global y no hay verdaderamente ningún punto público alto que permita ver en conjunto los tres elementos simbólicos de identidad nacional. La función demostrativa de la Plaza no está dirigida al visitante. Sus intenciones no están a la vista más que para los inquilinos del gran conjunto habitacional de Tlatelolco que la rodean. Construido al mismo tiempo, estaba destinado a recibir a la nueva clase media en la que el regimen pretendía apoyarse y que encontraba así, a sus pies, inscrita en la piedra, una página de la historia oficial con el propósito de darle a conocer su destino. Logrado, el proyecto de urbanismo definía una forma perfectamente acorde con su intención.[20]

17 El lector conoce la continuación de la historia. En 1968, manifestaciones de estudiantes que tuvieron lugar en Mexico, como en otros lugares del mundo, fueron duramente reprimidas. El gobierno mandó disparar sobre aquellos jóvenes, casi todos de clase media ; varios cientos de muertos cayeron, precisamente en la plaza de Tlatelolco. Este primer traumatismo se agranda con un segundo : en 1985, el temblor que sacude a la capital afecta duramente a este barrio, provoca por lo menos mil muertos y hace transitoriamente inhabitables la mitad de los edificios. Los dos acontecimientos han venido a dotar a la Plaza de un nuevo sentido : destinada a simbolizar la inscripción en el tiempo de la grandeza nacional, la plaza de las Tres Culturas se ve asociada con el enfrentamiento, las heridas, la muerte. Ninguna conmemoración pública viene a reapropiarse del espacio en señal de duelo. Sólo se detienen ahora en ella algunos extranjeros desorientados en un espacio que no fue concebido para que deambularan en el. De un proyecto como este se dirá que escapó de las intenciones de sus promotores. Pero la ciudad, construida por fragmentos aunque inscrita en el tiempo, escapa en casi todo de las intenciones de sus promotores. Organizados primero para ir juntos (empleo a propósito esta formula tan vaga), un espacio y su uso, a la larga, se desavienen : toda la historia de las murallas que ciñen a las ciudades podría escribirse, en la época moderna, a partir de este punto de vista, por ejemplo.[21] El análisis cuidadoso de las modalidades y de las consecuencias de este descuerdo emprendido por un grupo de sociólogos influidos por la hermenéutica y la fenomenología ofrece un punto de apoyo para progresar.

18 Proponen llamar "huellas" a esos pedazos desavenidos de los que están hechas las ciudades.[22]

19 La huella, pues, resulta de un apartamiento entre ritmos de evolución diferentes. Mientras la plaza de Tlatelolco de a leer a las clases medias, cuyas viviendas miran hacia ella, la ideología de un regimen que quizás esperan, ese fragmento de ciudad no se considera una huella. La forma y la función han evolucionado en el (brevemente) según cronologías similares. Aunque lo construido sea muy antiguo (y lo es en parte en este caso de figura), no habría en el pasado sino un presente de formas y de costumbres. La huella comienza con la inadaptación, con el fin de las Logrado, el proyecto de urbanismo definía Francia, por ejemplo, mientras las murallas que rodean a la ciudad fueron el signo de la preeminencia de la ciudad sobre el campo y sirvieron de punto de apoyo para el control militar del espacio, seguirían en perfecta conformidad con las prácticas sociales del momento, sin importar cuándo fueron edificadas. Luego, las prácticas cambiaron. Por un lado, la construcción de la ciudadela y de los cuarteles, a fines del siglo XVII, dio lugar a un nuevo concepto de la defensa. Por el otro, la dualidad ciudad-suburbios se desvanece hacia 1730, con el desarrollo de la industria de la seda, en provecho de una organización complementaria del espacio productivo. El muro, que primero dejaron de cuidar, se convierte en un estorbo y se envían recuestas al rey pidiéndole que lo derrumben : "Los

deseos comunes de los ciudadanos de la ciudad y de los alrededores les hacen anhelar desde hace mucho tiempo tener la libre facultad de poder comunicarse tanto de noche como de día, menos por el placer que tienen en ello que para la utilidad de sus fábricas."[23] La diferenciación espacial entre la ciudad y los alrededores y el muro que la había marcado hasta entonces existen todavía en el mismo tiempo. Pero de pronto, debido a - que una relación de complementariedad ha reemplazado una situación de exclusión, ya no tienen la misma edad : la práctica económica acaba de mandar a la muralla que rodeaba la ciudad a un pasado cuyo presente se ha desligado. La evolución de las costumbres se prolonga en una redefinición ideológica y en un reacondicionamiento del espacio.

20 Reacondicionamiento : el termino es voluntariamente impreciso puesto que, como concierne al destino de las huellas, pueden considerarse varios casos. Puede tomarse la decisión de borrar del presente los objetos catalogados en el pasado : en 1785 fueron arrasados los muros de Nîmes, cuyas ruinas materiales no impedían el que restringieran a pasos demasiado estrechos las líneas de la cadena de producción. Incluso en este caso extremo cabe cuestionar la radicalidad de la eliminación : ¿cuántos bulevares circulares no inscriben en el suelo, por largo tiempo, la huella de antiguas líneas de defensa en el manto urbano ? Inscrito en las cosas, el orden espacial de ayer pasa sin embargo inadvertido. Su lectura compete al desciframiento y a una postura reflexiva : acordarse de que las ciudades estaban amuralladas ; localizar sobre los pianos de hoy las rupturas en la continuidad del manto urbano ; compararlas con vistas y pianos antiguos. No cabe en la inmediación de las prácticas urbanas y solo reasigna al presente (pues se trata de una visión de anticuario sobre la ciudad) el recuerdo de las formas. Fuera de esta atención particular, la huella, borrada en su materialidad, ha sido objeto de una denegación de la realidad.

21 La reasignación de la huella al presente puede sin embargo operarse siguiendo otras modalidades. ¿Que hacer con un palacio desafectado, Versalles, por ejemplo ? Transformar las dependencias en una fábrica de picas y luego en taller textil, antes de convertirlas en un hospital militar. Utilizar los establos como cuarteles, luego como depósito de archivos o como lugar de enseñanza para una escuela de arquitectura. Convertir en museo una de sus alas. ¿Cree el lector que esos cambios de uso de formas heredadas no alcanzan más que a las altas esteras ? El caso contrario es más numeroso. Apenas desvanecida la amenaza militar, las invasiones de las explanadas, de los caminos de ronda o de las fosas del sistema de defensa de las ciudades del siglos XVIII se multiplicaron. Durante las aglomeraciones manufactureras, por la presión de la industria, los antiguos mesones o los edificios de habitación se utilizan, sin mayores alteraciones en la organización del espacio, como telares. En París, no es necesario esperar la Revolución para verlos hoteles aristocráticos ocupados por oficinas : fueron suficientes dos generaciones, a la vuelta de los siglos XVIII y XIX, para ver las modalidades de uso y los valores sociales del Sena, de sus muelles y de sus puentes, radicalmente modificados.

22 ¿Que ocurre, en este movimiento perpetuo, con las formas antiguas ? Precisamente en el momento de su reasignación pierden su *status* de huella para ser puestas una vez más, en una nueva coincidencia entre una forma, un uso y un valor, en el circuito del sentido social. Esta reasignación no alcanza más que a una parte de las dimensiones del objeto : un emplazamiento, una forma, un valor simbólico, un valor económico... para hacerlas participar de otra manera y con otros fines. Pero permite a la ciudad, cuyos elementos provienen casi todos de pasados y cuya profundidad difiere, conservarse entera y

contemporánea de ella misma. Así, el presente de las ciudades es resultado de un trabajo continuo de reinterpretación de los lugares. Varios motivos hacen que este proceso sea a la vez determinado y poco previsible. Por una parte, se inscribe en los conflictos de interpretación que tienen como reto la valorización diferencial del espacio urbano y registra así las relaciones sociales del momento.[24] Pero los caracteres precedentes del objeto (no solo de su forma sino también de su valor) dibujan, con las representaciones del mundo, la gama de reasignaciones posibles : son necesarias circunstancias muy excepcionales para que un palacio sea transformado en cuartel cuando otros palacios se convierten en museo. Finalmente, como el espacio urbano forma un sistema, cada uno de cuyos elementos adquiere sentido propio en la posición relativa que ocupa con respecto a los demás, la modificación del uso de un lugar se inscribe en una serie de mutaciones anteriores que afectan a otros sitios y contribuyen a su vez a doblegar su destino. En Nantes, gran puerto del Atlántico a fines del siglo XVIII, por ejemplo, el cambio de valor de la plaza del Comercio, antaño simple depósito enclavado, se debe a la reconstrucción de la Bolsa, a la destrucción del cerco y al rellenado de los fosos de la ciudadela cercana, y también a la edificación de la plaza Real ; convertida en núcleo urbano mayor, la plaza del Comercio contribuye en el siglo siguiente a dotar su estructura a la red comunal de transportes públicos.[25] Así, partiendo de las condiciones temporales de sus equilibrios y del conjunto de "valores durmientes" (la expresión es de Fernand Braudel) que contienen los espacios citadinos, las sociedades urbanas están actualmente envueltas en un proceso de reasignación y de revalorización de sus espacios de ayer, que compromete en parte el porvenir de las formas, de las prácticas, de los valores ciudadanos.

23 Puede verse en esta cuadrícula analítica el esbozo de un programa de trabajo. Podría argumentarse que tiene semejanzas con la historia social de las instituciones tal como la acabamos de describir. Nos gustaría sólo subrayar que supuestamente prestará mayor atención a herramientas que los historiadores no necesariamente suelen utilizar. Más que volver a las proposiciones de la semiología urbana de los años setenta, estaremos atentos a las sugerencias del análisis hermenéutico tal como lo practica Paul Ricœur cuando se ocupa de definir los procesos de apropiación y de dotación de sentido que toda lectura —de un texto, pero también de una acción— supone, y tratar de hacer su trasposición a las sociedades citadinas y a los espacios urbanos. Estaremos atentos también a los estudios de Maurice Halbwachs, ya sea que se dedique a seguir los fenómenos de formación social del valor en el espacio, o que establezca, por la mediación del tiempo y de la memoria, relaciones sutiles entre los grupos sociales y sus territorios.[26] Finalmente, buscaremos las analogías analíticas en el campo de la antropología de los objetos,[27] más que en los mapas mentales tan caros a la sicogeografía. A la larga, la relación funcionalista de las sociedades con el espacio, hoy paralizante tanto en el orden de la acción como en el del conocimiento, no aparecerá ya más que como lo que es : un caso particular, histórica, cultural y socialmente situado, de las operaciones sociales de dotación de sentido a los lugares.

NOTAS

2. B. Lepetit, "La historia urbana en Francia : veinte años de investigaciones", *Secuencia,* 24, septiembre-diciembre de 1992, pp. 5-28.

3. Cita del periódico *Le Monde* del 17 de noviembre de 1992.

4. P. Guignet, *Le pouvoir dans la ville au* XVII*e siècle. Pratiques politiques, mobilité éthique sociale de part et d'autre de la frontière franco-belge,* Paris, 1990 ; É. François, *Protestants et catholiques en Allemagne. Identité et pluralisme à Augsbourg, 1648-1806,* París, 1993. El coloquio de marzo de 1992 titulado " L'histoire sociale des villes d'Europe du XIIIe au XVIIIe siècle : nouvelles tendences" se organizó (P. Clark y B. Lepetit) bajo los auspicios de la Asociación Europea de Historia Urbana. Las comunicaciones más representativas se publicaron en dos entregas : "Identités urbaines", *Annales* esc, julio-agosto de 1993, pp. 819-933, y "Les sociabilités urbaines au Moyen-Âge", *Annales* esc, septiembre-octubre de 1993, pp. 1 113-1 143. El coloquio de octubre de 1993, organizado bajo los auspicios del Centro de Investigaciones Históricas del ehess por S. Cerutti, R. Descimon y M. Prak se llamaba "Le droit de bourgoisie dans les villes d'Europe occidentale entre le XVe et le XVIIIe siècle". La publicación de las actas está en proyecto y sólo es accesible el denso texto de la licitación : "Le droit de bourgoisie dans l'Europe moderne", *Cahiers du Centre de Recherches Historiques,* 11, octubre de 1993, pp. 87-90.

5. É. François *(ed.), Immigration et société urbaine en Europe occidentales (*XVI*e-*XX*e siècles), Paris, 1985.*

6. *Ibid.,* p. 15.

7. *Ibid.,* p. 33. Las citas precedentes son de los subtemas del libro.

8. F. Barth, *Process and Form in Social Life, Londres, 1980 ; J.-C. Mitchell, Social Network in Urban Situation,* Manchester, 1969 ; E. Goffman, *Encounters. Two Studies in the Sociology of Interaction,* Indianápolis, 1961.

9. Citado por É. François, *op. cit.,* p. 246.

10. *Idem.*

11. Sobre la pluralidad de los mundos en los que todo actor social está comprometido, se sacará provecho de L. Boltanski y L. Thevenot, *De la justificación. Les économies de la grandeur,* Paris, 1991.

12. J. Barry, "Identité urbaine et classes moyennes dans l'Angleterre moderne", *Annales* esc, 1993, pp. 853-833 (cita en la p. 854).

13. R. Descimon, "Milice bourgoise et identité citadine à Paris au temps de la Ligue", *Annales* esc, 1993, pp. 885-906 (cita en la p. 906) ; D. Garrioch, *Neighbourhood and Community in Paris,* Cambridge, 1986.

14. M. Prak, "Identité urbaine, identités sociales. Les bourgeois de Bois-le-Duc au XVIIIe siècle", *Annales* esc, 1993, pp. 907-933 (citas en las pp. 923 y 924).

15. *Barry, op. cit.*

16. Descimon, *op. cit.,* p. 906, al igual que la cita siguiente.

17. Prak, *op. cit.,* p. 924.

18. *Cahiers du Centre de Recherches Historiques, 1993, p. 87 ; Guignet, op. cit., p. 499.*

19. Los estudios de Robert Descimon, detallados en cuanto a las prácticas políticas y a las identidades comunes en la organización del espacio urbano, son una excepción.

20. J. Monnet, *La ville et son double. Images et usages du centre : la parabole de Mexico, París, 1993.* [Véase la versión ampliada, *Usos e imágenes del Centro Histórico de la Ciudad de México,* 1996.]

21. C. de Seta y J. Le Goff (eds.), *La città e le mura,* Bari, 1989.

22. D. Colson, J. Nizey y J. Roux, *Un quartier industriel à Saint-Étienne. Le Marais entre histoire et planification,* Lyon, 1993.

23. L. Teisseyre-Sallmann, "Urbanisme et société : l'exemple de Nîmes aux XVII[e] et XVIII[e] siècles", *Annales* esc, 1980, pp. 965-986 (cita en la p. 980).

24. El análisis antropológico de la evolución de la ciudad de Rethymnos constituye un buen ejemplo : M. Herzfeld, *A Place in History. Social and Monumental Time in a Cretan Town,* Princeton, 1991. En historia, véanse los trabajos recientes de P.-Y. Saunier partiendo de : "Haut-lieu et lieu haut : la construction du sens des lieux. Lyon et Fourvières au XIX[e] siècle", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine,* abril-junio de 1993, pp. 202-227.

25. M. Darin, O. Meillerais, P. Saudrais, "Transformation des places à Nantes depuis deux siècles", École d'Architecture de Nantes, 1991, mimeo.

26. P. Ricœur, *Essais d'herméneutique,* 2 vols., París, 1969 y 1986. De M. Halbwachs recordaremos los dos libros menos frecuentemente citados : *Les expropiations et le prix des terrains à Paris, 1860-1900,* Paris, 1909 ; *La topographie légendaire des Évangiles de Terre Sainte,* Paris, 1941. Para un borrador de traducción al francés de estos textos, realizado para fines de investigación urbana por B. Lepetit, véase "La formation de la valeur dans la ville moderne (XVI[e] XIX[e] siècles)", *Histoire, Économie et Société,* 1994 ; "Une herméneutique urbaine est-elle possible ?", en B. Lepetit y D. Pumain, *Temporalités urbaines,* Paris, 1993, pp. 287-299.

27. De una bibliografía extensa citaremos sólo, porque son recientes, dos cortas obras sugestivas : P. Lemonnier, *Elements for an Anthropology of Technology,* Ann Arbor, 1992 ; "Les objets dans l'actión. De la maison au laboratoire", textos recopilados por B. Conein, N. Dodier y L. Thevenot, *Raisons Pratiques,* 4,1993. Véase también, más antiguo y con un enfoque diferente, A. Appadura (ed.), *The Social Life of Things. Commodities in Cultural Perspective,* Cambridge, 1986.

NOTAS FINALES

1. École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.

Historia cuantitativa, historia económica e historia : algunas consideraciones sobre la historiografía francesa de hoy

Ruggiero Romano

---

1 Note portant l'auteur[1]

2 Permítaseme empezar esta corta exposición expresando una duda : tengo la impresión de que, durante estos últimos años, se ha creado (¿deliberadamente ?) una gran confusión entre historia cuantitativa, historia económica e historia simple y sencilla.

3 Un joven historiador francés, Bernard Lepetit, que ya ha reunido una obra importante, emitió recientemente un juicio que no tengo el menor deseo de compartir : "La historia cuantitativa ya no está de moda."[2]

4 Mi primera objeción es la siguiente : ¿cuándo ha estado "de moda" ? Quiero decir : ¿cuándo se han acumulado números por el simple placer de acumularlos ? Hay, por supuesto, algunos casos ; por ejemplo, el de Nina Ellingher Bang,[3] que reunió, en enormes volúmenes, toda la documentación estadística sobre el estrecho de Sund sin hacer el más mínimo análisis. Dejemos de lado el hecho de que casos semejantes —rarísimos— de pura colecta de documentos se remontan a fines del siglo pasado y a principios del nuestro. Sin embargo, no puede negarse que esos esfuerzos tuvieron interés, pues hay que reconocer que la labor de Nina Ellingher Bang es tan meritoria como la de todos los grandes eruditos que, a partir de los siglos XVII y XVIII, publicaron documentos diplomáticos, religiosos o genealógicos.

5 Dicho esto, ¿podemos honradamente decir que, por ejemplo, las colecciones de la gloriosa VI sección de la École Pratique des Hautes Études que, entre 1950 y 1970, publicaron las obras de Huguette y Pierre Chaunu, de Franck C. Spooner y de tantos otros, correspondían sólo a una "moda" ? No lo creo, y querría explicarlo brevemente.

6 El libro de F.C. Spooner[4] presentaba un imponente cúmulo de datos sobre las acuñaciones monetarias en Francia. Pero, que yo sepa, la publicación de esa masa de documentos fue simplemente la base que luego se utilizó para un estudio sucesivo de la circulación de los metales preciosos en Francia, en Europa y en el mundo. Es decir que la historia cuantitativa, la historia serial, no era más que el preámbulo para el estudio de un problema, de un problema de grandes proporciones que, contrariamente a lo que podría creerse, no correspondía a una moda. Muy al contrario : al principio, encontramos la obra de Nicolas Oresme, y luego la de Bodino, Malestroit, Hume, Smith, Humboldt... Volver a los grandes problemas que nos dejaron los "clásicos" no me parece que corresponda a una "moda" ; es, al contrario, una manera muy correcta de construir[5] un "objeto" de investigación de manera consciente. Una sana costumbre que desgraciadamente se ha perdido un poco en estos últimos tiempos.

7 En cuanto a la obra de los Chaunu : es cierto que los primeros ocho tomos de Huguette y Pierre Chaunu pueden parecer un perfecto ejemplo de historia cuantitativa pura, muy parecida a los libros de Nina Ellingher Bang. Pero no hay que olvidar que a esos tomos de historia serial les siguen otros tres de análisis, firmados sólo por Pierre Chaunu. También en este caso la historia serial no es un fin en sí ; se presenta por el contrario como el preámbulo del estudio de por lo menos dos problemas muy vastos : el del comercio intercontinental y el de los ciclos. ¿Debo recordar que esos problemas tampoco corresponden a una "moda" puesto que desde el siglo XVIII por lo menos (para el comercio) y el XIX (para los ciclos) muchos estudiosos se han interesado por estos problemas ? ¿Y qué estudiosos ? : una vez más Adam Smith, David Hume y luego Tomás de Mercado, Capmany, y la lista podría continuar ; en cuanto a los ciclos —dejando de lado las siete vacas gordas y las siete vacas flacas de la tradición bíblica, indiscutiblemente el primer ciclo histórico del que se tiene noticia—, ¿podría yo adelantar tan sólo los nombres de Juglar, Kondratieff, Kuznets ? ¿O es que tratar de responder a toda una serie de preguntas planteadas por personajes de esta talla se debe sólo a una "moda" ?

8 En fin, ¿cómo olvidar que, a veces, las luces que la historia serial aporta han contribuido finalmente a un avance de las ideas ? Por ejemplo, fue la historia primero serial y luego económica de Earl J. Hamilton la que le aportó a Lord Keynes un importante estímulo para la elaboración de su teoría cuantitativa de la moneda.

9 En suma, me parece que casi nunca ha habido una historia cuantitativa (o serial) que no haya desembocado en una historia económica. Ahora bien, ésta —aunque le disguste a algunos— siempre ha tenido detrás de ella un patrimonio de ideas sobre el cual sus detractores[6] deberían reflexionar. O, si no, que se diga abiertamente que lo que quiere ponerse en tela de juicio no es la historia cuantitativa sino la historia económica. Y si ése es el proyecto, digamos que es peligroso, pues la historia económica, incluso en sus azares, contradicciones y fracasos sucesivos, ha sido y sigue siendo un extraordinario tema de reflexión para cada época en disputa con sus propios problemas : Fogel, el padre de la New Economic History y de quien algunas mentes "brillantes" se burlaron hace algunos años, acaba de recibir el Premio Nobel de economía. Aún más asombrosas son las preguntas que se hacen actualmente, en ambos lados del Atlántico, ciertos economistas desconcertados por la impotencia de muchas teorías económicas modernas para explicar la crisis mundial. ¿Habría, tal vez, que tomar más en serio esos modelos cíclicos que se han considerado siempre ajenos a la lógica del cálculo económico, como la obra un poco descabellada de algunos historiadores preocupados por las curvas de sus premios ?

10 Quiero agregar, sin embargo, que la historia económica no desemboca sólo en la economía ; que forzosamente abre hacia todas las ramas de la historia. Precisamente de este punto quiero hablarles.

11 Uno de los rasgos esenciales de la historiografía francesa —sobre todo (mas no exclusivamente) en el nivel de sus figuras mayores— es, a mi parecer, su gran amplitud de visiones. Lucien Febvre, por ejemplo, da prueba de una curiosidad universal que va de la geografía histórica a la historia religiosa, de la historia económica a la historia administrativa, de la historia de la sensibilidad individual a la de las mentalidades colectivas. Marc Bloch está totalmente a gusto ocupándose de los "aspectos originales de la agricultura francesa" (*Caractères originaux de l'agriculture française)* o de los "reyes taumaturgos" *(Les rois thaumaturges).* Henri Pirenne —y espero que nuestros amigos belgas no se enfaden conmigo si lo pongo al lado de Febvre y de Bloch— no ha sido sólo un gran historiador de la economía sino también de la cultura y de la política. Asimismo, me parece imposible reducir la obra de Fernand Braudel exclusivamente a la historia económica, cuando sus páginas sobre el barroco o sobre la civilización italiana de los siglos XVI y XVII, o sobre la literatura suramericana siguen siendo inigualables.

12 Ahora bien, esta tradición no se ha perdido. Es verdad que los defensores de la *nouvelle histoire* se han alejado de ella, pero no constituyen más que una minoría (aunque ruidosa) y, a mi parecer, no están llevados más que por una moda (esta vez la palabra se impone). Pero si se examina la parte más viva de la historiografía francesa actual, se da uno cuenta de que la vieja tradición de observar un objeto histórico desde varios ángulos sigue viva. Recurriré sólo a algunos autores que abarcan con sus investigaciones sectores bastante diferentes : Dagron, Toubert, Lombard...

13 Toubert, reconocido unánimemente como el mejor medievalista francés contemporáneo, es autor de *Le Latium médiéval*[7] No soy sin duda el único en decir que se trata de una obra admirable. Admirable exactamente porque en ella el análisis económico se entrelaza con el análisis cultural y con el análisis político. Nos encontramos frente a una verdadera síntesis (en sentido literal) en la que todo sirve de apoyo a todo y en la que hay una verdadera imbricación de elementos.

14 Me es difícil encontrar palabras para hablar de Dagron. Su libro sobre Constantinopla[8] constituye, a mi ver (y no sólo al mío), un verdadero modelo de historia de una ciudad en todas sus dimensiones : económicas, sociales, culturales, políticas, arquitectónicas. Una vez más nos encontramos an te una obra de una complejidad extraordinaria, misma que desaparece gracias a la fuerza de una exposición clara y segura.

15 Finalmente está Denis Lombard. Su reciente libro[9] sobre la encrucijada javanesa constituye un modelo de historia global en la que —por un juego de vaivén cronológico de larga duración— se nos muestra la cultura, la política, la economía, las estructuras sociales del ámbito (en el sentido fuerte) javanés en su muy compleja articulación. Tres libros a los que hay que agregar toda una obra hecha de artículos, de "pequeñas" investigaciones, de reportes, todos admirables por su erudición y su inteligencia.[10]

16 Puede encontrarse que mi entusiasmo es excesivo, pero no es así. El hecho es que siempre he tenido la costumbre de juzgar los libros no por el eco que suscitan en los medios de comunicación, sino por su alcance intrínseco. Y este alcance lo evalúo de la siguiente manera : a un joven argentino que prepara su tesis de doctorado sobre Buenos Aires en el siglo XVII, ¿vale la pena aconsejarle que lea el libro de Dagron ? Creo que sí, de la misma manera en que he recomendado los trabajos de Finley sobre la esclavitud en el mundo

clásico o *La Méditerranée* de Fernand Braudel a unos suramericanos, o el libro de Toubert a unos jóvenes griegos que preparaban su doctorado sobre la población del norte de Grecia en la Edad Media. Y esto no para ofrecerles un "modelo" que copiar, sino una fuente de meditación sobre el modelo local que debían construir. Naturalmente, hay una correspondencia : así, propongo la lectura de los trabajos de Luis Gonzalez y Gonzalez sobre la microhistoria a jóvenes europeos que se interesan en problemas semejantes o aconsejo el estudio de la obra maestra, desconocida en Europa, que es la *Radiografía de la pampa* de Martínez Estrada a todos los que se interesan en el estudio de las grandes extensiones semivacías. En suma, quiero decir que un gran libro es, para mí, aquel que enseña cosas, muchas cosas, incluso a la persona que no tiene un interés inmediato en el tema del libro en cuestión. Un libro es verdaderamente grande no sólo por las respuestas que aporta al especialista del tema que trata, sino por todo lo que es capaz de sugerir a los no especialistas. Y, en este sentido, creo que no hay una historiografía más rica que la francesa.

17 Tratemos de entenderlo. Aunque la historiografía francesa del siglo XX presenta un rico y variado panorama, yo me limitaré a examinar solamente cuatro nombres : Marc Bloch, Lucien Febvre, Fernand Braudel y Alphonse Dupront ; y una gran revista : los *Annales* (naturalmente, los *Annales* entre 1929 y 1971).[11] Es poco y es muchísimo, pues creo que hay pocas historiografías en el mundo que puedan tener una riqueza tal. Sobre todo porque estos historiadores no han sido como icebergs aislados que emergían en un mar totalmente vacío. Si bien los nombres que he dado han sido los de los "grandes maestros", hay también un montón de "pequeños maestros" (empleo estos términos en el sentido de la historia del arte),[12] que van de Simiand a Hauser, de Labrousse a Batallón y a Renaudet. Por supuesto, esta lista no es exhaustiva. De la misma manera, al lado de los *Annales* hay un cúmulo de revistas : desde la *Revue de Synthèse* hasta todas las revistas llamadas " locales" pero que eran (y algunas aún lo son) de gran calidad : *de los Annales de Bourgogne a los Annales du Midi, pasando por los Annales du Nord, y muchas más.*

18 Examinemos un momento este conjunto. De los cuatro nombres que mencionados, dos, Marc Bloch y Fernand Braudel, siempre se han declarado abiertamente partidarios de la historia económica ; Lucien Febvre siempre ha confesado un marcado interés por ésta ; finalmente, Alphonse Dupront ha sido totalmente ajeno a ella. Así pues, no ha habido ninguna preeminencia de la historia económica sino simplemente una cohabitación muy correcta. Y es absolutamente normal que así fuera. Los cuatro hombres tenían un profundo sentido de la apertura hacia otras disciplinas : la geografía (Marc Bloch, Lucien Febvre, Fernand Braudel), la antropología (Alphonse Dupront), la sociología (Braudel y Dupront), la psicología (Lucien Febvre y también Alphonse Dupront). Y cuando digo " apertura hacia otras disciplinas" no hablo de esos vagos mensajes, esos llamados a la interdisciplinariedad, que lo único que parecen formar es un pastelote de merengue. No hay más que ver el gran libro de Alphonse Dupront *Le sacré* para tener un ejemplo concreto y verdadero de cómo debe realizarse una investigación en la que confluyan historia, sociología y antropología. O el no menos gran libro de Lucien Febvre *La terre et les hommes,* modelo de una gran investigación montada entre historia y geografía. O tomemos *Les caractères originaux de l'agriculture française* de Marc Bloch (sin duda su mejor libro) y comprenderemos que la integración de geografía, economía, historia e historia de las técnicas es una empresa muy ardua mas no imposible. Finalmente, sin hablar de la admirable interpenetración de la historia y de la geografía en la primera parte de *La Méditerranée* de Fernand Braudel, ¿cómo olvidar su genial artículo sobre *La longue durée,* en

el que confluyen antropología y sociología, historia económica e historia de la literatura y del arte, sociología y economía ? De ninguna manera es fruto de la casualidad el que este corto artículo haya constituido y constituya todavía una fuente de reflexión para antropólogos, geógrafos, sociólogos, historiadores y economistas. Además, todos estos hombres siempre estuvieron dispuestos a reconocer, entre ellos, sus distintos talentos, cualquiera que fuera su campo. Su tolerancia era natural puesto que creían en una historia global. Cuando Alphonse Dupront fue a hablar con Fernand Braudel de su proyecto de investigación sobre la cruzada, Braudel, "el economista", se entusiasmó y lo alentó enérgicamente.

19 ¿Qué queda de ese gran capital ? No hay que fiarse de la apariencias. En los medios de comunicación existe indiscutiblemente cierto reflujo. Pero tampoco hay que exagerar. ¿Cómo podríamos explicar si no el que haya un resurgimiento de Alphonse Dupront, cuyas obras inéditas y ensayos perdidos en revistas semiclandestinas empiezan a publicarse, o el que se publiquen en libros de bolsillo las voluminosas obras de Fernand Braudel, o que se traduzca a este autor en el extranjero como nunca antes : *La Méditerranée* se ha publicado—después de las primeras traducciones al italiano y al espanol, en 1953— en polaco y en inglés (1976), en griego (1991), en holandés y en alemán (1992), en turco (1989) y en chino (1994). Y podría hacer un reporte semejante de los *Écrits d'histoire o* de *Civilisation matérielle et capitalisme.* En suma, si bien hay cierto olvido propagandístico, éste se refiere sólo a una parte limitada y bastante espumosa de los mismos famosos medios de comunicación (televisión y semanarios que pretenden ser siempre "novedosos", en su incapacidad de producir algo verdaderamente nuevo). En cuanto al resto, es decir, en lo que se refiere a la *respublica litterarum* y su instrumento privilegiado de difusión, el libro, no hay ningún olvido.

20 De todos modos, empero, es legítimo preguntarse hasta qué punto está todavía viva cuando menos una parte, de esta gran tradición. Sería muy fácil traer a colación los nombres de Pierre Jeannin, Pierre Chaunu, Luigi Aurigemma, Jean Delumeau, Louis Bergeron y tantos otros, de Francia y de otros países, pero creo que hay por lo menos dos razones para no incluirlos en nuestra discusión actual :

21 1] Primero, seguir en poco tiempo un conjunto demasiado grande de nombres puede crear confusión.

22 2] Se trata de personas que han estado directamente ligadas a Braudel o Dupront y entonces podría reprochárseme el haber escogido un camino fácil.

23 Me parece pues más idóneo volver a uno de los nombres (Denis Lombard) que he citado anteriormente e introducir otro (Michel Morineau) ; los dos, en mi opinion, un magnífico ejemplo de la trasmisión de la herencia de la gran tradición de la que he hablado antes. Pero tengo que precisar inmediatamente el sentido de la palabra herencia. Como decía Goethe : "una herencia no te pertenecerá nunca mientras no la hayas hecho tuya" (cito de memoria). Quiero decir que se trata —en el caso de los nombres que indico— de una forma *activa* de heredar ; de recuperar una lección, no para repetirla de manera *pasiva,* sino para inyectarle sangre nueva ; de establecer un cambio (y subrayo la palabra) en la continuidad ; en resumidas cuentas, respetar a los Maestros del pasado pero sin transformarse en alumnos *pasivos* (a quienes me gusta llamar portalibros).

24 Denis Lombard, desde el subtítulo de su libro, se declara en pro de una "historia global". ¿Que significa este término, de evidente influencia braudeliana ? Denis Lombard seguramente conoció a Fernand Braudel (tanto por el camino directo como por el

indirecto que fue su padre, el añorado Maurice Lombard, maravilloso medievalista y gran amigo de Braudel) y leyó sus obras más importantes *(La Méditerranée* y *Le capitalisme),* que por cuanto aparecen en la bibliografía de su libro : pero es difícil afirmar que sea "alumno " de Braudel : basta con pensar que el espacio que constituye el terreno de investigación de Denis Lombard no fue nunca terreno de trabajo de Braudel... En resumen, si se quiere evitar toda referencia personal puede decirse que Denis Lombard es un maravillosos heredero de los *Annales,* de los gloriosos años 1929-1971, cosa que se deduce al ver cómo supo penetrar en la complejidad de la "globalidad", de la "totalidad", histórica. Comprendió bien el sentido de "globalidad", de "totalidad", y puede decirse que incluso fue más allá en este terreno que el mismo Braudel.

25 Sobre la "globalidad" preconizada por los *Annales* (naturalmente los "viejos" *Annales* puesto que los "nuevos" la niegan) se ha acumulado un montón de equívocos, siendo el más banal el de creer que para estudiar un problema histórico cualquiera hay que adentrarse en la historia universal... Naturalmente, no es verdad... La exigencia que Braudel había manifestado era más sencilla y más complicada : se trataba, según su modo de pensar, de observar un fenómeno histórico a partir de una multiplicidad de puntos de vista y de campos disciplinarios. Denis Lombard retomó esta exigencia y le dio cuerpo de manera extraordinaria. Así fue como lingüística y arqueología, geografia y sociologia, historia del presente e historia muy antigua entran en juego. Pues Denis Lombard no se contenta con practicar una historia global sino que la considéra a largo, a muy largo término. No sabría resumir mejor la admiración que tengo por este libro más que diciendo que, después de su lectura, pensé en el título de la reseña que Lucien Febvre hizo de *La Méditerranée* de Fernand Braudel : "Un libro que crece"... Es prueba de la persistencia "activa" de una gran tradición historiográfica, de Bloch a Febvre y a Braudel. Y agregaré aquí el nombre de Maurice Lombard, desaparecido demasiado pronto para haber podido manifestarse en su dimensión real de gran maestro.

26 El libro de Michel Morineau[13] entra, si se quiere, en un horizonte más clásico de historia económica. Pero no hay que tomar este adjetivo "clásico" en un sentido limitativo pues, en realidad, se trata de uno de los libros más revolucionarios de la segunda mitad del siglo XX. ¿De qué trata ? Ya he hecho alusión al libro de Earl J. Hamilton[14] en el que el gran historiador norteamericano dio una serie de cifras relativas a las cantidades de metales preciosos llegados a España entre 1500 y 1650. La curva que trazó era una campana de Gauss perfecta : un ascenso continuo hasta fines del siglo XVI y después la caída. Sobre la gráfica de Hamilton se construyeron una infinidad de teorías más o menos válidas. Sin embargo, Michel Morineau demostró que la curva de Hamilton era incorrecto para el periodo posterior a 1600[15] y que, en realidad, las llegadas de oro y (sobre todo) de plata continuaron incrementadas durante todo el siglo XVII.

27 Nótese que esto no constituye un detalle que sólo pueda interesar a algunos especialistas, en una disputa por algunos quintales de más o de menos de plata ;[16] el problema, en realidad, es de envergadura pues a fin de cuentas lo que está en juego, entre otras cosas, es la teoría cuantitativa de la moneda, es decir, uno de los puntos determinantes de la economía, por lo menos de cierta economía.

28 Este problema de los metales preciosos americanos ha llamado la atención desde el siglo XVI, pues —contrariamente a lo que algunos piensan— se trata de un problema verdaderamente fundamental, no sólo de la investigación histórica sino de la economía monetaria, es decir, de algo que rige nuestra vida social de todos los días. Ahora bien, el libro de Michel Morineau aporta un sinnúmero de elementos que permiten reexaminar

este problema, verlo desde nuevos ángulos, tratar de llegar a conclusiones diferentes de las que nos legó una tradición más que respetable pero indiscutiblemente anticuada.

29 Como habrá notado el lector, no he citado nombres de americanistas y confieso que no se trata de una casualidad. Me habría sido fácil citar los nombres de Rivet, Soustelle —para el pasado— o de Wachtel, Guerra o Mauro —para el presente—, pero esto nos habría llevado a un campo especializado (aunque confieso que nunca he comprendido la diferencia que hay entre un historiador y un americanista, o un sinólogo, o un arabista ; estos últimos son primero historiadores : buenos o malos, pero ésa es otra historia) y esto quizás habría hecho mi discurso más complicado y por lo mismo más frágil.

30 A pesar de esto, hablaré brevemente del reciente libro de Nathan Wachtel[17] que, a mi modo de ver, constituye no sólo una de las más bellas contribuciones de la historiografía francesa a los estudios americanistas sino también un bello ejemplo de cómo puede recuperarse una herencia enriqueciéndola.

31 A primera vista, es difícil relacionar a Nathan Wachtel con la tradición de los *Annales* del pasado, ya que éste declara abiertamente que se ocupa de etnohistoria : aunque, si bien hubo interés —sobre todo por parte de F. Braudel— en las relaciones entre antropología e historia, hay que reconocer que la etnohistoria de Nathan Wachtel tiene poco que ver con las preocupaciones braudelianas.[18] Dicho esto, hay que reconocer que el libro de Nathan Wachtel representa una muy bella (y concreta) aplicación de la "larga duración" braudeliana.[19]

32 Quiero subrayar que no se trata de establecer filiaciones directas : lo he dicho y lo repito, no me gustan los buenos alumnos. Pero me parece importante subrayar cómo persisten — desarrolladas, mejoradas, enriquecidas, las ideas maestras de toda una cierta tradición historiográfica francesa. He tratado de mostrarlo en el marco del filón de los *Annales* desde Bloch a Braudel, pasando por Febvre. La demostración es cierto, habría podido ser más amplia : espero que el lector sepa perdonar el haberme limitado a un espacio cultural que, a mi modo de ver, tiene una importancia particular.

33 Reconozco que también sería posible reprocharme el haberme limitado demasiado en la historia económica. Lo reconozco y diré que la deformación profesional existe y que constituye, en cierto modo, un derecho. Pero sería demasiado fácil contentarse con lo que puede considerarse, con sobrada razón, una ocurrencia. Me permitiré, pues, hacer un discurso un poco más largo, en el cual espero no introducir esa famosa deformación profesional.

34 Creo en la gran historia pues estoy convencido de que sin ella, sencillamente, no hay historia.[20] Ahora bien, me parece —y para mí esto constituye una verdad muy difícilmente discutible— que a través de la historia económica es como puede llegarse a la gran historia, a la historia total, a las síntesis históricas. Preciso, una vez más, que al decir historia total, gran historia o síntesis no hablo de historias universales sino de obras con una respiración amplia, con un aliento profundo. Y lo que pienso es que son los historiadores de la economía los que son capaces de ir más allá de la simple historia de su especialización. Parecería que —al menos durante el siglo XX— son los historiadores centrados en las preocupaciones económicas los que han sido más capaces que otros de ocupar con cierto éxito otros espacios. Es el Pirenne de la historia económica el que ha sido capaz, después, de regalarnos grandes páginas sobre la cultura de Flandes ; es el Marc Bloch de la historia económica el que pasa a los reyes taumaturgos (y no a la inversa) ; es el Braudel de la historia económica el que ha trazado el gran fresco de la historia de la

civilización italiana de los siglos XV a XVII. Pero tranquilícese el lector : de lo que acabo de decir no pretendo sacar ningún argumento en pro de la preeminencia de la historia económica, pues sé muy bien que hay casos opuestos (¿cómo olvidar, por ejemplo, a Federico Chabod ?). Pero me parece que de todas maneras es difícil negar lo que acabo de decir. ¿A qué puede atribuirse esta "fuerza" de la historia económica ? No creo que el mérito le sea propio, y pienso que hay que buscar la causa en el hecho de que durante el siglo XX la economía ha ido condicionando cada vez más todos los aspectos de la vida : la política (o lo político como se dice hoy pensando que se está haciendo algo "novedoso", aunque la expresión es vieja...),en nuestros días, está compuesto, en una proporción antes inimaginable, exactamente de economía.

El lector puede tomar estas reflexiones como le plazca. De cualquier modo, puede concluirse que, tanto en los campos de mucha especialización como en los de la reflexión historiográfica más amplia, la historiografía francesa —fuera de las modas contingentes— sigue siendo ejemplar.

NOTAS

2. B. Lepetit, "La historia cuantitativa : dos o tres cosas que sé de ella", en A. Tortolero (comp.), *Estudios históricos,* vol. I, 1993, p. 15.

3. *Tabeller over skibsfart og varetransport gennen oresund,* vol. 1, Kobenhaven y Leipzig, 1906.

4. *L'économie mondiale et les frappes monétaires en France, 1493-1680,* Paris, 1956.

5. Utilizo esta palabra a sabiendas de que está de moda la tendencia a "desconstruir" la historia para reducirla a literatura : idea de ciertos escritores fracasados que tratan de justificar así el hecho de ocupar abusivamente "puestos" de historiadores.

6. Así, por ejemplo, el 9 de diciembre de 1993, durante un encuentro conmemorativo del llorado Witold Kula, un historiador conocido tuvo el descaro de declarar que la historia económica entró en crisis en Francia a partir de los años sesenta porque "ya no tenía ideas". Este historiador debería observar la miseria conceptual de la *nouvelle histoire* en la que chapotea desde hace unos veinte años.

7. Paris, 1971.

8. *Naissance d'une capitale -Constantinople et ses institutions de 330 à 451,* Paris, 1974.

9. *Le carrefour javanais -Essai d'histoire globale,* 3 vols., París, 1990

10. Así, por ejemplo, véase el magnífico artículo de P. Toubert "Les statuts communaux et l'histoire des campagnes lombardes au XIVe siècle", en *Mélanges d'archéologie et d'histoire,* publicada por la École Française de Rome, 1960, pp. 397-508 ; G. Dagron, *Constantinople imaginaire -Études sur le recueil des "Patria",* París, 1984.

11. A propósito de esta limitación cronológica, me permito remitir a R. Romano, "Les *Annales,* hier et aujourd'hui", en *Revue Européene des Sciences Sociales,* XXI, 1993, núm. 96, pp. 271-275 (trad. española en A. Tortolero, *op. cit.,* pp. 31-37).

12. A propósito de esto, referiré la frase que me dijo un día Lucien Febvre : "En un siglo hay tres o cuatro grandes maestros que tienen una idea en su vida ; hay pequeños maestros que tienen tres o cuatro ideas en el transcurso de su existencia ; finalmente, hay cretinos que tienen una idea cada día."

13. *Incroyables gazettes et fabuleux métaux,* París/Cambridge, Mass., 1985.
14. *American Treasure and the Price Révolution in Spain, 1501-1650,* Cambridge, Mass., 1934.
15. Al respecto, me permito remitir a R. Romano, *Conjonctures opposées. La "crise" du XVIIe siècle en Europe et en Amérique Ibérique*, Ginebra, 1992, pp. 110-116.
16. Quiero aquí rendir homenaje a la gran honradez intelectual de F. Braudel que apadrinó vigorosamente la publicación del libro de M. Morineau aunque pusiera en entredicho ciertas de las conclusiones a las que había llegado en *La Méditerranée.*
17. *Le retour des ancêtres. Les indiens Urus de Bolivie, XVe-XVe siècle - Essai d'histoire régressive,* Paris, 1990.
18. Pero hay que precisar que la etnohistoria de Nathan Wachtel tampoco tiene nada que ver con la moda de la etnohistoria (ésta sí una moda) de la que rebosan los *Annales* de las dos últimas décadas : como prueba obsérvese que N. Wachtel, para distanciarse de ellos, emplea la expresión "historia regresiva" en el subtítulo de su libro
19. El comentario, muy fino, es de B. Lepetit, en una comunicación presentada durante un encuentro de estudios braudelianos en París, el 20 de enero de de 1994.
20. Como decía Edmond Faral en 1942 : "Es el miedo a la gran historia lo que ha matado a la gran historia", citado por F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II,* Paris, 1949, p. XIV.

NOTAS FINALES

1. EHESS, París/El Colegio de México, México.

Cómo se enseña hoy día la historia

Marc Ferro

---

1 Note portant l'auteur[1]

2 La crisis de la enseñanza de la historia es casi universal, como lo fue en su momento la crisis de la historia general, que pretendía ser universal... En ciertos países, como en la Rusia de hoy, incluso se ha interrumpido por un tiempo la enseñanza de la historia. Naturalmente las razones no son las mismas que aquellas que la redujeron a una opción facultativa, por lo menos en la enseñanza primaria, en Francia, durante los años setenta. Sin embargo, los golpes que ha recibido esta disciplina son contemporáneos de la instrumentalización de la historia por parte de agrupaciones políticas, étnicas u otras. Paralelamente al repudio que ha sufrido esta disciplina, se observa una demanda de historia un poco por todas partes : de los griegos para probar que Macedonia forma parte de su país, de los serbios y de los croatas por supuesto, de los chicanos o de los bereberes. ¿De dónde proviene esta incertidumbres actual ?

3 Para comenzar, recordemos que las diferentes ideologías globales se han derrumbado. Elias daban un sentido a la historia, y uno se situaba respecto a esta significación, que era también una dirección. Para la palabra "sentido" los rusos tienen dos palabras, *znachenie,* " significación, significado", y *napravlenie,* "dirección". Antes del marxismo, del que conocemos los dos sentidos, la ideología del progreso había impuesto normas, y los diferentes socialismos no eran más que variables. La ideología conservadora podía ser cristiana o no ; el islam tiene la suya también, y ha habido otras. Lo importante, por el momento, es únicamente observar que ninguna de esas ideologías escoge siquiera los hechos importantes ; no procede a la misma periodización y naturalmente no tiene el mismo panteón de héroes. Creo que ocurre lo mismo en México, como bien ha demostrado Josefina Vázquez de Knauth en *Nacionalismo y educación en México.*

4 Un segundo aspecto explica esta incertidumbre de hoy, y es la multiplicación de los tocos de la historia. Durante cerca de un siglo dominó la historia institucional, oficial, que en cada sociedad estaba al servicio del Estado-nación o del monarca —en Japón, por ejemplo — o incluso del partido —en la URSS, en China, etc. Esta historia era europeocentrista principalmente en lo concerniente a su relación con el resto del mundo. Por ejemplo, en

la historia que se cuenta a los niños de Armenia o de Azerbaidján, la diferencia es clara entre la historia escrita antes de 1917 y la escrita después de 1927 : en la segunda, ambos pueblos no sólo conocieron un acontecimiento feliz, la integración al imperio ruso, sino dos, siendo el segundo la Victoria de los bolcheviques en octubre... La característica común de la historia enseñada a los niños europeos —por lo menos hasta los últimos decenios— era especificar que la expansión europea se realizó en nombre de la aventura, primero, luego de Cristo o de la civilización. Esos conquistadores están siempre presentes como modelos excepcionales, aunque atraviesen a poblaciones enteras con la espada, como Clive, Bugeaud, etc. Observemos que los japoneses se muestran también como conquistadores civilizadores, aunque hayan hecho de los habitantes de Yeso-Hokkaido unos parias o aunque, después de 1941, la suerte que corrieron los pueblos vencidos haya sido por demás dramática, por ejemplo en Filipinas, más aún que en el tiempo de los españoles y luego de los norteamericanos ; en los libros para niños, los japoneses aparecen con el papel de educadores de los vencidos, a los que conceden la gracia de enseñarles su idioma. En Europa occidental, la idea de civilización sirve para sustituir las costumbres de los pueblos sometidos por el derecho de los europeos que legitima la propiedad individual y permite desposeer a los nómadas y otros adeptos del uso colectivo : en la India, entre los xhosas de África del Sur, en el Maghreb, en América, etc. El concepto de civilización tiene, así, una función utilitaria.

5 Ahora bien, en la época en que los occidentales dominaban el mundo, esta representación de la historia era impugnada por los pueblos sometidos o por las categorías sociales víctimas del orden establecido.

6 Pero este cuestionamiento se hacía de contrabando : en Francia, la historia católica se oponía, por supuesto, a la historia "laica", aunque ambas habían concertado una especie de armisticio en cuanto a la intervención francesa en las colonias, o en cuanto a la hostilidad mutua con Alemania. Hasta los años cincuenta, la historia de carácter marxista era la que enseñaban clandestinamente algunos individuos, tal como ocurría por cierto en otros países. Pero en las colonias, los *griots*[2] del África negra negaban la verdad de esta historia oficial, y, en casa, se explicaba a los niños árabes que lo que les enseñaba el profesor no era totalmente cierto. Existía el mismo fenómeno en Polonia, en la época del comunismo triunfante ; los padres enseñaban a sus hijos una historia diferente de la oficial. Naturalmente, la iglesia representaba un papel diferente del que indicaban los manuales escolares. Volvemos a encontrar esa contrahistoria en un gran número de sociedades : los chicanos de Estados Unidos, los niños negros norteamericanos, los quebequenses de Canadá, los musulmanes de la India, todos impugnan la historia dominante, que no les da el buen papel.

7 Sin embargo, con la independencia de las viejas colonias, la cantidad y la fuerza de estas contrahistorias se han acrecentado considerablemente, al grado de que la contrahistoria se ha vuelto la historia oficial en Argelia, donde el papel de los franceses se considera exclusivamente negativo y su importancia se ha minimizado. También ha ocurrido en muchos otros países, de Birmania a Tadjikistán. Incluso dentro de los estados-nación, comunidades enteras se consideran a su vez colonizadas por el centro : trátese de los corsos, de los vascos, de los galeses o de los valones, de los quebequenses o de los bereberes de Argelia...

8 La multiplicación de esas contrahistorias desestabiliza toda enseñanza global del pasado de las sociedades que también ponen en tela de juicio las minorías, las mujeres, etcétera.

9 Un tercer factor explica las incertidumbres de la enseñanza de hoy : la confusión que existe entre memoria e historia. Aunque la historia oficial y la contrahistoria se neutralicen, se combatan una a otra, la memoria de los ciudadanos y de los grupos parece más digna de confianza, menos instrumentalizada. Pero cada individuo tiene su propio camino al olvido. La memoria tiene sus silencios, sus tabúes, como la historia. En la India, por ejemplo, se ha olvidado que los portugueses eran codiciosos, porque sería como confesar que vencieron a los príncipes indios y que hoy la India es más pobre que antes. Del mismo modo, el silencio de la vergüenza ha impedido, durante mucho tiempo, a la " memoria" de los alemanes acordarse de todos los crímenes que cometieron durante la segunda guerra mundial ; los franceses recuerdan mal que, durante mucho tiempo, aclamaron a Pétain y poco apreciaron a los resistentes de los *maquis*[3] salvo ya muy tarde, etc. Por ello, no puede decirse que la memoria sea sagrada, como tienden a hacerlo los que juzgan que la historia oficial los ha engañado, los rusos sobre todo.

10 Un cuarto factor denota la dificultad, para los jóvenes sobre todo, para dominar el pasado de las sociedades : la multiplicación de las formas de la historia. Hasta la segunda guerra mundial, en efecto, la historia de los libros escolares dominaba la escena y podía o no discutirse su contenido, pero éste servía de base para un saber difuso. No había confusión posible con las otras formas de la historia, por ejemplo las novelas de Alexandre Dumas o las tragedias de Shakespeare. Sabía distinguirse la disciplina histórica de las obras de la imaginación.

11 Hoy, la oposición es menos clara : hay más verdad en las novelas de Solyenitsin o de Bikov que en los trabajos "científicos" de los miembros del Instituto de Historia de la URSS o del Instituto Marx-Engels. Las lecciones de Dickens y de Balzac son tan instructivas como los trabajos de los historiadores. Y luego están el cine y la televisión, que no sólo desestructuran la planificación tradicional del conocimiento histórico (hoy, una película sobre Napoleón, mañana, un debate sobre Juana de Arco), sino que además su influencia pone en tela de juicio el saber tradicional, con o sin razón. Sobre todo, las películas de cine o de televisión actualizan los problemas históricos en lugar de hacer del análisis histórico un instrumento para comprender nuestro tiempo. Los medios de comunicación utilizan los sucesos como modo de entrada en la historia, lo que ciertamente es urgente y necesario, pero para ellos se convierte en una especie de regla absoluta.

12 La fuerza de las obras fílmicas, en el cine como en la televisión, no sólo proviene de una selección de hechos que responde a los deseos del público y que actualiza los problemas escogidos para exponer una situación ; esta fuerza se debe, sobre todo, a la construcción dramática de la obra de manera que capte la atención de los espectadores (o de los lectores en una novela histórica), aunque no corresponda forzosamente al desarrollo real de los hechos históricos presentados.

13 El relato queda así falseado, como en la historia oficial —en donde estaba al servicio de una ideología—, o como en la historia-memoria, que hace destacar a un grupo, a una etnia, a una comunidad.

14 Así, el conocimiento y la inteligibilidad de la Gran Guerra, escogida aquí a guisa de ejemplo, son difícilmente abarcables, aunque la historia académica insista sobre las causas de la guerra, las responsabilidades, la política de los gobiernos, los objetivos de la guerra, las etapas de las operaciones militares, etc. La contrahistoria insiste en la duplicidad de los gobiernos y en los errores de los estados mayores, las sublevaciones. Mientras que la memoria de los combatientes se refiere a sus sufrimientos, a las

trincheras, a la solidaridad que reinaba entre ellos, a las desilusiones y a ilusiones sobre la duración de la guerra, etc. En cuanto a las obras fílmicas o a las novelas, éstas se refieren a la absurdidad de la guerra, a los abusos de los cuerpos de oficiales y de la disciplina militar, a las relaciones entre la retaguardia y los combatientes, etc. Nunca se hace corresponder estas diferentes informaciones de manera que, de ellas, permanece en la memoria la presentación más fuerte, generalmente la cinematográfica. El resultado es evidente : gracias a las películas de Rosi, de Kubrick, de Pabst o de Losey, el cuestionamiento del mando y del cuerpo de oficiales es tal que vuelve ininteligible el ascenso y el éxito del fascismo, que muestra y estimula la fraternidad de los hombres que lucharon juntos, soldados y oficiales que se complacen en desfilar juntos después del armisticio.

15 Este ejemplo permite comprender que los historiadores de los *Annales* por un lado, y los pedagogos por el otro, hayan podido poner en tela de juicio una enseñanza de la historia que no era ni científica ni crítica —puesto que no formaba el sentido crítico— y que hayan tratado de construir y de ensenar la historia de otra manera. La crítica de los *Annales* ha versado sobre la dependencia de la historia, prisionera de los intereses de la nación o del Estado ; sobre la elección de las informaciones adoptada para construir un relato —elección no explícita— ; sobre el relato como principio exclusivo de organización del discurso histórico ; sobre la ausencia de demostración en el análisis de los hechos y sobre la pretensión de escribir una historia general.

16 La dificultad estriba en que la demanda social no se refiere a un tipo de historia solamente experimental, sino a una visión global, y que debería informar sobre el mundo y preparar para la vida de ciudadano.

17 Frente a estas dificultades, los profesores de vanguardia tratan de construir una historia experimental echando mano de las diferentes ciencias humanas —sobre todo la demografía, que ha dado muestras de que funciona, la antropología, etc. Claro que saben también que hay que hacerse cargo de una memoria histórica colectiva que, por ejemplo respecto a la batalla de Poitiers (ano 732), juzga, en Francia, que detuvo las invasiones árabes, mientras que en la memoria occitana[4] es un desafortunado acontecimiento que separó el sur de la Galia de la civilización mediterránea y lo trasplantó al mundo germánico. Saben también que en la memoria histórica árabe la batalla de Poitiers no existe, que no es más que una escaramuza más con los bárbaros.

18 El que enseña debe, ante todo, ligar el pasado con el presente para que la actualización no sea un sustituto del análisis ; dicho de otro modo, debe estudiar el alcance de los acontecimientos pasados para referir mejor las supervivencias y las rupturas. Es cierto que para la época napoleónica el estudio del Código Civil y del Derecho debería ocupar un lugar más importante en la enseñanza que la Constitución del Año VIII. En cambio, la historia de las batallas tiene un alcance simbólico e histórico que permanece vivo en la memoria de los europeos. Es necesario conocerlas. Por otra parte, los profesores quieren unir el aquí y el allá, lo local y lo general, y sólo la historia comparativa permite comprender, por ejemplo, que el robo de frutas o legumbres en Francia no tiene la misma importancia que el robo de ganado en África o en las islas mediterráneas.

19 En muchas escuelas de Francia, Quebec y Bélgica, se enseña la historia realizando estos nuevos intentos, tratando de remediar los errores de la enseñanza tradicional. Pero en Estados Unidos es donde he encontrado, por lo menos en una escuela de Chicago, una tentativa global de aunar los métodos nuevos a las exigencias de un conocimiento general de la historia.

20 Allí, los problemas analizados en clase se seleccionan en función de cuatro criterios :

21 1] fueron importantes en la época que se considera,

22 2] permiten comprender los orígenes de problemas actuales,

23 3] suscitan siempre debates, y

24 4] su carácter suscita el interés de los alumnos.

25 Por ejemplo, sobre la historia colonial de Estados Unidos, de 1620 a 1763, las preguntas que se realizan son las siguientes :

26 1] ¿Estaban administradas democráticamente las sociedades de colonos ?

27 2] ¿Se ha modificado sustancialmente la política hacia los indios ?

28 3] ¿El desarrollo de las colonias afectó el poder de la religion ?

29 4] ¿Controlaban los ingleses la economía de las colonias ?

30 5] ¿Tuvo algún papel la diferencia de origen de los colonos ?

31 6] ¿Han modificado los estudios en computadora la visión tradicional de la familia en la época colonial ?

32 Para cada pregunta se crea un pequeño expediente formado con los principales elementos del debate : fragmentos de discursos, argumentos de las partes, estadísticas, etcétera.

33 Queda entendido que el que sepa reconstruir así los problemas pasados y presentes de las sociedades será el padre de una nueva Historia.

NOTAS FINALES

1. Codirector de los *Annales,* École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.

2. Especie de bardo africano, depositario de la memoria colectiva. (N. del T.)

3. Lugar retirado, en general boscoso o de montaña, en el que se refugiaban y luchaban los hombres y mujeres de la Resistencia, durante la ocupación alemana en Francia ; entre 1940 y 1944 se llamó así a esos grupos de resistentes. (N. del T.)

4. De Occitania, conjunto de las regiones del sur de Francia de lengua de oc, antigua provincia del Languedoc, capital Tolosa. (N. del T.)